



Segunda época, año IV, número 20
ISSN 0185-061X
Director: Carlos Quijano

CUADERNOS DE MARCHA

Onetti: máscara y realidad
ANGEL RAMA

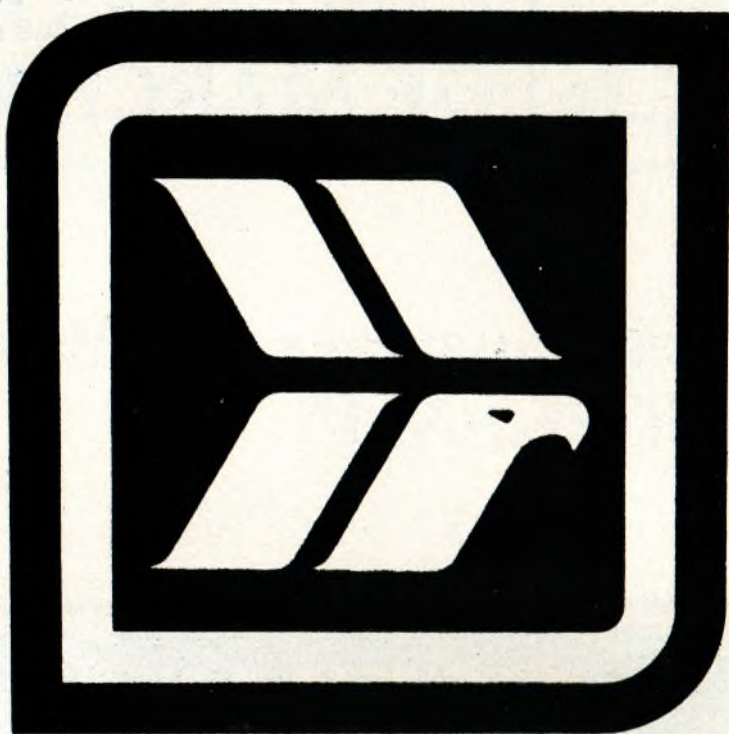
ELENA PONIATOWSKA

La muerte de Mella

**Reflexiones sobre las
elecciones uruguayas**
LÍBER SEREGNI

un cuento de
José Agustín

BANRURAL YA ES BANCA MULTIPLE



**GRACIAS AL APOYO DE USTED
Y AL ESFUERZO DE LOS CAMPESINOS
DE MEXICO...**

**BANRURAL le ofrece ahora todos los servicios
bancarios integrados en cualquiera de sus
sucursales en todo el país.**

**Usted podrá aprovechar todas las ventajas de la
Banca Múltiple y su dinero apoyará la produc-
ción de alimentos en beneficio de todos.**

**Venga a BANRURAL, hoy institución de Banca
Múltiple.**

Venga con la gente sencilla del banco.

**Cada peso en cuentas BANRURAL trabaja para
el campo y para usted.**

BANRURAL

el banco del campo

BANCO NACIONAL DE CREDITO RURAL, S.A. INSTITUCION DE BANCA MULTIPLE



CUADERNOS DE MARCHA

Segunda época, año IV, núm. 20
México, julio-agosto de 1982

Director:

Carlos Quijano

Administrador

Ruben Svirsky

Secretario de Redacción

Gustavo Galvez Kobeh

Edición: Hugo Vargas

Consejo Editorial:

Teresa De Barbieri, Samuel Lichtensztejn, Carlos Martínez Moreno, Nelson Minello, Carlos Quijano, José Manuel Quijano, Ruben Svirsky y Raúl Trajtenberg.

Los artículos de *Cuadernos de Marcha* son exclusivos. Se autoriza, no obstante, su reproducción siempre que se cite la fuente.

Cuadernos de Marcha es una publicación bimestral editada en México por el centro de Estudios Uruguay-América Latina (CEUAL, A.C.). Aparece el último día de cada bimestre. Sus oficinas están ubicadas en Medicina 56, colonia Copilco Universidad, C.P. 04360, Coyoacán, México, D. F. Teléfono 658-71-13. Composición e impresión en Editorial Somos, S.A., Av. Copilco No. 339, Tel. 658-71-32.

La correspondencia y las solicitudes de suscripción, acompañadas de cheques u órdenes de pago, deben dirigirse a:

CEUAL, A.C.

Apartado Postal 19-131.

México 19, D.F.

Suscripciones (6 números)

México: \$ 300

América Latina: 15 dólares

Otros países 18 dólares.

(Los envíos al exterior son por vía aérea)

Certificado de licitud de título 046 (expediente 1/432/79/1130 de la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación). Certificado de licitud de contenido en trámite ante la misma Comisión. Reserva de derechos al uso exclusivo de título 597-79, expedida por la Dirección General de Derechos de Autor.

SUMARIO

Elena Poniatowska

La muerte de Mella

3

Carlos Villagrán D.

Rossana Cassigoli S.

Los tiempos y los espacios
del anhelo

(Un ensayo para reivindicar la utopía)

23

Jorge Luis Lanzaro

Lógica burocrática y política

35

Angel Rama

Juan Carlos Onetti:

El discurso enmascarado
de la modernidad

47

José Agustín

Transportarán un cadáver
por express

57

Germán Wettstein

Aprendizajes de un destierro

63

Liber Seregni

Sobre las elecciones del
28 de noviembre

71

Historias de subversivos
y comunistas

74

Argentina, hoy

75

El valor de los testimonios

78

Desde el exilio

80

renueva tu suscripción



cuadernos de marcha

México
América Latina
Otros países

\$ 300 (estudiantes: \$ 250)
15 dólares
18 dólares

Envíe por correo el cheque a nombre de CEUAL, AC, indicando con claridad, su nombre y dirección. (Indicar si se trata de renovación o nueva suscripción).

Haga su envío a:

CEUAL, AC
Apartado postal 19-131
México 19, DF
México

Compañero: haga un nuevo suscriptor.

CUADERNOS DE MARCHA

La muerte de Mella

Elena Poniatowska

Elena Poniatowska nos honra con esta primicia, que mucho agradecemos: un capítulo de su libro sobre Tina Modotti, "Tinísima", que próximamente editará Era.

Al verlo entrar a grandes zancadas en la oficina de cables, la opresión de Tina desapareció. Allí estaban su sonrisa, su aire de la calle y su pelo encrespado bajo el sombrero tejano. Frente a ella colgaban sus brazos que muy pronto la envolverían. Anticipándose al gozo apretó su chaqueta contra su pecho:

- ¿Cómo estuvo, Julio?
- Bien, ahorita te cuento. ¿Pusiste el telegrama?
- Sí, ya está todo.
- Vámonos mi amor, vámonos a la casa.
- Pero ¿qué pasó?
- En el camino te digo.

El frío los hizo arreciar el paso, él le había echado el brazo alrededor de los hombros y de vez en vez bajaba la cabeza para mirar su rostro compungido. En él se reflejaban los efectos de su relato. "No te pongas así Tina". "Oye, Julio, no soy una inconsciente, no es para menos, ¿cómo esperas que me ponga?". En la cantina, Magriñat le había advertido a Mella: "Andate con cuidado porque han venido a México dos matones cubanos, de esos que asesinan a sueldo y a plena luz del día. Son expertos tiradores; donde ponen el ojo, ponen la bala". Tenían el encargo de acabar con él, nada menos que de Machado. "Ves Tinísima, el asno con garras me considera peligroso", trató de bromear Julio pero muy pronto dejó caer la voz y Tina caminó aún más apurada. Tomaron por Independencia, Balderas; sus pasos resonaban en las calles. "México qué ciudad tan vacía, qué desierto el nuestro, pensó Tina, todo el mundo echa el cerrojo a las nueve de la noche; la gente se parapeta tras los muros de su casa, no pasa un alma, hasta los gendarmes se van a dormir", pero la amplia iluminación de la avenida Morelos la tranquilizó. "Vámonos por Morelos, Julio, siempre me ha gustado esa calle por ancha". Julio le apretó el brazo bajo la delgada chaqueta negra y Tina se repegó contra él; hubiera querido hundirse en su costado. Qué bueno que faltaba poco, con sólo unos cuantos pasos podrían fundirse en un abrazo y el sueño les ganaría así envueltos el uno en el otro, qué bueno porque esta conversación le había puesto a Tina la carne de gallina, ya estaban por doblar hacia la calle de Abraham González cuando de repente una detonación la inmovilizó, una segunda detonación casi simultánea hizo que percibiera el olor de la pólvora "ahora sí", pensó Tina, "ahora sí, es contra él" y en ese momento también, como un relámpago se le clavó en la frente atenazándola una noticia que le

había dado un compañero acerca de Rosa Luxemburgo: "El 15 de enero de 1919 fue arrestada en Wilmsdorf y después de dos días de interrogación un soldado recibió la orden de aplastarle el cráneo con la cacha de su pistola. Viva aún la arrastraron para meterla a un carro, le dispararon a quemarropa un balazo en la cabeza y la tiraron a un canal". ¿Por qué esta imagen de horror le nubla los ojos? Tina se dió cuenta de que el brazo de Julio ya no estaba enredado al suyo y gritó tras de él: "Julio, Julio" y al mismo tiempo, sintió claramente una sombra a su espalda, una sombra más en medio de las sombras de la noche, "Julio" y entonces lo vió dar unos cuantos pasos y desplomarse. "Julio", hincada junto a él se puso a gritar: "Auxilio, auxilio, Julio, auxilio, un automóvil, por favor ayúdenos, hay que llevarlo al hospital, un médico por favor" y lo único real era el olor de la pólvora todavía en el brazo de su chaqueta y Julio desangrándose, la cabeza ahora sí entre sus brazos, murmurándole a ella y a los curiosos que habían surgido de la nada y se inclinaban sobre él: "Pepe Magriñat tiene que ver en esto". Y en un supremo esfuerzo: "Muerdo por la revolución".

"No Julio, ahorita vas a estar bien, Julio, ahorita". Tina lo besaba en la frente, "pronto, señor, un coche por favor, hay que buscar un coche para llevarlo al hospital" y cuando dejaba de pedir auxilio Tina lo besaba una y otra vez llorando, acariciaba su frente, sus cabellos, "señor, ¿no me alcanza usted su sombrero?", de nuevo le echaba para atrás los cabellos, "señor, su sombrero se quedó tirado, es aquél, démelo por favor, el taxi, ah, ya va a venir, la Cruz Roja, lo oyes Julio, ahora mismo llegamos al hospital, yo me voy contigo en la ambulancia, no hagas el menor esfuerzo mi amor, señor, el sombrero, después lo va a extrañar, él siempre usa sombrero, le va a hacer falta, es aquél, sí, Julio no te muevas, te vas a componer, te vamos a levantar entre todos, señor, su cabeza, deténgale los brazos, yo me encargo de la cabeza, ahorita te llevamos a la Cruz, inmediatamente te van a curar, ahora mismo Julio mi amor, no es posible que te mueras Julio mío"...

Después todo fue cachazos en el cráneo, una y otra vez, pero ella seguía viva, boqueando, sentía la sangre derramarse sobre sus ojos, pero ella seguía viva y obedeciéndolos a todos. "Sí, aquí espero, aquí me quedo esperando, comprendo muy bien que los familiares no pueden pasar a la sala de operación, pero ¿no podría acompañarlo, doctor? ¿Tengo que rendir declaración? Sí, el cenó, seguro cenó, dice usted que entonces va a ser peor, ¿por qué peor? Por que los intestinos están llenos, ¿tiene usted que coserle los intestinos? Déjeme esperar el resultado de la operación aquí mismo, no me manden allá afuera, se lo suplico, no puedo estar separada de él, no, si no le pido presenciar la operación, ya sé que no se puede, pero quedarme aquí detrás de la puerta, no me moveré, no haré un sólo ruido, no sabrán siquiera que estoy aquí, ¿declarar? después puedo ir a declarar o declaro aquí mismo si así lo desean, pero salven a Julio doctor, sálvenlo, ya lo van a operar, ¿lo están preparando ya para la operación?"

Por fin llegaron los amigos y se acomodaron junto a ella en la larga banca del corredor. Luego fueron arremolinándose muchos cubanos de la ANERC estupefactos. ¿Quién les avisaría? Las malas noticias corren como reguero de pólvora. Tina seguía hablando palabras entrecortadas, no la dejaban estar con él, los dos balazos, el corrió, ella se quedó pasmada allí mismo, sí, el echó a correr, su frente, los besos en su frente, Magriñat, la cantina, volver a besarlo, que alguno pasara a la Sala de Operaciones si a ella no se lo permitían, que vinieran a informarle cómo estaba, no, Julio no podía morir, lo amaba demasiado, volver a besarlo, las palabras brincaban en boca de Tina, ahora sí incoherentes, machucadas, mordiéndole los labios, tiñendoselos de rojo, terriblemente rojos dentro de su cara pálida, Tina se apretó el vientre doblándose

en dos: "Siéntese compañera, trate de controlarse", "es el dolor de sus entrañas, son sus entrañas, las de Julio", "en el coche de venida ya no pudo hablarme, perdió el habla o sería antes, una transfusión, el sombrero allí tirado, se lo pedí a alguien pero ahora no lo veo por ningún lado, ¿dónde habrá quedado? dos balazos, dos, oí dos al entrar a Abraham González, un poco más y estábamos en la casa, él corrió, yo me quedé paralizada, eran dos los que dispararon o a lo mejor uno que disparó dos veces, ¿le habrán hecho la transfusión?, las transfusiones salvan muchas vidas, sí, muchas vidas, unos cuantos pasos más y estábamos en casa, veía yo la puerta, teníamos prisa, el portero cierra antes de las diez, faltaba tan poco, soy Tina, oh Julio".

Vittorio Vidali, sentado junto a ella empezó a hablarle en italiano, a devolverle el idioma de su infancia, a serenarla a pequeños golpes en el brazo y en el hombro con la cuenca de la mano, ya, ya, ya, ya, caricias suaves e idénticas, ya, ya, hasta que ella de pronto guardó silencio y adquirió la expresión grave de alguien que ha encontrado algo que eso sí, resulta inapelable: "Si para que él se salve es necesario que yo lo pierda, lo pierdo, no vuelvo a verlo" y por primera vez pareció entrar en una tregua, dejar de sufrir y recargó pesadamente su cabeza en la pared blanca, el pacto hecho, su vida a cambio de la de Julio. Si ella renunciaba, él viviría ¿verdad? Sólo entonces se dió cuenta que las lágrimas escurrían por su rostro, que traía el pelo en desorden, que sentía tanto frío. Rosendo Gómez Lorenzo trajo café y su nítida figura se inclinó sobre ella: "Anda Tina, todos vamos a tomar". El frío está ligado al miedo y Tina no dejó de estremecerse. Sin embargo captaba fragmentos de frases:

"Es muy fuerte", "es muy joven", "aguanta mucho", "a su edad, su organismo", "su excelente condición física", de suerte que cuando el doctor Díaz Infante salió al pasillo le pareció normal escuchar que técnicamente la operación había resultado, que el cuadro clínico era favorable: "Logramos suturar con siete puntos la herida provocada por el doble penetrante que produjo el orificio de ocho milímetros que penetró en el epigastro, atravesó el tórax y la cavidad abdominal para volver a salir a la derecha encima del ombligo ocasionando una desgarradura de diez milímetros". "¿Y el otro disparo?". Ese es de menor importancia, está situado en la cara posterior del codo izquierdo, sobre el eje medio del brazo y presenta una herida de ocho milímetros con escara y bordes redondos; el húmero está roto, probablemente el herido se fracturó el brazo izquierdo al caer, lo importante es el disparo en el vientre, y a ése parece que lo tenemos controlado".

— ¿Habló? preguntó Tina, ¿ha recobrado conciencia?

— No, cuando lo metimos al quirófano ya no tenía conocimiento... Mire son poquísimas las esperanzas, su estado es en extremo grave pero aguantó la



Tina, Los Angeles; por Edward Weston, c. 1921. Tomado de "Tina Modotti, una vida frágil", Mildred Constantine. F.C.E.

delicada intervención de laparatomía supra umbilical; su organismo es fuerte, obviamente se trata de un hombre atlético y muy joven, quizá con la ayuda de Dios pueda resistir; tenemos que esperar, darle un plazo...

Entonces Tina dejó que la anegara el llanto por esa mínima esperanza; que viva aunque yo jamás vuelva a verlo, que viva; ofreció todo, su capacidad de trabajo, su amor; su vida la ofrendó en ese momento, brevísimo por cierto, porque entre los batientes de vidrio opaco salió uno de los cirujanos y al verlo Tina adivinó:

— Ha muerto.

— Desesperamos de salvarle la vida.

Eran casi las dos de la mañana, los amigos rodearon a Tina, se abrazaron entre sí, Vittorio Vidali se quitó el sombrero de fieltro negro de anchas alas parecido al que Julio acostumbraba pero que no era Julio ni el de Julio y le dijo con voz grave: "Ahora viene lo más duro, tienes que ser muy fuerte".

Tina se volvió hacia Díaz Infante:

— ¿Podrían darme el cuerpo?

— Lo siento señora, en estos casos, debe practicarse la autopsia de rigor.

— ¿La autopsia?

— Si señora, es lo que dicta la ley.

— O Dío, Tina apretó los puños.

— Nosotros le practicamos una delicada intervención quirúrgica con el fin de salvarle la vida —le recitó el doctor—, hicimos todo lo posible, señora, para devolverle a su marido, pero sus heridas en el tórax y en el abdomen eran de las que ocasionan la muerte, ya lo leerá usted en el peritaje que tenemos que entregarle a la Comisaría. Usted también señora tiene que acompañar al señor comisario del segundo turno para ratificar su acta y la del occiso.

— Pero el cuerpo —insistió Tina las manos crispadas—, no se podría...

— No señora, es absolutamente imposible. A partir de este momento queda en manos de la ley.

— Pero ¿no podrían darmelo?

— No señora. De aquí de San Jerónimo va a salir al Hospital Juárez, sólo allá podrán ustedes recoger el cadáver.

— ¿Puedo verlo?

— Si señora, ahorita que salga. Con su permiso, yo me retiro.

— ¿Puedo pasar?

— Adentro no. Puede usted verlo cuando se lo lleven al Juárez.

Después de un rato salió un enfermero de cara redonda:

— Ahorita lo van a bajar en una camilla. ¿Traen ustedes sábana?

— No.

— Bueno lo vamos a envolver nosotros pero tiene que devolvernos la sábana, señora, porque las nuestras no son para el público.

De pronto, todo fue movimiento. El comisario, señor Carrillo Rodríguez y el empleado de la Comisaría, señor Palancares aparecieron en el fondo del pasillo con sus largos cuadernos de cartón bajo el brazo. Al rodear a Tina conservaron su sombrero puesto para dejar bien claro que ellos nada tenían que ver con los deudos ni mucho menos con el asesinado.

— Señora, tenemos que levantar la constancia de las pertenencias del difunto.

Tina apenas si tuvo fuerza para responder. El comisario detalló en voz alta en medio del silencio de los compañeros.

Un pantalón negro.
Un saco negro.
Una combinación color morado.
Una camisa.
Un suéter café.
Unos tirantes.
Un abrigo color rata.
Un cinturón negro.
Una libreta roja con lápiz.
Un periódico *El Machete*.

— Bueno, ahora vamos a proceder al registro. Apunte usted por favor, Palancares.

“... Al registrar la ropa del occiso se encontró claro el orificio de entrada de la bala en la espalda del abrigo color rata, de tela corriente; en la espalda también del saco de casimir negro; en la parte trasera de un suéter de estambre, en la de la camisa y en la de la combinación de color morado”. Mientras hablaba, el comisario iba tomando cada prenda, manoséandola una y otra vez para luego aventarla sobre el escritorio en un montón de desamparo. Cada vez que mencionaba “orificio” pretendía introducir su meñique en el agujero para hacerlo más visible. “La salida se nota en la combinación y en la camisa, no así en el suéter ni en el saco, menos aún en el abrigo. Esto denota que la bala después de haber traspasado el cuerpo pudo quedarse en el estambre del suéter y caer, probablemente al ser recogido el lesionado”.

— ¿Me van a entregar su ropa? inquirió Tina con voz neutra.

— No señora, es indispensable para futuras diligencias. En esta agenda ¿reconoce usted la letra de su marido?

— Sí.

— No hay nada en ella salvo un nombre garabateado y un número ¿sabe usted de quién se trata?

— Sí, dice Magriñat y ése es su teléfono.

— Usted ¿no vió el proyectil?

— ¿El qué?

— La bala que mató a su marido.

— No señor ¿cómo iba a pensar en eso?

— De ahora en adelante usted va tener que ser muy acuciosa en sus observaciones, señora, porque van a quedar asentadas en la Comisaría a la que tiene usted que acompañarme. En cuanto al cadáver, queda a la disposición del Hospital Juárez.

— Ustedes ¿son los que están esperando el cuerpo?

— Sí, —respondió Gómez Lorenzo secamente. Eran ya las doce del día y desde las tres de la mañana se habían trasladado a este corredor del Hospital Juárez que parecía romería pero una feria siniestra en la que corrían ruidosamente la sangre, la orina, el olor a cloroformo y los gargajos. Cerca del baño para mujeres se desbordaba un tambo atascado con vendajes, papel del excusado y porquerías ensangrentadas que en toda la mañana nadie se había preocupado por remover. Las afanadoras y los mozos pasaban chancleando, atentos sólo a ellos mismos y las escobas y el agua con creolina permanecían ociosas en un rincón. Tina había recargado su cabeza en la pared de mosaico blanco, ya no lloraba, se veía mortalmente cansada, su chaqueta negra sobre las rodillas.

- ¿Quién es el responsable? se asomó un enfermero.
- La señora... bueno, nosotros; todos nos hacemos responsables.
- Ah bueno, pues ya mero.
- Estamos aquí desde las tres de la mañana señor, no es posible que una necropsia dure tanto.
- Es que no na'más es el de ustedes, hay muchos otros.

Entre los que esperaban el cadáver de Mella destacaba Sandalío Junco porque era negro. Cada vez que se abrían los batientes de la puerta se precipitaban Sandalío, Teurbe Tolón y el cigarrero Alejandro Barreiro Oliveira. "Son buenos compañeros" decía Julio "los tres" y Tina ahora buscaba en ellos algo de Mella, algún indicio, aunque sólo fuera los "no chico" o "sí chico" en su conversación rápida y desolada. No se habían sentado una vez; fumaban, los ojos enrojecidos, las cabezas juntas. "Así es que la vida es esto" pensó Tina, "viene a dar a esto, este pasillo y esta espera". La vida. Más tarde



Retrato de Julio Antonio Mella; firmado por Tina Modotti. 1928. Tomado de "Tina Modotti, una vida frágil", Mildred Constantine. F.C.E.

habría de contarle Tina a Luz Ardizana: "Me dieron un momento para estar con él y pude acariciar su mejilla" pero ahora sólo deseaba que acabara esta pesadilla, esta tortura jamás imaginada. Toda la noche, a la altura de las sienes, la cabeza le había latido desaforadamente tanto que pensó con alivio: "Se me va a reventar" y esto le dio esperanza; el cuerpo de Julio; a lo mejor la tenderían junto al cuerpo de Julio, la amortajarían con él y entonces cesaría esta sensación de ahogo, encontraría el descanso. Tina cerraba los ojos, la cabeza recargada contra el mosaico blanco y oía la voz en sordina de los compañeros y de pronto, un portazo, algún movimiento brusco la devolvía a la realidad; estaba en el pasillo esperando el cuerpo de Julio como se espera una maleta, ahorita le entregamos su bulto, el mismo que Gómez Lorenzo reclamaba exasperado.

— ¿Ustedes se lo van a llevar? se asomó el guardia.

- Hace media hora que llegó la funeraria respondió Gómez Lorenzo.
- Ah bueno, pues ya mero.

Tina volvió a cerrar los ojos; tenía que enfrentarse al simple hecho de seguir viviendo. "Estoy en otro lado entre mi cuerpo y el aire, soy este olor a sangre en el aire, soy yo la que espesa el aire, me está jalando hacia arriba". Sintió que no podía mover sus dedos. Ni sus piernas.

Los compañeros decidieron velar a Julio en el salón principal del Partido Comunista y cuando por fin llegaron a Mesones siguiendo el ataúd en la carroza funeraria, encontraron cubiertas las ventanas y los muros del salón con paños negros y rojos. Rápidamente también vistieron el féretro con la bandera rojinegra. Forraron todos los focos de rojo o los cambiaron, quien sabe, el hecho es de que daban una luz mortecina, triste, que no agradía a

nadie e incluso invitaba al recogimiento. Tina buscó la penumbra de un rincón y por un momento se tranquilizó; por fin en casa, en medio de los sonidos familiares. Incluso se amodorró y empezó a verlos a todos en lontananza, uno que otro se perfilaba en la sombra y sólo cuando se acercaba a abrazarla sentía un dolor lacerante en el pecho. Es por Julio todo esto, es por Julio y así como lo mataron van a morir ellos también, están condenados de antemano al igual que él, los de la Liga Antimperialista de las Américas, los del Socorro Rojo Internacional, la Liga Nacional Campesina, la Federación Juvenil Comunista de México, condenados porque aspiran a liberarse del hambre, de la crueldad, del sometimiento. Y liberar a los demás: al pueblo. Los otros, los que no son el pueblo, esos sí van a salvarse, morirán en su cama así como los mecieron en una espumosa cuna de encajes, morirán de viejos rodeados de almas piadosas, un vaso de agua con azúcar al lado de su cama, confortados por todos los auxilios espirituales y la bendición papal, sus pantuflas, a ellos nadie los cazará como ratas en la calle, nadie los verá rodar y desplomarse, su sangre encharcándose bajo su cuerpo, ninguna autopsia; ningún médico que se preste a destazarlos, sacar sus vísceras, manosear sus órganos, coserlos haciendo que chorree más sangre de la que ya han perdido. No, la suerte estaba echada; por un lado los que revientan en la calle, aquellos a quienes les rompen el cráneo en la banqueta, les descerrajan la tapa de los sesos, machacan a culatazos ¡oh mi linda, mi tenaz, mi admirada Rosa Luxemburgo!, y por el otro, los que mueren en su casa, bien arropados, de cuerpo entero.

Jacobo Hurwitz la localizó en la penumbra y presuroso se sentó a su lado. Hablaba también con prisa y súbitamente Tina se dió cuenta de la efervescencia en el Partido, siempre tan lento en arrancar. Los funerales serían mañana a las doce, pero sí había la posibilidad de organizarlos de una manera más amplia, los pospondrían; estaban planeando una manifestación de protesta hoy en la noche; eran muchos los telegramas, los mensajes. Se había nombrado una comisión para distribuir las numerosas guardias integrada por Monzón, Cerda, Crespo, Ortega y él mismo. Varias agrupaciones esperaban en los pasillos y solicitaban su presencia.

Acostumbrada a la disciplina, Tina se puso de pie. "Tengo que tomarme entre manos" —se ordenó—, "tengo que rehacerme" e intentó volver a ser la mujer reservada, fuerte y serena que los demás conocían. No se dejaría vencer, el cansancio la ayudaría, amortiguaría el dolor.

— Tina —murmuró Luz Ardizana— deberías ir a cambiarte. Tienes la falda toda llena de sangre.

— ¡Dílo!

La sangre de Julio, la cabeza de Julio entre sus brazos, la voz de Julio: "Muero por la revolución". ¿O era ella quien pronunció estas palabras? Porque Julio y ella habían llegado a ser uno solo, inmenso, indivisible. Como la vida que es una sola, inmensa, indivisible. La vida que ahora se le fragmentaba astillándosele en calles, banquetas, sus zapatos negros de trabita cruzándolas sola, sin las zancadas de Julio a su lado, la vida.

— ¿Y Tina?

— Fue a su casa a cambiarse.

— ¿Sola?

— Sí sola, ofrecí acompañarla pero con la prisa, se me adelantó y ya no la ví.

A los veinte minutos Tina regresó sofocada y buscó ansiosamente el delgado rostro de Luz Ardizana dentro de la unanimidad de las expresiones dolientes.

— No me dejaron entrar.

— Pero ¿cómo? ¿Quiénes?

— La Policía.

— ¿La Policía?

— Sí, se han posesionado de la casa. Como no sabían quien era yo, pude preguntarle a uno de ellos que pasaba y me dijo que tenían orden de...

— ¿De qué? ¿Por qué?

— Me dijeron —y Tina se puso muy blanca— que se trataba de un crimen pasional; tienen orden de cateo y alcancé a ver todos los libros tirados, mis medias arrastrándose en el suelo. Han vaciado los cajones Luz, están esculcándolo todo. No sé ni cómo encontré mi camino de regreso. No sé ni en qué camión me subí.

— Tranquilízate Tina, siéntate, o mejor, vente, vamos al baño a echarte agua en la cara.

— ¿Qué va ser de mí, Luz, que va a ser de mí?

— Hay que decírselo a los compañeros, debemos denunciar esta infamia.

— Es que desde que rendí mi declaración tengo la impresión de que es de mí de quién sospechan. Es terrible lo que pasa.

— Han de ser nervios, Tina, descansa, límpiate esa falda como puedas, al fin es negra, mira, con agua caliente, mientras voy a consultar a los compañeros.

— Pensé que el caso quedaba cerrado con mi declaración, incluso escribieron y lo ví claramente “libre de comparecencia” pero hoy siento que se está abriendo un abismo.

Tina tenía razón. Tan no habían terminado que a las cuatro de la tarde tuvo que acudir al Juzgado Segundo Penal. “Te acompaño Tina —dijo Luz— no voy a dejarte sola”. “Pero es que no entiendo —alegó Tina— declaré en la Cruz Roja ante el Comisario de la Sexta Delegación y luego fuí a la Comisaría a ratificar mi declaración y la de Julio y ahora, otra vez”. “Ten Tina, esto nos protegerá” y Luz Ardizana le puso sobre la manga del brazo izquierdo de la chaqueta, el brazalete negro con la estrella roja.

En el Juzgado le tomó su declaración el secretario Alberto Cásamadrid en presencia del juez, Alfredo Pino Cámara a quién llaman “el de las causas célebres” y también concurrió a la diligencia el licenciado Telésforo Ocampo Jr., agente del Ministerio Público adscrito al juzgado. Tina escuchó su declaración del día anterior la misma que había dado en la Cruz Roja y ratificado en la Comisaría y las palabras le sonaron cruelmente impersonales. Julio tenía cita con el cubano Magriñat en la cantina “La India” situada en Bolívar y República de El Salvador mientras ella había ido a San Juan de Letrán e Independencia a poner un cable; “que a las veintiún horas llegó Mella y acompañado de la que habla se dirigieron a pie hasta Balderas, siguieron por la avenida Morelos y entraron a Abraham González y que al dar la vuelta a esa calle oyó dos detonaciones y el señor Mella que iba del brazo de la que habla, echó a correr y cayó tan pronto como atravesó la calle. Que se dió cuenta de que el ataque fue hecho por la espalda de ambos y hasta percibió el humo de la pólvora. Que antes de todo ésto el señor Mella le había dicho que Magriñat a su vez en la entrevista celebrada le había expresado que habían venido de Cuba unos matones expresamente para asesinarlo. Que en momentos en que

fue herido el señor Mella dijo: 'José Magriñat tiene que ver con este delito' y entonces se dirigió a los transeúntes que se detenían diciéndoles que Machado lo había mandado matar y agregó estas palabras: 'Muero por la revolución'."

— Señora, al dar su generales dijo usted llamarse Rosa Smith Saltarini.

— No, yo me llamo Tina Modotti.

— ¿Ah sí? ¿Por qué dió usted otro nombre?

— Porque estaba en un estado lamentable. Soy fotógrafa de profesión, no quería que me... Tuve miedo... A los comunistas, la Policía nos... Además, bien podría ser Rosa Smith.

Rosa Smith Saltarini, de veintidos años, viuda, oriunda de San Francisco California, profesora de inglés y domiciliada en la casa número veintiuno de la calle de Lucerna. ¿Por qué habría pensado en Saltarini?, se preguntó sonriendo por vez primera interiormente. Porque en verdad, Saltarini era su segundo apellido, tonta que soy, nunca he sabido mentir, y Saltarini la hacía sentir ternura por sí misma y por ese abuelo y ese bisabuelo que saltaban como chivos en los campos de Udine al ir al pueblo, ganándose así el apodo de saltarines, de chivitos brincones. Eran tan pobres que no habían alcanzado apellido, sólo un sobrenombre: "Allí vienen los saltarines". Tina tuvo una súbita visión de Istria, de Friuli, de su abuelo-niño saltando los arroyos, de ella, de Mercedes, de Gioconda, de Iole, de Benvenuto, brinque y brinque, sus piernas en el aire, y la *nonna* gritándoles que ya, que se metieran porque Beppe quería cenar, y ellos a puro salto —porque sólo saltan los que son felices— entraban a la casa a recogerse al final del día en torno a la polenta.

— Sí, me llamo Saltarini, Modotti Saltarini y soy originaria de Udine en la provincia del Friuli, esto queda muy cerca de Venecia.

—Dijo usted ser de San Francisco, California, viuda, profesora de inglés, domiciliada en la calle de Lucerna.

De nuevo Tina sacudió la cabeza, qué tonta era, como si Lucerna estuviera tan lejos de Abraham González, qué torpes sus mentiras, y sí, les había dado clases de inglés a los niños Rincón Gallardo, entonces ¿dónde la mentira? Y sí, era viuda. Y sí, había vivido en San Francisco. La larga figura de Robo se estiró frente a sus ojos. Tampoco tenía veintidos años, pero hubiera querido tenerlos para no llevarle cinco a Julio Antonio. De llamarse Rosa Smith, no sería ella, Tina la que ahora bajo esta luz descarnada, respondía preguntas ni sería Julio Antonio quien la aguardaba metido en su cajón porque Julio Antonio nunca amó a Rosa Smith.

Hacía mucho que Tina no pensaba en su infancia, en Robo, en las calles jorobadas de San Francisco; todo lo había absorbido Julio, era como si de pronto Julio la echara fuera al mundo, desnuda, recién nacida.

— Señora tiene usted que ser muy precisa. ¿Su nombre es Tina?

— Sí.

— ¿Ese es su verdadero nombre? Tina, ¿así como una tina de baño?

— Bueno es Assunta, pero me dicen Tina.

— ¿Assunta?

— Sí, Assunta, Assuntina como la *mamma*.

Tina miró cómo el rostro de su madre se ensanchaba en el Juzgado. Dío, estoy perdiendo la razón, qué les estoy diciendo. Luz Ardizana intervino:

— Así se llama su mamá, Assunta, como Asunción en español.

— ¿Ese es su único nombre?

— Assunta, Adeláide, Luigia.

— ¿Qué?

— Asunción, Adelaida, Luisa.

— Eso no consta en el expediente; hay que añadir todos estos nombres que siempre se ponen los extranjeros... ¿Y el apellido?

— Modotti.
— ¿Cómo se escribe? A ver escríbalo usted para poder copiarlo después. No querrá incurrir en más falsedades. ¿Y el apellido materno?

— Saltarini.
— A ver deletreélo.

El juez le señaló al agente del Ministerio Público el apellido para que lo copiara letra por letra. Súbitamente Tina ya no era fotógrafa, ni tenía obra. Súbitamente ya no era nadie ni nada salvo un apellido que se deletrea trabajosamente, diciendo las letras una por una, con displicencia, con asco casi, lanzándole además miradas de desprecio que asentaban que ella era extranjera, ex-tran-je-ra y como si ésto fuera poco, extranjera capaz de mentir e inmiscuirse en política.

A las preguntas del juez, Tina respondió que antes de conocer a Mella supo de él por su huelga de hambre en Cuba en los artículos de protesta que se publicaron en *El Machete*. Lo conoció en México en la redacción de *El Machete* aunque lo había visto en el gran acto de protesta por el asesinato de Sacco y Vanzetti donde lo escuchó hablar. Era un orador de primera.

A partir de junio hizo con él una buena amistad —ambos concurrían en las tardes a la redacción de *El Machete*—, y ésta se convirtió en íntima a fines de septiembre de 1928. Por lo tanto, sólo tenían tres meses de hacer vida común. Durante este tiempo pudo darse cuenta que él estaba amenazado de muerte.

A la pregunta insistente acerca de su estado civil, Tina confirmó que era viuda y que Mella era casado, con una señora cubana de nombre Olivín a quien le escribía con frecuencia pidiéndole el divorcio.

¿Comunista?

Sí, ella era comunista, sí, tenía su carnet desde 1927 y había llorado de alegría al recibirlo porque lo que más anheló en su vida fue ser militante. Sí, a ella y a Julio Antonio Mella, el difunto, los unían los mismos ideales; querían un cambio en el mundo, deseaban el advenimiento del estado socialista.

Sí, le parecía que la riqueza estaba injustamente repartida y que debía quitársele a los ricos para darle a los pobres.

Sí, la Revolución rusa era admirable, nada tan importante había sucedido en el mundo y los demás países tenían mucho que aprender de ella.

De pronto, las preguntas sonaron aviesamente simplistas, inútiles e intencionadas y Tina sintió que el recinto las amplificaba y que el escribano las anotaba como si quisieran hacerla llegar a un punto determinado, encajonarla, cuando lo único que ella deseaba era salir de allí y regresar a Mesones para sentarse junto a Julio. Por fin la soltaron y, en el camino Luz Ardizana, tomada de su brazo, le dijo que no veía la necesidad de responder con tanta amplitud y voluntad a preguntas de tan mala fe. “Pero si yo lo que quiero es que capturen al asesino” respondió Tina cansada, mirando sus propios pies porque era demasiada la prisa. Había que concentrarse en lo inmediato, caminar, no tropezar, no perder tiempo, un minuto en la calle era un minuto sin Julio, sin Julio, sin Julio.

En la capilla ardiente Tina ya no se sintió agredida ni vapuleada, al contrario, fueron desfilando frente a ella las diferentes agrupaciones que habían formado parte de la vida de Mella en México, el Club Obrero Radical Israelita, la Unión de Carpinteros de los Ferrocarriles, el Sindicato de Panaderos, el Partido Revolucionario Venezolano, los representantes de *El niño luchador*, órgano de los Pioneros Rojos, la Confederación Nacional de Estudiantes Comunistas y todos los miembros de la *ANERC*: Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba que desde el incidente de la bandera cubana se reunían con Julio todos los días para preparar el número de *Cuba*

libre. La miraban consternados, su sombrero en la mano, sin saber qué decirle y ella los fue tomando en sus brazos, como una madre, agradeciéndoles el sólo hecho de ser como eran, distintos a los impartidores de justicia que se habían quedado en la Comisaría. Tina retuvo la cabeza de Sandalío Junco y le dijo cuánto lo quería Mella. Al separarse se sonaban ruidosamente.

La atmósfera en el PC había cambiado, ahora era un campo de batalla. Aunque se hiciera el silencio en torno a la sala de velación, en la escalera, en los pasillos, en la calle, en la recepción, el bullicio era evidente. Tina miró desde el balcón el movimiento afuera y comunicó mentalmente a Julio: “¡Cuánto esfuerzo, fíjate cuánto, no han dejado de pintar mantas, fabricar carteles, repartir volantes que traen todavía frescos de la imprenta. Qué actividad febril, emocionada; se han organizado más actos de protesta en las últimas ocho horas que en los últimos ocho meses y recuerdo cómo luchabas Julio por sacar adelante un mitin, la cantidad de reuniones preliminares, tus idas a la imprenta, tu miedo a que la gente no acudiera, a su apatía! ¡Míralos nomás ahora Julio, deberías verlos, es un hervidero de gente el que pulula allá abajo!”.

En la calle se habían formado hombres, mujeres y niños tras el estandarte del Partido Comunista; los jóvenes levantaban distintas mantas: “El asesinato de Mella, obra del criminal Machadismo, Centro Internacional de Mujeres”, “Condenamos el inicuo asesinato”, “Exigimos justicia”, “Machado Asesino”. Las mantas agredían con sus grandes letras negras pero también había manchas negras entre la multitud: la de los enlutados. Eran tantos los dolientes que se nombró un Comité de Orden para subir a la capilla ardiente y los de la ANERC y los del Comité Central del Partido Comunista empezaron a vigilar entradas y salidas. “Hay muchos orejas”. “Sólo franquéales la entrada a los que enseñen su carnet”, “Pídeles que se identifiquen”. Al rato la multitud los desbordó, no había posibilidad de exigir nada; estaban llegando delegaciones de campesinos que se acomodaban en el suelo; acostaban a sus hijos en los rincones sobre sarapes y costales. Se escuchaba el continuo teclear de una máquina de escribir y eran continuas las carreras y los pasos precipitados en la escalera, los portazos. Voceaban en los pasillos: “Se solicita la presencia del compañero Carrillo”. “Hay una llamada para Teurbe Tolón”. “Teurbe Tolón no está” respondía a gritos una aguda voz con acento cubano. “Está haciendo una parada en la esquina de Tacubaya y Francisco Márquez desde las ocho de la mañana”. Tina recordaba entonces que anoche en la Cruz Roja, Teurbe Tolón había declarado a la prensa que la ANERC responsabilizaba a Machado del crimen y que harían una reclamación en forma al embajador Fernández Mascaró, apoyada por varias asociaciones estudiantiles de México. Ahora era Luz Ardizana quien le informaba:

— Parece que el embajador pidió protección policíaca y van a acordonar la embajada. Alegó un fuerte ataque de gripa, se negó a recibirlos pero los compañeros no se han movido, yo les llevé tortas a eso de las doce y platiqué con Baltasar Dromundo y Carlos Zapata Vela. Dicen que se quedan pase lo que pase. Allí mismo se tuman para protestar, a cada rato gritan vivas a Mella y mueras a Machado. Oye Tina, ¿no vas a ir a la manifestación?

— No quiero separarme de Julio.

Se acercó Gachita Amador:

— ¿No vienes Tina?

— No quiero dejarlo solo.

— Te comprendo. Vámonos Luz, allá veo a Diego Rivera presidiendo...

— Ese siempre se pone por delante.

En la calle, los miembros del Comité de Defensa Proletaria, de la Liga Antimperialista y de la Liga Pro-Luchadores y Perseguidos salieron lentamen-

te hacia Isabel la Católica. Un hombre muy bien trajeado se acercó a Gachita y a Luz Ardizana y les increpó:

— Ustedes siempre andan obstaculizando el tránsito y causando problemas de circulación con sus marchas callejeras. ¿Qué se han creído?

— Señor, —dijo Luz con voz fuerte— estamos ejerciendo un derecho ciudadano; las calles son para hacer uso de ellas, la nuestra es una marcha de militantes.

— ¿Militantes? ¡Ustedes son unos desocupados, eso es lo que son! No tienen qué hacer, para lo único que sirven es para estorbar, las calles son para que circulen los coches y los peatones y ustedes están aquí embotellándolas.

Como varios compañeros se detenían para intervenir, el hombre dió marcha atrás, gritando ya fuera de sí mientras echaba a correr: “Cochinos comunistas ¿por qué no se largan a Rusia?”. Gachita tomó entonces a Luz del brazo:

— Vámonos a la descubierta.

Las banderas del partido y de la Juventud Comunista abrían la marcha y Sandalío Junco empezó a gritar, el brazo en alto: “Muera el asesino Presidente Machado” hasta convertir su grito en una porra que los demás taconeaban en el asfalto: “¡Que mue-ra Ma-cha-do! ¡Que mue-ra Ma-cha-do!”. Los niños que primero miraban con los ojos redondeados por el destanteo empezaron también a patear el suelo y a recitar: “¡Que mue-ra Ma-cha-do!, ¡Que mue-ra Ma-cha-do!” y se les escaparon a su madre de la mano. “Vente pacá Chente, no te me separes”, “Nico, si no obedeces algo te puede pasar y esto va en serio” pero las criaturas ahora sí se habían alborotado y desfilaban como en día patrio, buscando a qué horas caerían las serpentinas y los confetis en una festiva lluvia de papelititos de colores. “Fuera Mascaró”, “Fuera Morrow”, “Fuera Mascaró”, “Fuera Morrow”. Caminaban incendiados por un terrible sentido de urgencia: tenían que hacerse justicia, la muerte de Mella no iba a quedarse así, lo vengarían, eso sí que lo vengarían. “Ese Mascaró —explicó Luz a Tere que se había colgado de su brazo— es el de la gripa, el embajador de Cuba que no ha querido recibimos. Pero se las va a ver con nosotros”. “México rompe con Machado, México rompe con Machado, México rompe con Machado, abajo Machado, abajo Machado, abajo Machado” y el grito que abría todas las bocas. “¡Viva Mella, Viva Mella, Viva Mella, Mella Presente, Mella Presente, Me-lla, Me-lla, Me-lla! Viva el proletariado cubano, Viva la Cuba de Mella, Viva, Viva el Partido Comunista, Viva Lenin, Viva la Unión Soviética”.

La manifestación pasó frente a Catedral e hizo alto en el Zócalo ante el Palacio Nacional. Por un momento los niños dejaron de corretearse y esperaron en silencio lo que iba a suceder. Diego Rivera, secretario de la sección mexicana de la Liga Antimperialista y Carlos Zapata Vela a nombre de la Asociación de Estudiantes Proletarios reclamaron el castigo de los asesinos y el retiro del embajador de México en La Habana. Después de nuevas aclamaciones a Lenin, a Mella, al Partido Comunista, la manifestación volvió a arrancar y entró por 5 de Mayo hasta llegar al Teatro Nacional. Allí habló el campesino Ursulo Galván por la CNC. Cuando la marcha se preparaba a seguir adelante dos muchachos que dijeron ser ex-estudiantes y llamarse Luciano Kubli y García Formentí los detuvieron: “Hablamos a nombre de la Inspección General de Policía, se les va a hacer justicia, nosotros somos estudiantes y estamos con los trabajadores, no sigan adelante, si persisten puede haber consecuencias fuera de control pero si regresan a sus hogares se les hará justicia, no deben llegar hasta el Consulado Norteamericano, es peligroso, no provoquen a las autoridades”. Hubieran seguido hablando si Sandalío Junco no empieza a gritar: “Paso, paso, cedan el paso, háganse a un lado, sáquense, paso, estos son esquirols, vienen a sabotearlo todo, ábrannos el paso

si no, no respondemos, muévase", y otros muchachos lo secundaron: "paso, paso, callen a estos pendejos" y la gente obligó a Kubli y a García Formentí a repegarse en contra de la pared, y si no es por el mismo Sandalío Junco que les permitió escapar, los hubieran linchado. En el Hemiciclo a Juárez hablaron Gachita Amador, Díaz Ortíz y el líder inquilinario Herón Proal y cuando la manifestación iba a la altura del Hotel Regis, en pleno Madero, de regreso a los periódicos *Excelsior* y *El Universal*, tres carros de bomberos armados de hachas, martillos y barras de hierro salieron de una lateral y se echaron sobre la vanguardia golpeando a diestra y a siniestra. El compañero Octavio Martínez, de Saltillo, resultó herido, el brazo le colgaba lastimeramente, roto con una barra de hierro y Armando y Antonio lo llevaron casi cargando a la Cruz Roja. Otros muchachos regresaron con diversas contusiones al local del Partido. Habían pegado la carrera pero los alcanzaron. Hubo un momento en que pudo desatarse un combate a tiros entre policías y manifestantes porque un gendarme sacó su pistola pero una enérgica observación del jefe de bomberos le hizo guardar su arma. En ese preciso momento se disolvió la marcha y casi todos fueron a refugiarse al local del Partido en torno al cadáver de Mella y abarrotaron la pieza en tal forma que Rafael Carrillo tuvo que pedirles que la desalojaran a riesgo de su vidas. "Esto puede venirse abajo, el edificio está muy viejo".

A medida que avanzaba la noche, Tina empezó a temer el momento en que también se rompiera esto: la presencia de Julio en su ataúd. No era la cantidad de gente la que la molestaba ni su respiración caliente, al contrario, sus alientos la acompañaban; temía el instante en que este bloque humano se dispusiera a cargarlo en hombros para llevárselo. Su silla, la había acomodado en contra del muro casi frente a la cabeza de Julio Antonio y aunque lo sabía absurdo no había dejado de dialogar mentalmente con él, relatarle quienes iban entrando, lo que decían y cómo lo decían, los proyectos de lucha, las marchas, en fin todo cuanto a él se refería. No quitaba los ojos de encima de esa tapa del cajón como si la insistencia de su mirada la traspasara y le hablaba fervorosamente, su vista clavada, repitiéndole una y otra vez que lo amaba, que siempre sería su amor, que estaría con él hasta el resto de sus días, que habría dado su vida, que eso él lo sabía, que su vida habría quedado también allí junto a él, allá adentro, que eso él lo sabía, que ganarían su causa, ella y él juntos, yacían el uno al lado del otro, se materializarían el uno junto al otro, él y ella juntos, él y ella juntos, ella porque era él y él porque también era ella, juntos, juntos, juntos, que...

— Mira qué rara se ve Tina —se preocupó Rafael Carrillo— hay que sacarla afuera un momento, que le dé el aire, que vuelva a la realidad...

— Tina.

— ¿Ya?

— Sí, ya.

Seis compañeros del Comité Central tomaron la caja en hombros —como que se resistían a llevárselo—, y lentamente lo sacaron del salón principal. Entonces Rosendo Gómez Lorenzo comentó en voz baja:

— Es la última vez que el compañero Mella baja las escaleras de este edificio en el cual tanto trabajó.

Cuando el ataúd negro cubierto con la bandera roja de la hoz y el martillo estuvo en la calle, Rafael Carrillo salió al balcón:

— Compañeros, el responsable de este asesinato es Gerardo Machado, presidente de Cuba. Ese chacal puede sonreír ahora cuando lea la prensa de México; pero al proletariado del mundo ya le tocará también su instante de reír. El maestrillo de escuela, el embajador cubano Fernández Mascaró tiene también tintas las manos en la sangre de Mella. Recogemos todo el odio de

Mella por la tiranía machadista y cada uno de nosotros ha ganado un enemigo más. Desde aquí despido al camarada caído en la lucha que no hace más que precedernos y desde aquí hago un llamado a todos ustedes trabajadores para apretar nuestras filas y así vencer a las dictaduras de Latinoamérica. Aún muerto como está, su muerte hace temblar al tirano miserable. ¡Muera Machado, compañeros, muera el traidor! ¡Viva Julio Antonio Mella!

No sólo los del Partido Comunista sino los demás se detenían a ver a Rafael Carrillo, apenas un muchacho, pequeño y delgado, su cabello chino, gritando fieramente desde el balcón, el rostro encendido, los brazos en alto. Sorprendía porque en la vida diaria, Rafael tenía una manera de ser más bien apagada y modesta, pero ahora revelaba una desconocida capacidad de mando que florecía en sus ademanes, su rostro todavía adolescente, enrojecido por el esfuerzo, su voz súbitamente desesperada: "Viva Julio Antonio Mella", "Viva" coreó en la calle una multitud que miraba hacia él, pero cuando el cortejo fúnebre inició su marcha, la rabia y la amargura se posesionaron de muchos de los que caminaban tras el féretro.

— Oye, —preguntó atemorizado Teurbe Tolón a Rosendo Gómez Lorenzo— ¿no nos irán a disolver también esta manifestación?

— No, no despreocúpate—, anoche Diego Rivera fue a ver a Silva Herzog a una cena que le daban por su nombramiento de ministro en la Unión Soviética y don Jesús se levantó de la mesa e inmediatamente se comunicó con Puig Casauranc. Además hizo un memorándum que firmaron todos los comensales. Aquí traigo una copia:

"En nombre de los intelectuales de México venimos a solicitar garantías para la manifestación de duelo que se efectuará mañana durante el sepelio del escritor Julio Antonio Mella en vista de que quedó disuelta esta noche en forma violenta la manifestación organizada como protesta por su asesinato.

Por el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, Eduardo Villaseñor, M. Mesa y H. Espinosa de los Monteros, por los emigrados de Sud América, Tristán Marof, por el Bloque de Obreros Intelectuales, Jesús S. Soto, por la Liga Antimperialista de las Américas, Diego Rivera, por el Socorro Obrero Internacional Miguel O. de Mendizábal, por la Asociación de Relaciones Culturales de la URSS, Gilberto Loyo, como periodista y en nombre de un principio elemental de ética: Froylan C. Manjarrez".

"Ves, —guardó la hoja Gómez Lorenzo— parece que Puig Casauranc le dió todas las garantías a Diego Rivera. El trae otro documento para enseñarle a la Policía en caso de que pretendan detenernos.

"Machado, cobarde verdugo" gritó Teurbe Tolón aventando los brazos al aire, como corolario de la lectura del memorándum, y los compañeros en las filas siguientes corearon: "Ma-cha-do co-bar-de ver-du-go, Ma-cha-do co-bar-de ver-du-go" "Ma-cha-do a-se-si-no". Miles de piés lo aplastaban sonoramente contra el suelo. "Ma-cha-do, co-bar-de ver-du-go". Lo iban puntualizando en la calle, dictándolo a las atarjeas. Después de Isabel la Católica, la manifestación dió vuelta por República de El Salvador para desembocar en el Zócalo y allí frente a la puerta de Palacio Nacional habló de nuevo Ursulo Galván a nombre de la Liga Nacional Campesina.

— "Mella —gritó— representa la unión de todos los obreros y campesinos del continente bajo la roja bandera del proletariado".

Su palabra, magnificada por un altavoz llenó la plaza. Tina detrás del cuerpo de Julio, sentía que no pisaba el suelo, pero tampoco lo sintió tras del cortejo cuando arrancaron a las once y veinte de la mañana de la calle de Mesones. Seis horas y media habría de durar el desfile fúnebre pero Tina jamás tuvo

conciencia de ello. Miraba el féretro obsesivamente y sólo parecía preocuparla alejarse unos cuantos metros. Rafael Carrillo le aseguró: "Nadie te va a separar de él, Tina, nadie puede apartarte". Literalmente cuando se reiniciaba la marcha, Rafael Carrillo y Hernán Laborde la levantaban en vilo. En el hermoso patio de la Facultad de Leyes, Tina pensó que iban a arrebatárselo, pues los estudiantes colocaron el féretro en el lugar de honor y junto a él pusieron el micrófono. Habló Alfonso Díaz Figueroa de la Confederación Nacional de Estudiantes y de la Sociedad de Alumnos de Jurisprudencia: "El nos abrió los ojos a la lucha de clases diciéndonos que hay que hacer la revolución no sólo en las aulas sino en todas partes, en toda la realidad social del país... A los presidentes de América Latina que están al servicio del imperialismo norteamericano se ha incorporado ya José María Moncada quien acaba de nombrar para jefe de su Estado Mayor a un marino yanqui. Mella tuvo el valor de combatir a las asociaciones que con máscaras revolucionarias sirven también al capitalismo, pero nuestros adversarios pueden estar seguros de que nuestra organización tendrá que seguir avanzando a pesar de los presidentes que se vendan. Deben saber estos sicarios que los obreros y los campesinos de América juntan sus filas para que pronto ondee la roja bandera del proletariado".

Terminó Alfonso Díaz Figueroa: "El camarada Julio Antonio Mella no era cubano ni mexicano; no tuvo patria porque los socialistas no tenemos más patria que el mundo y desde hoy figurará como uno de los guías e inspiradores del movimiento revolucionario de los estudiantes de México. Ya no es el camarada, el amigo; ahora es el símbolo, la bandera de la Facultad de Leyes".

Después se levantó un joven perfectamente trajeado y de ademanes distinguidos, Alejandro Gómez Arias quien dijo que hablaba a nombre de las minorías no comunistas de la Facultad de Leyes.

"Mella —exclamó— nos une mejor que todas las banderas. Todos los que amamos esta cosa informe y dolida que es México, vemos en él un propósito puro. Viendo su cadáver queremos que nos anime más el afán de combatir a todas las tiranías en donde quiera que estén. Abogamos por un cambio de los hombres y vemos en Mella a un símbolo de los deberes en México. Como él hay muchos expatriados que no gozan del calor de la patria. Juremos seguir su ejemplo en México y fuera de México. No, no es un crimen pasional el que lo hizo su víctima, muere por los gobiernos, ya sean de México, de Cuba o de otro país donde haya tiranías; muere por aquéllos que quieren ver claridad donde la hay de sobra. La muerte debe haberlo visto llegar con sus ojos verdes y tranquilos. Para nosotros su ejemplo. En paz, Julio Antonio Mella".

Los que hasta entonces habían llevado el féretro fueron relevados en el patio a la hora de reiniciar la procesión; muchos querían cargar a Mella en hombros. Tina notó que varias compañeras blandían claveles rojos; Tere traía un ramo descomunal, tan grueso que apenas si podía sostenerlo y empezó a repartir manojos encarnados que aparecían aquí y allá dentro de la oscuridad de los ropajes. La comitiva de obreros y estudiantes siguió por San Ildefonso hasta dar vuelta en Brasil; allí quedaron como opacados, pegados los unos a los otros, y Tina recordó entonces la bodega del trasatlántico repleto de refugiados que habrían de permanecer en cuarentena en Ellis Island antes de ser admitidos en los Estados Unidos, el rostro magro y temeroso de la mayoría de los hombres envueltos en bufandas, las mujeres con su pañoleta en la cabeza y su hijo en brazos. Recordaba su mansedumbre, su desconcierto, sus redondos bultos de ropa, sus ojos entrecerrados por el mareo ¡cuánto sufrimiento!, su manera de recargarse los unos en los otros, los niños siempre en las piernas de las mujeres. Ahora era lo mismo, el mismo

mareo, el mismo calor humano, el mismo hombro abultado y vencido. O sería que Tina ya lo veía todo con los ojos del sueño y no estaba viviendo realmente esta manifestación luctuosa. Sostenida por los brazos de sus compañeros, ya no era sino una niña refugiada italiana a punto de volver el estómago en este discurrir interminable por la ciudad, llevando el cuerpo de Julio, el cuerpo muerto de Julio, cómo estaría el cuerpo de Julio, en la Cruz Roja lo había acariciado todavía caliente, ¡oh Julio, si pudiera devolverte el calor!

Dentro de la estrechez de la calle Madero surgió la primera voz que entonó la Internacional. Se le unieron muchas otras, hasta la de Tina en un esfuerzo por sacudirse, y después de la Internacional cantaron la Marcha Fúnebre de la Revolución, y la Varsovia. Muchos de los que antes habían permanecido escondidos tras su ventana se asomaron para verlos. De la lenta columna se levantaba una voz ronca y dolorosa, un rumor compacto, apretujado, el abnegado río del amor humano. No podían sino asomarse, compadecidos. Centenares de voces corearon los gritos: "Viva Julio Antonio Mella. Viva el Partido Comunista. Viva la Revolución Mundial". Al paso del cortejo se adherían nuevos grupos y al llegar a la calle de Abraham González donde cayó herido Mella, el diputado Hernán Laborde tomó la palabra:

"Compañeros, aparte del desgarramiento hecho en nuestra propia carne por las balas que asesinaron a Mella, aparte del derramamiento de nuestra propia sangre, de la sangre de los comunistas y antimperialistas de todo el mundo, hay un hecho que reclama la más vehemente protesta de todos y la inmediata atención del gobierno, y es que el brazo asesino del presidente Machado se extiende hasta México para ejercer el terror. Esto constituye una violación de la soberanía de México".

Los aplausos resonaron en los muros, rebotaban en los dos costados de la calle de suerte que parecían volar de un lado al otro, salir apalomados de las manos de los manifestantes que los hacían tronar fuertemente; luego el aire se los llevaba aquí y allá haciendo que nuevas ventanas se abrieran y nuevas gentes salieran al zaguán a ver lo que estaba pasando.

"Si cuando cayó asesinado en esta capital el político guatemalteco Lisandro Barillas —continuó Laborde— se rompieron las relaciones con el gobierno de Estrada Cabrera, si también se han roto las relaciones diplomáticas con Juan Vicente Gómez, el sanguinario tirano de Venezuela; con más razón deben romperse ahora estas relaciones con Gerardo Machado, el tirano servil que deshonor a América. No es tiempo de llorar camaradas, es tiempo de ir a la protesta, de exigir al gobierno que representa a la revolución que tantos sacrificios ha costado al pueblo mexicano, que rompa toda clase de relaciones con el gobierno de Cuba".

Una salva de gritos ratificó las últimas palabras de Laborde. Tina miró hacia la barda de la carbonería que Julio y ella habían pasado hacía apenas dos noches y trató de ver más allá, su ventana en el edificio Zamora pero la multitud tapaba el portón. "Qué raro —pensó— no siento nada, no siento absolutamente nada". Ahora sí el sol ardía con fuerza, ese sol de enero que a medio día es una bola de fuego a la mitad del cielo y contrasta con el frío de la madrugada. Sus rayos taladraban la ropa de lana, traspasaban la piel y las cabezas encegueciendo los ojos en aquella hornaza; sin embargo todos resistían; algunas mujeres se habían echado el suéter sobre la cabeza; llevaban más de cuatro horas caminando y todavía faltaba Chapultepec, Tacubaya, la cuesta hacia Dolores y la ceremonia final en el panteón. Tina oyó a un niño preguntar: "¿Cuánto falta?" y su madre suspiró: "Uy, quién sabe cuántas horas".

En Dolores, las banderas rojas rodearon la fosa recién abierta. Los hombres que las cargaban empezaron a dar coletazos a la izquierda, a la derecha, como

si con ellas sacudieran en el aire su coraje; las mecían en amplios banderazos de rabia sobre el cuerpo sacrificado de Mella. Después, los compañeros cubanos abrieron la tapa y Tina pudo ver por última vez el rostro de Julio Antonio, más pálido, hermoso, tan vivo aún como cuando lo retrató en la Cruz, porque Tina todavía encontró fuerzas para imprimir una placa de su cabeza acostada sobre la tela blanca, su yaciente cabeza de hombre dormido. Entonces la sostenían la indignación, el deseo de justicia; ahora la sostenían los demás, el brazo de Rafael, el de Rosendo Gómez Lorenzo en el que se apoyaba con todo su peso para no venirse abajo. En las bardas del cementerio se habían trepado los curiosos y a horcajadas miraban el espectáculo, pero ella no podía distinguirlos, anestesiada como lo estaba por el dolor. Cansa mucho sufrir. "No siento nada, no sé nada, no entiendo nada". Ni una lágrima escurría sobre su mejilla. Los ojos le ardían secos, retorciéndoseles en su cuenca. Ahora sí sentía ganas de estar sola, arrojarse en su cama, poner la cabeza sobre la almohada, recostarla tan apaciblemente como la de Julio, pero una agrura punzante en la boca del estómago le recordó: "¿Su casa? ¿Cuál casa? Si la había tomada la Policía". Tendría que pedirle albergue a Luz o a Adelina, a Lola, a Gachita, a Tere, a alguna de las compañeras. O mejor al montón de tierra negra recién paleada, fresca, húmeda, invitadora casi. Era el turno de Sandalío Junco quien agitó sus negras manos, a punto de descoyuntarse en el aire, las sacudía y parecían manojos de nervaduras y tendones ajenos por completo a la voz que lloraba al amigo, pobre de Sandalío, bien que lo quería Julio. Tina recordaba cómo en las fiestas aplaudía dándose con las manos sobre los muslos y las rodillas haciéndolas sonar muy fuerte. Luego vino Diego Rivera que insistió en la creciente absorción de los países latinoamericanos por el capital de Wall Street y advirtió: "Esto seguirá si los elementos antimperialistas, en cooperación con la fuerza de los obreros y de los campesinos no se organizan y preparan para la defensa, siguiendo el ejemplo luminoso del general Sandino".

De pronto una ráfaga de aire golpeó brutalmente las banderas y ondearon a sabanazo limpio. Tina se enderezó bajo el chicotazo. Rafael Carrillo se adelantó dos pasos, su pelo al aire, de cara a los dolientes y Tina también levantó el rostro. Félix Rodríguez hablaba en representación de los trabajadores revolucionarios de los Establecimientos Fabriles Militares, Jorge Fernández Anaya a nombre de la Federación de Juventudes Comunistas de México, Luis G. Monzón advirtió que quería a Mella como a un hijo, que intervino en Cuba cuando su huelga de hambre y que no podía siquiera pronunciar el nombre del perro desgraciado que regía los destinos de Cuba. Baltasar Dromundo resultó aún más incendiario que en la embajada de Cuba cuando acusó a Fernando Mascaró y pidió a gritos la ruptura de relaciones, pero fue Antonio Penichet, representante de la *ANERC* quien conmovió hondamente al relatar la vida de Mella en Cuba y cómo al conocer y al tratar a los campesinos y a los trabajadores no volvió jamás a la clase burguesa de la que provenía. No sólo inició la obra de transformación de la Universidad de la Habana que reflejaba el conformismo y la corrupción del país sino que fundó la Universidad Popular para los trabajadores.... Si Machado lo temía, también lo temieron los Estados Unidos porque sabían que Mella era capaz de encabezar el movimiento libertador contra el imperialismo: "Han matado al Sandino de Cuba" gritó Penichet al terminar y cederle su lugar al doctor Carlos León que habló a nombre del Socorro Rojo Internacional y luego a la compañera Esther Juárez quien llamó a las mujeres a organizarse en torno a la hermosa figura de Mella. Abajo cerca de la tierra se movían los sepultureros, impacientes. Todavía tenían que bajar la caja, poner una cubierta de lápidas, sellarla con mezcla. Y el sol allá, los quemaba con sus rayos.

Rafael Carrillo advirtió que sólo diría unas cuantas palabras antes de que el cuerpo de Mella fuera recibido en el seno de la tierra mexicana que tanto amó. Ya para entonces, muchos lloraban contagiándose los unos a los otros y Rafael trataba de reprimir las lágrimas que fueron resbalándole por las mejillas sin que se las limpiara, y, con frases pequeñas, entrecortadas afirmó:

"Mella nunca tuvo miedo. ¡Cuántas veces lo vimos caminar al frente de las manifestaciones cuando se tendían los fusiles en contra de la protesta de nuestra clase". En ese momento Rafael se inclinó hacia la fosa y le habló directamente a Julio: "A nombre del inmenso ejército de obreros y campesinos que en México y en Cuba luchan por la emancipación humana, a nombre de ese ejército, en nombre del Ejecutivo de la Internacional Comunista del cual formo parte, en nombre de este estado mayor de la revolución proletaria, yo te saludo Julio, en este último momento en que estás con nosotros".

Las frases giraban en el cielo hirviente, alguien junto a Tina murmuró: "Quién pudiera ir a tirarse en la nieve de los volcanes" pero se calló cuando Rafael gritó emocionado: "Mella sabía que no es eliminando a un hombre sino organizando las fuerzas de la clase obrera y campesina como puede lograrse la emancipación y por eso se dedicó a la organización y a la preparación de la victoria. Aún después de muerto Mella sigue trabajando para nosotros. Su vida fue tronchada bárbaramente pero en nuestro poder han quedado los últimos escritos de Mella, el libro que pensaba editar. Pues bien el último capítulo está escrito ahora con su sangre generosa. La clase trabajadora tiene una gran deuda con el proletariado cubano, por haber permitido que a Julio Antonio lo mataran aquí. Esa deuda debemos pagarla. Sabremos cobrar a la clase enemiga toda la sangre de nuestros mártires cuando llegue el momento en que los obreros y los campesinos se lancen a la lucha, armados no solamente con la conciencia de clase sino también con los fusiles... Los fusiles de los obreros y campesinos de México, y aún los de esos mismos soldados que tiemblan cuando tiran contra nosotros sabrán vengarte, Julio, e imponer la justicia, incluso contra los imperialistas del norte a quienes tanto disgustaba tu obra, porque son los mismos fusiles que hoy truenan en Nicaragua bajo la bandera de Sandino".

Los rayos del sol reverberaban sobre las tumbas vecinas, algunas pueblerinas y dulces como pastel de cumpleaños y Tina le dijo en voz baja a Julio: "Mira el Ixtacihuatl será tu cabecera y a tus pies queda el Popocatepetl; para llegar a tí hay que seguir un camino de flores que mueve el viento de enero". Lola y Tere silenciosamente repartían los claveles; no querían interrumpir a Rafael que arengaba a los dolientes:

"Nuestra organización es un ejército en marcha. Caiga quien caiga, así sea un oficial, así sea el comandante, las filas se cierran y el ejército sigue luchando. Ahora cayó Julio Antonio Mella en pleno combate, de cara al enemigo implacable, y venimos en esta tarde a darle la última despedida. Posiblemente sus restos sean conducidos a la patria lejana de todos los revolucionarios, a la Moscú querida donde podrán descansar junto a los restos de los grandes caídos por la lucha del comunismo internacional. Nosotros nos vamos a ocupar de nuestros puestos, porque no tenemos derecho a la tregua. Mientras los asesinos ríen al ver consumada su torpe obra, pongamos manos a la nuestra, orientemos, organicemos a nuestra clase para la victoria definitiva que es la que habrá de vengar a nuestros mártires".

Rafael quitó de encima de la caja la bandera que cobijaba a Mella y los hombres de la funeraria empezaron a bajarlo por medio de gruesas cintas corredizas. Tina entonces aventó su clavel a la fosa y una avalancha cubrió el féretro. Los hombres lo taparon con varias lápidas sellando las orillas con la mezcla. Ahora se escuchaba la pala rascar el cemento. Más que todos los

discursos, Luz Ardizana cimbró el aire con su fuerte, su duro: "Adiós Julio". Como pedrada. Luego Rafael Carrillo echó un puñado de tierra blanda y los demás lo imitaron. Así dió la orden de que la tierra fuera cayendo en lentas paletadas sobre la lápida. Los sepultureros se detenían, la fosa era profunda. Cuando terminaron colocaron sobre el montículo negro y suave las coronas clavando algunas y recostando otras. Acomodaron los ramos de crisantemos, las gladiolas, las rosas a punto de deshojarse. Todo quedó en un blando amontonamiento de pétalos revueltos.

La procesión descendió lentamente y en la puerta de Dolores empezó a dispersarse. La tumba de Mella ocupaba un espacio diminuto sobre la tierra, entre los volcanes y cuando Tina volvió la cabeza por última vez supo que era ya parte de la inmensidad.

En el automóvil de regreso, sentada junto a Rafael no pudo hablar. Al llegar a Mesones 34, en la sede misma del Partido, cuando descendían del coche, una voz de hombre preguntó:

— ¿Es usted la señora Modotti?

— Sí.

— Ah bueno, haga usted el favor de seguimos, el licenciado Valente Quintana la espera en el Juzgado para interrogarla.

era



EDICIONES ERA
AVENA 102
COL. GRANJAS ESMERALDA
DELEG. IZTAPALAPA
09810 MEXICO, D. F.

CUADERNOS POLITICOS

Revista
trimestral de
Ediciones Era

Carlos Maya ► Concepto de Estado en Gramsci ⊕ Jaime Osorio
► La economía chilena, 1973-1982 ⊕ Asa Cristina Laurell ►
Crisis y salud en América Latina ⊕ Nuria Fernández ► La
izquierda mexicana en las elecciones ⊕ Luisa Pare
► La política agropecuaria, 1976-1982 ⊕ Gustavo
Gordillo ► Programa de reformas para el sistema
ejidal ⊕ Mario Cerutti ► Arqueología
del grupo Monterrey

33

discutir el estado

Posiciones frente a una tesis
de Louis Althusser - varios autores



ESCRITOS
POLITICOS I-II
karl korsch

LOS USOS
DE GRAMSCI
juan carlos portantiero
2da. ed.



la primavera
de pekin
victor sidane



Folios Ediciones

libros discos arte café

gandhi

m.a. de quevedo 128 / 548.1990



Los tiempos y los espacios del anhelo

(Un ensayo para reivindicar la utopía)

Carlos Villagrán D.
Rossana Cassigoli S.

"El sueño vive, no sólo por encima de sus propias posibilidades, sino totalmente sobre las posibilidades malamente existentes. El anhelo mantiene su fuerza justamente en tanto que engañado, y también en tanto que girando aquí o allá en el vacío".

Ernest Bloch.

El pensamiento utópico ha sido relegado al olvido. El peso abrumador del discurso científico sobre la sociedad ha sepultado la posibilidad de expresión de la imaginación utópica a tal grado, que la preocupación por el tema ha tenido que pugnar por legitimar un espacio de reflexión, frente a la animosidad de quienes lo consideran propio de buscadores de extravagancias históricas. Durante más de un siglo "el desdén relegó a los utopistas al purgatorio del pintoresquismo ideológico y al limbo de las teorías confusas y superadas". (1)

El ajuste de cuentas de Marx y Engels con la dimensión utópica del socialismo ejerció una influencia decisiva sobre la proyección teórica del asunto. Los creadores del marxismo dejaron testimonio de un profundo respeto por esos hombres que les antecedieron en la lucha social. "Nosotros nos admiramos —señaló Engels— de los geniales gérmenes de ideas y de las ideas geniales que brotan por todas partes bajo esa envoltura de fantasía que los filisteos son incapaces de ver". (2)

Marx y Engels no sólo reconocían el valor de la fecunda imaginación de los socialistas utópicos, sino que también valoraban en ellos

los méritos indiscutibles de haber forjado parte sustancial de la conciencia social de las masas trabajadoras:... "todos los movimientos sociales, todos los progresos reales registrados en Inglaterra en interés de la clase trabajadora van asociados, afirma categóricamente Engels, al nombre de Robert Owen". Pero, ni la extraordinaria riqueza de los proyectos utópicos, ni los lúcidos atisbos sobre los problemas que inquietarían a las sociedades del futuro, impidieron que la fuerza implacable de la crítica marxista borrara de un plumazo la dimensión utópica del socialismo.

Si bien el socialismo utópico se oponía frontalmente a la sociedad burguesa, lo hacía desde un punto de vista moralizador, no científico. Las leyes fundamentales del capitalismo, advierte Marx, su estructura orgánica y su funcionamiento interno, permanecían ignotas para estos reformadores sociales. Frente a los innumerables escollos que se oponían a la realización de los proyectos utópicos, la imaginación siempre fértil, encontraba su cauce a través de la construcción de prodigiosos órdenes sociales que plasmaban viejos anhelos humanistas. Hubiera sido mejor —pensaba Engels— haber aplicado el cerebro a la tarea de entender por qué las dificultades que contrariaban la realización de sus designios surgían del seno mismo de las relaciones sociales de producción. Pero la posibilidad del cambio en los utopistas estaba más ligada al vuelo de la fantasía y al empuje de la volun-

(1). DESANTI, Dominique. *Los socialistas utópicos*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1973, p. 7.

(2). ENGELS, Federico. *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Editorial Progreso, Moscú, en *Obras Escogidas de Marx y Engels*, s/d. p. 119.

tad humana, que a la fatigosa tarea de transformación de la sociedad.

La inmadurez del socialismo utópico se evidenciaba —según los clásicos— por la procedencia individual de su impulso imaginativo..., pero quizás aquí cabría preguntarse: si la concepción del trabajo humano, en el universo marxiano, se diferencia del trabajo animal por el hecho de estar precedido por la conciencia de sus fines: ¿por qué invalidar de partida el pensamiento utópico por la particularidad de postular un proyecto social imaginativo? ¿No es un hecho que el hombre crece con la emergencia misma del proyecto? ¿No es verídico también que el porvenir que concibe el hombre como ser genérico ejerce una influencia determinante en el presente que construye?

Pretendemos responder a esta inquietud al final de nuestro trabajo; por de pronto simplemente señalamos que la utopía es derrotada en nombre de la ciencia. La dimensión científica del marxismo se ha impuesto categóricamente sobre la validez del discurso utópico. Cabe recordar en este punto, que la actitud de Marx hacia el capitalismo parte de dos perspectivas diferentes: *la revolucionaria*, es decir la de quien intenta subvertir la realidad burguesa para construir desde ésta y como superación de la misma, una nueva sociedad y, *la científica*, aquella que se dedica a reconstruir el modo en el que el sistema funciona y se desarrolla.

Si bien es cierto, que la pretensión de Marx con respecto al método es que ambas visiones no sólo se complementen, sino que la una se alimente y se fortalezca con la diversidad de la otra, hay que advertir desde ya que esa pretensión no se logra. Si la idea de Marx era que el aspecto revolucionario fuese reforzado constantemente por el hecho de surgir como una consecuencia del análisis científico; y este último a su vez, fuera elevado a su mayor rigor como resultado del impulso finalista que el primero le imprimía, lo menos que podemos decir es que esta iniciativa que permanece constante en el espíritu marxiano, se desvirtúa en el seno de la tradición marxista posterior.

La circunstancia de haber intentado la transformación socialista desde sociedades que aún no habían cumplido su etapa de industrialización y que tenían un escaso desarrollo homogéneo de sus fuerzas productivas, imprimió a la perspectiva científica una importancia clave. A partir de *El Capital* las

carencias en el conocimiento de lo social disminuyen ostensiblemente, la radiografía del capitalismo es develada y las leyes del sistema quedan al descubierto en su consistencia objetiva. El ímpetu, la indignación, la condena y la imaginación que impulsan el proyecto utópico, son atrapados desde ese momento en las sólidas redes del razonamiento científico.

¿Podríamos con base en estos planteamientos afirmar que en Marx existe un “antiutopismo teórico”? La cuestión es discutible: si bien, por un lado, Marx ha zanjado sus diferencias con los utopistas en un lenguaje claro, que rechaza el carácter ideal y fantástico de los proyectos sociales que encierra el discurso utópico (hay que recordar que Marx, coherente con estos planteamientos, es renuente a describir las características de la futura sociedad comunista. Sólo lo hace en sus obras de juventud, específicamente en *La Ideología Alemana* y en ese artículo crítico, publicado en 1891 bajo el título de *Crítica del Programa de Gotha*). Por otro lado, habría que aceptar que en numerosas ocasiones la voluntad de cambio es tan vigorosamente impulsada, que lleva a Marx a aventurarse por los terrenos de la utopía. Así, por ejemplo, cuando el Marx de los Manuscritos (*Manuscritos Económicos Filosóficos de 1844*) habla de una superación definitiva de la enajenación en la sociedad comunista. Y aunque esta afirmación podría ser rebatida por pertenecer al período juvenil de Marx, habría muchos presupuestos básicos que se mantienen invariables en el transcurso de su obra y que bajo cierta óptica podrían aparecer como utópicos. A la luz de los acontecimientos contemporáneos ¿... no sería legítimo preguntarse si la misión histórica que pensó Marx para el proletariado, se movía también en una dimensión utópica... por lo demás individual..., la del propio Marx?

El análisis del camino que el proletariado ha recorrido en su tarea histórica, es hoy campo fértil de discusión y enfrentamiento en el seno del marxismo. La actualidad del debate acerca de la naturaleza del “socialismo real” y sus contradicciones ¿no es acaso una expresión significativa de esto?

La relación del marxismo con la utopía debería ser estudiada con rigor y en profundidad; pero con esto sucede lo que con muchos otros temas de reflexión: la interpretación epistemológica del marxismo los ha dejado al margen de la ciencia y con eso han perdido su legitimidad como preocupaciones teóricas.

El marxismo cientificista, del que la corriente convocada en torno a Althusser ha sido la más representativa, se ha desarrollado como respuesta a una necesidad política concreta: la recuperación del marxismo como ciencia frente a los embates de su propia crisis. En momentos en los cuales la ciencia era sinónimo de credibilidad absoluta, y nos referimos específicamente a los años sesenta, bastaba demostrar el cientificismo de una teoría para que ésta emergiera como verdad inapelable. Pero la crisis del marxismo ha continuado, el mitológico papel de la ciencia ha cedido terreno y la confianza en las capacidades de la revolución tecnocientífica ha debido decaer por la fuerza y la magnitud de la crisis.

Es que la crisis del marxismo no se puede eludir invocando el auxilio de la ciencia. Es mucho más atinado olvidar el fantasma de la crisis y entender como lo hace Agnes Heller que la obra de Marx y el marxismo se han desenvuelto siempre en los marcos de una crisis. ¿Qué eran, sino crisis del marxismo —se pregunta Heller— los debates entre Bernstein, Kautsky, Rosa Luxemburgo y Sorel?

Pero hay quienes se asustan con la sola mención de la crisis del marxismo. Para ellos hablar de crisis es sinónimo de sepultar no sólo la obra de Marx, sino de paso toda la tradición marxista. Es más, aludir a la crisis del marxismo puede ser muestra grave de diversionismo ideológico-político: "En nuestra América —se nos advierte— observamos con perplejidad como una cierta izquierda intelectual, desilusionada y hastada por su esterilidad histórica, se empecina por instalar en el centro de la discusión actual de las fuerzas progresistas la famosísima temática de la crisis del marxismo. No es ahora el momento apropiado para iniciar una discusión sobre este asunto; todos sabemos que el marxismo considerado como teoría científica y como guía para la acción, tiene muchos interrogantes e incertidumbres, dudas y ambigüedades que sería inútil desconocer. Pero en esta discusión en torno a la presunta 'crisis del marxismo' (donde la palabra crisis se transforma en mágico amuleto con el cual, sin mayores precisiones y con harta ligereza, se fulmina la entera tradición marxista), no se puede olvidar la doble dimensión del materialismo histórico, su carácter de instrumento de conocimiento de las leyes que rigen el movimiento de la realidad social y de indispensable

herramienta para efectuar su transformación". (3)

A la luz de estos planteamientos... ¿será diversionismo ideológico intentar una reflexión sistemática sobre el problema de la utopía? Si la historia del marxismo de los últimos sesenta años, nos muestra un absoluto desprecio por la dimensión utópica de la imaginación humana (salvo algunas honrosas excepciones que nos permitirán orientar este trabajo, como Ernest Bloch, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Theodor Adorno, Leszek Kolakowski, Agnes Heller, Leo Kofler, etc.), ...¿habrá que plantear la cuestión fuera del marxismo?; o ¿habrá que admitir que la renuencia de la ortodoxia marxista a tratar el punto, es una manifestación clara de su crisis como cuerpo teórico? Si ahora no es el momento adecuado para debatir los problemas del marxismo y sus crisis, tampoco será el momento propicio para discutir la gran cantidad de problemas que Marx no pudo o ni siquiera intentó resolver. Las urgencias históricas de América Latina no nos permiten avizorar a corto plazo, mejores tiempos de paz y tranquilidad en medio de los cuales pueda aceptarse la legitimidad de estas inquietudes.

El argumento de las "urgencias históricas" nunca ha sido un buen parámetro para medir la validez de las preocupaciones reflexivas. Frente a los problemas de la revolución nicaragüense, el movimiento de liberación de Guatemala o la violación de los derechos humanos, dedicarse a reivindicar los valores del pensamiento utópico puede parecer una inquietud fútil, pero cuando analizamos la extraordinaria versatilidad, exuberancia y riqueza que conforma el imaginario colectivo de la sociedad con toda su amplísima gama de proyectos, aspiraciones, fantasías, anhelos, la gran mayoría de los cuales han sido reprimidos o simplemente olvidados, no podemos menos que advertir que la intencionalidad que anima los proyectos utópicos tiene o debería tener una gran importancia en la configuración de la sociedad del mañana; porque lo que debe preocuparnos *no es por qué no se han realizado las utopías imaginadas, sino por qué razón, histórica y socialmente lo utópico ha tenido necesariamente que manifestarse como intencionalidad, o en otras palabras: ¿Cuál es la causa que hace que el imaginario colectivo*

(3) BORON, Atilio. "Entre Hobbes y Friedman, liberalismo económico y despotismo burgués en América Latina" en *Cuadernos Políticos* número 23, México, 1980. p. 63.

de la sociedad exprese sus anhelos, fantasías, deseos y proyectos bajo el velo de la utopía?

La importancia de la proyección utópica es valorada significativamente por el Lukacs de *Teoría de la novela* y por el Bloch de *El Principio Esperanza*, esa obra magna donde la dimensión utópica refleja el contenido histórico de las ilusiones humanas. Bloch es el teórico de la utopía. El y su obra son una esperanza revitalizadora. También Horkheimer y Adorno imprimen un carácter fuertemente utópico a su pensamiento, entendiendo la utopía como el ángulo visual crítico que permite el exámen del presente a partir de las aspiraciones del futuro.

Para los pensadores de la Escuela de Frankfurt, la necesidad de recuperar la perspectiva utópica no se traduce en nostálgicas miradas hacia el pasado. La intención utópica se concreta con mayor precisión *no en la determinación positiva de lo que quiere, sino más bien en la negación de lo que no quiere*. "Si la realidad existente es la negación de una realidad posible mejor, la utopía entonces es la negación de la negación". (4)

La intencionalidad utópica se niega a abdicar frente a la realidad, para ella *la verdad se sitúa como lo ausente*. El impulso al saber que anima a la ciencia, no puede traducirse en la rendición de la verdad al dominio de los hechos. El peor castigo "para un pensamiento sediento de positividad, impaciente por afirmarse como capacidad constructiva, es el vaciarse de la carga negativa e impugnadora respecto a lo real trágicamente inadecuado". (5)

En esa misma corriente de pensamiento Agnes Heller defiende la necesidad de una *utopía radical* que cumpliría el papel de mediadora entre la filosofía y los movimientos radicales. Pero la utopía radical no es un modelo social al cual aspirar, tampoco pretende decirnos nada acerca de la sociedad del futuro, ni tan siquiera intenta configurar una "contraimagen" de la sociedad actual, como tantas otras utopías de la historia.

La *utopía radical* es más bien, una fecunda abstracción orientada hacia el futuro, que se perfila hacia una estructura y movimiento social

esencialmente distintos de todos los existentes hasta hoy y su legitimación no parte de la ciencia, porque no se propone definir la estructura de la sociedad del futuro sobre la base de categorías económicas, sociológicas o políticas, sino que intenta definirla únicamente en torno a los valores fundamentales para Marx, aquellos que a su juicio deberían conformar la sociedad comunista, vale decir: el crecimiento ilimitado de la riqueza material y espiritual de la sociedad, la posibilidad de su apropiación por parte de todos los individuos, la superación de la oposición entre trabajo intelectual y trabajo manual, la desaparición de las relaciones de subordinación y sobreordenación entre los hombres, el dominio de la humanidad sobre su proceso social de vida y como un corolario necesario: el desarrollo universal de todas las capacidades humanas.

Estos valores, que para Marx constituyen la esencia de la sociedad comunista, no pueden deducirse de la ciencia social, porque es algo conocido que toda ciencia determina el objeto de su interés y sus métodos de conocimiento de acuerdo a una elección de valor, aunque haya todavía quien insista en hablar de la "neutralidad valorativa de las ciencias sociales". Como dice Leszek Kolakowsky: "En el dominio de los valores y en el dominio del conocimiento de la sociedad, el ser un valor, o ser una verdad, no es independiente del hecho de que algo sea reconocido como valor o aceptado como verdad".

Uno de los errores más frecuentes que cometen las orientaciones epistemológicas del marxismo, es pretender que a partir de la concepción ontológico social de Marx se pueda, sin mayores dificultades, realizar una derivación empírica de los valores que conformarán la sociedad comunista. Esto se debe a que por norma general estas concepciones creen firmemente que dichos valores se pueden desprender o bien de los intereses o bien de las necesidades sociales.

¿Será posible inferir los valores de la sociedad del futuro a partir de los intereses sociales? Pensamos definitivamente que no. Si podemos afirmar que el valor es una categoría ontológico social primaria, es decir que se encuentra desde siempre y para siempre en la sociedad, no es posible decir lo mismo de los intereses sociales. Los intereses sólo surgen cuando aparece una barrera que impide u obstaculiza los objetivos de realización de un individuo o una clase. En otras palabras *no hay intereses sin que exista*

(4) NEUSUSS, Arnhelm. "Dificultades de una sociología del pensamiento utópico" en *Utopía*, Barral Editores, Barcelona, 1971, p. 25.

(5) PERLINI, Tito. *La Escuela de Frankfurt*, Monte Avila Editores, Venezuela, 1976. p. 39.

diversidad de intereses, de la misma manera que en Marx tampoco habría clases sin que existiera diversidad de clases.

Esto es lo que hace que en todas las sociedades de clases el interés, al constituirse siempre como contraposición, sea por ese motivo, una categoría ontológico social primaria. Pero "en cuanto suponemos una sociedad sin clases, imaginamos una sociedad en la cual la autorrealización de las integraciones sociales y de los individuos no se constituye en contraposiciones (o al menos no en contraposiciones inevitables) y en la que, por lo tanto, deja de existir el interés propiamente dicho". (6)

Así puestas las cosas, habrá que admitir que el interés social es básicamente una categoría de la sociedad alienada y que por lo tanto no es posible colegir a partir de allí los valores que orientarán a la futura sociedad comunista.

La necesidad, a diferencia del interés, es una categoría ontológico social tan primaria como el valor. La necesidad es una categoría que expresa un requerimiento interno hacia diversos tipos de objetos de naturaleza variada y heterogénea. Ahora bien, la relación entre objetos y necesidades es siempre recíproca: las necesidades crean los objetos y con ellos los tipos de actividades que tienden a producirlos; y por su parte, los objetos y las actividades que les son propias también generan necesidades. Pero *en esta relación recíproca los objetos son siempre primarios respecto de aquellas*. Según esto "sólo puede convertirse en necesidad —aunque en modo alguno para todo lo que la sociedad ha producido o aquello cuya producción social es objetivamente posible" (7); lo cual significa que los valores tampoco se pueden deducir de las necesidades, porque éstas a su vez se encuentran mediatizadas por la producción social.

De acuerdo con lo anterior, los valores de la sociedad del mañana no se pueden extraer de los intereses sociales ni tampoco de las necesidades, lo que equivale a afirmar que no es posible realizar una deducción empírica de los mismos.

En la obra de Marx y Engels, los valores se infieren a partir de dos axiomas básicos: *¡Es valor todo aquello que contribuye al enriquecimiento de la especie! y ¡El*

valor supremo está dado por la circunstancia de que los individuos puedan apropiarse de la riqueza específica!

Si los valores cardinales con que Marx imaginaba la sociedad comunista se estructuran alrededor de estos dos axiomas fundamentales, no podemos dejar de advertir que en ese sentido no hay oposición alguna entre los objetivos finales que se proponían los socialistas utópicos y los que se fijó como meta el marxismo, lo cual permitiría aventurar que el "socialismo científico" no se opondría a la utopía por sus objetivos, sino por sus métodos.

Como hemos dicho anteriormente el discurso utópico fue aplastado en nombre de la ciencia. No eran los valores que orientaban los proyectos utópicos los rechazados por Marx y Engels, sino más bien la imposibilidad de su realización; aunque hay que admitir que había expresiones de la imaginación utópica que Marx detestaba. Como opina con acierto Servier: Marx atacó violentamente al socialismo utópico porque —aparte de sus altercados con Proudhon— le era difícil imaginar, al final de la revolución, algo distinto de las estructuras proudhonianas que el llamaba "utópicas". (8)

Pero si para Marx y Engels los proyectos utópicos —esos "ensueños nacidos del fracaso" como acostumbraban llamarles— fueron rechazados por la imposibilidad de su materialización, las cosas han cambiado radicalmente y es difícil ignorar el hecho de que en la actualidad existen y de manera plena las fuerzas materiales e intelectuales para la realización de dichas aspiraciones. Como acertadamente dijera Marcuse: "Apenas hay hoy un científico o un investigador digno de tomarse en serio, inclusive en la economía burguesa capaz de negar que, con las fuerzas productivas técnicamente existentes sea posible, tanto material como intelectualmente, la eliminación del hambre y de la miseria, y que aquello que hoy sucede se deba a la organización sociopolítica de la tierra". (9) Esta comprobación llevó a Marcuse a hablar de una *utopía concreta* cuyo carácter revolucionario estaría justamente dado por su proyección. En la *utopía concreta* se realiza una estrecha vinculación entre teoría y práctica porque niega la realidad existente, pero parte de ella para diseñar otra realidad.

(6) HELLER, Agnes. *Hipótesis para una teoría marxista de los valores*, Editorial Grijalbo, Serie Hipótesis, Barcelona, 1974. p. 22.

(7) HELLER, Agnes. *Op. Cit.*, p. 24.

(8) SERVIER, Jean. *Historia de la Utopía*, Monte Avila Editores, Venezuela, 1969, p. 19.

(9) MARCUSE, Herbert. *El fin de la utopía*, Siglo XXI, Argentina, 1971, p. 5.

El hecho indubitable de que en el mundo de hoy estén presentes todas las fuerzas necesarias para la realización de una sociedad libre y placentera, en la que los elementos apolíneos de la razón, el número, el cálculo se mezclen armónicamente con lo dionisiaco del sentimiento y del placer, hace que Marcuse anticipe el *Fin de la utopía*.

La misma dimensión científica, en cuyo nombre se canceló la utopía, puede ayudar hoy a realizarla. La ciencia tiene sin duda un importante papel que jugar en la construcción del futuro, siempre y cuando la tensión cognoscitiva que la impulsa no se consagre como 'razón instrumental' a la realidad existente y sea capaz de impregnarse del impulso ético-utópico que hunde sus raíces en la naturaleza reprimida y anhelante de una liberación permanentemente negada a lo largo de la historia.

Quisiéramos concluir esta introducción señalando simplemente que la imaginación utópica debe merecer un espacio de reflexión en el marco de la teoría revolucionaria. Las utopías socialistas en sus más variadas formas y matices pueden tener cabida en el pensamiento marxista, a pesar y gracias a las crisis que le aqueja, aunque no como una descripción detallada y onírica de la sociedad a construir, sino como horizonte, como objetivo y como necesidad.

El gran rechazo que provoca el discurso utópico en el marxismo ortodoxo, no creemos que sea tan severo por la tendencia de la utopía a concebir sociedades mejores en el futuro, sino más bien por el hecho de estar impregnado de un carácter crítico, y corrosivo hacia la realidad existente. Ese carácter crítico, pugnaz y belicoso no debe ser por ningún motivo suavizado ni mediatizado por las dificultades surgidas del proceso revolucionario. La utopía puede ser efectivamente revolucionaria y su fuerza se centra alrededor de la potencia intelectual de sus nuevas ideas.

Hay quienes han pensado en desarrollar una "sociología de la utopía" para responder a este tipo de inquietudes. Aún esa disciplina no ha sido creada porque las dificultades son muchas y los incentivos muy pocos, pero no está lejano el día en que el rico bagaje conceptual de las ciencias sociales pueda aplicarse a la veta, aun inexplorada, del imaginario colectivo de la sociedad.

La literatura —como diría Borges— es la expresión de los sueños dirigidos. Secularmente el imaginario colectivo de la sociedad se ha

vaciado en la plástica de las palabras; una sola mirada al nutrido legajo que conforma la literatura utópica nos advierte de su importancia. El esfuerzo por desarrollar una sociología de la utopía podría encontrar en ese universo un potencial objeto de estudio.

El imaginario colectivo en la literatura utópica

La vastedad del género utópico en la literatura compilable hasta nuestros días, nos dificulta la tarea de glosar en este ensayo todos los valiosos ejemplos que la conforman. Un seguimiento cuidadoso advierte que allí, en las más antiguas tradiciones del pasado, descansan los primeros anhelos utopistas.

Los griegos, que cultivaron el género en alto grado, nos han legado las primeras narraciones con episodios utópicos; la construcción imaginativa de ciudades-modelo que se nutrían de una historia de conquistas y fundación de nuevos países lejanos. De los escritos inspirados por la suerte general del helenismo proceden las primeras concepciones de estados ideales y de entre ellas las más aguda: *La República*, del designio platónico del mundo supremo de las ideas. El mundo "visible" —según Platón— no constituye la realidad auténtica. Sólo las ideas tienen vida propia e independiente de la conciencia humana, sólo ellas poseen autenticidad. La utopía platónica no aspira a su realización; está dada en la más alta y pura de sus significaciones: la ideal. En la práctica histórica misma, la intención platónica se orienta a la afirmación de la forma aristocrática de explotación y del régimen esclavista. El Estado Ideal se presenta como una suerte de jerarquía estamentaria en la que la gente común (artesanos, campesinos, comerciantes), sostiene por completo a la sociedad. Los estamentos superiores se desenvuelven en perfecta igualdad con el objeto de no anteponer a los intereses supremos del Estado, la emergencia de intereses particulares. En esta panacea, los principales valores humanos son la justicia, el valor y la sabiduría.

Más tarde, la decadencia del helenismo y el progresivo arraigo de las religiones (con el consecuente augurio de un cielo paradisíaco que mitigase las penas terrestres), inhibe parcialmente el impulso utópico en los anhelos populares. Salvo breves intervalos, la utopía directa

sobrevive solapada en la mitología y la superstición, apareciendo en el cuento popularizado, en la sátira y en la juglaría.

Es sabido que *La República* platónica tuvo un influjo decisivo a lo largo de veinticuatro centurias en el devenir de la imaginación utópica. De los proyectos posteriores a Platón que han sido opacados por la historia de la utopía, poseemos una información precaria. Se coincide en mencionar entre las primeras a la novela de Ehuemero de Messana *Inscripción Sagrada* escrita hacia el siglo tercero antes de nuestra era. Bloch relata: "Ehuemero parte desde Arabia hacia un país entonces ignoto, la Isla Panchaca; una isla en la que se produce en común, en la que se reparte por igual lo producido, y en la que el suelo da frutos sin ser trabajado y sin simiente". (10) En la isla Panchaca la utopía es la felicidad y la crítica religiosa fundidas en un mismo crisol. Existe también *La Isla del Sol* de Yámbulo, obra de la cual se conservaron sólo pequeños fragmentos pero que tuvo una influencia decisiva en el Renacimiento. En esta obra, Yámbulo acaba con esclavos y señores, instituye el trabajo y la alegría comunes y la idea del colectivismo aparece más desarrollada que en la utopía de Ehuemero.

La utopía social-literaria registra su febril renacimiento dieciocho siglos después de Platón, con la aparición en 1516 de la *Utopía* de Tomás Moro. A diferencia de los ulteriores autores de utopías —quienes intentaron hacer abstracción de las tendencias molestas de la historia de su tiempo— Moro proyecta en su imaginaria aspiración, una Inglaterra regenerada socialmente, obrando con los materiales que podía percibir como consciente encarnación de la burguesía en ascenso. Allí podemos reconocer una utopía reflexiva y crítica, preocupada por el abandono de los desposeídos y por el mecanismo gubernamental que los aplasta.

Es importante recordar, al predicador protestante y agitador campesino Thomas Münzer, como la figura más clara de las tendencias utópicas y radicales del siglo XVI alemán. Münzer es el místico de la revolución de los pobres: "Así murió —escribe Bloch— de una muerte penosa, amarga y sin madurar aún, inmolado por los enemigos del pueblo, puro y austero, con la mirada puesta en el gran día que ha de llegar y en el Dios de los abismos, que no aban-

donará a su pueblo". (11) Sin embargo, es bueno precisar que la preocupación de Münzer fue la de realizar sus aspiraciones más que de escribirlas, de modo que aún sin pertenecer al ámbito de la literatura, representa una figura clave de la utopía.

Además de la *Utopía* de Moro y también influida por la lectura de Platón y San Agustín, aparece en 1602 *La Ciudad del Sol* del fraile calabrés Tomaso Campanella. Escrita por un tenaz conspirador contra la Inquisición y la Corona española en el inicio de un cautiverio de más de un lustro, constituye junto a la obra de Moro, el género literario de la denominada "novela política" en la tradición cultural occidental. Servier se expresa así de la obra de Campanella: "La Ciudad del Sol es un gran Ser colectivo a semejanza del mundo. Tiene como misión reunir dentro de siete murallas a toda la humanidad. Así, con todas sus fuerzas, participa del ser como afirmación absoluta, y se opone a la sociedad de la época que es una negación relativa porque el mal impera en ella bajo su triple forma: impotencia, ignorancia y odio...". (12) Es necesario por lo tanto, cultivar los principios opuestos que rijan la vida social: la potencia, la sabiduría y el amor.

En esa transición convulsionada que caracteriza el ocaso de la Edad Media europea y que culmina con la consagración del espíritu capitalista, florece la novela política, las llamadas "utopías" que se escriben y difunden profusamente por toda Europa. Refiriéndose al Renacimiento europeo, Engels decía: "Fue ésta la mayor revolución que la humanidad había conocido hasta entonces: fue una época que requería titanes y que engendró titanes por la fuerza del pensamiento, por la pasión y el carácter, por la universalidad y la erudición. De los hombres que echaron los cimientos del actual dominio de la burguesía podrá decirse lo que se quiera, pero, en ningún modo, que pecasen de limitación burguesa". (13)

En este contexto, las utopías de Moro y Campanella, que son los más afamados proyectos utópicos en los umbrales de la edad moderna, conquistaron un lugar privilegiado en el

(10) BLOCH, Ernest. *El Principio Esperanza*. Editorial Aguilar, Tomo 2. España, 1979, p. 51.

(11) KROTZ, Esteban. *Utopía*. Editorial Edicol, Serie Sociología, número 17, México, 1980. p. 34.

(12) SERVIER, Jean. *Op. Cit.*, p. 107.

(13) ENGELS, Federico. "Introducción a la dialéctica de la naturaleza" en *Obras Escogidas* de Marx y Engels, Editorial Progreso, Moscú, s/d p. 56.

mundo de los intereses literarios de los hombres del siglo XVI: contienen una denuncia, fustigan el orden social existente, califican a la sociedad de perniciosa pero al mismo tiempo de mejorable.

El siglo XVII coincidente con los inicios del capitalismo y la emergencia de los nuevos problemas sociales, se distingue por un profuso despliegue de la especulación utópica. El semblante de Inglaterra se ha transformado y la utopía se vuelve más próxima a los problemas inmediatamente políticos, más fría, temeraria y concreta. A este período pertenece *La Nueva Atlántida* de Francis Bacon (14) que representa en la historia de la utopía inglesa, el nexo entre Moro y los utopistas del período revolucionario. Bacon, al contrario de Moro, no se interesaba por la justicia social. El humanismo de inicios del siglo XVII se ha secado. La verdad para Bacon era el ejercicio del poder sobre la naturaleza mediante la convicción de las ilimitadas potencialidades de la ciencia y la tecnología, como poderes supremos de una sociedad autoritaria. En el primer aspecto, Bacon se acerca mucho a las utopías políticas de la época de la República Inglesa cuyos más acreditados ejemplos son la *Nova Solyma* de Samuel Gott de 1648, *La Utopía* de Milton, el más grande escritor de utopías religiosas en la revolución inglesa, y más adelante, *Macaria* de Samuel Hartlib y *Oceana* de James Harrington aparecida en 1656. (15) Esta última especialmente, se aparta del conservadurismo utópico, mencionando por primera vez los derechos del hombre en un acucioso estudio de la Inglaterra de la época y que tendrá a la postre una decisiva influencia en la redacción de la constitución norteamericana.

Apartándonos momentáneamente de las tendencias de la utopía del siglo XVII e inicios del XVIII, que se inclinan mayormente a la reflexión política que a los sueños de mundos sublimes, es preciso mencionar aquél poema inglés del siglo XIV titulado *The Land of Cokaygne*, que resume las fantasías de la mitología y de las novelas de caballería sobre el país de Cucaña que ha dejado huellas por toda Europa, en forma de leyenda:

“Aunque el Paraíso sea alegre y hermoso
el país de Cucaña está mejor provisto
Hay algo más en el Paraíso,
que praderas y bosques floridos?
No hay nada para abrigarse
y sólo agua para calmar la sed.”

Y en cambio en Cucaña... “el agua sólo para lavarse sirve”... (16)

Existe un listado abundante de utopías menores que proliferan a lo largo de los siglos mencionados arriba, expresándose en géneros diversos: la novela educativa de tendencias utópicas como *L'Emile* de Rousseau, las narraciones de viajes fantásticos como la gran colección *Viajes imaginarios, sueños, visiones y novelas cabalísticas* publicada en 1789 por Garnier en treinta y nueve grandes volúmenes, la sátira política y social como las obras de Cyrano de Bergerac.

El advenimiento de la Revolución Industrial y el posterior triunfo de la revolución burguesa, con el establecimiento definitivo del Estado Nacional como constitución política universal, fueron acontecimientos que sorprendieron al pensamiento de una sociedad impregnada secularmente por concepciones metafísicas y teológicas del mundo. La autoridad de los científicos desplaza gradualmente a la autoridad de filósofos y teólogos. Se inaugura un futuro en el que crece la miseria al mismo compás que la riqueza, el desamparo del obrero fabril reemplaza el sufrimiento del campesino medieval, conforme avanzan las necesidades de acumulación de capital.

La utopía en este tiempo emerge de un proceso de metamorfosis de todo el pensamiento social y literario occidental. Entre las obras del género está *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, quien escribe novelas “dispuestas para el consumo y jardines imaginarios repletos de sapos verdaderos” e inspiradas en los brotes utópicos de las fantasías de *La Abadía de Thélème* de Rabelais y *Viaje a la Luna* de Cyrano de Bergerac.

La crítica socialista revive en 1753 por medio de una nueva utopía: *Le naufrage des îles Flottants* de M. Morelly. Graco Babeuf, quien se proclamó seguidor de Morelly y Diderot, Sylvain Marechal y el mismo Voltaire, encuentran en la utopía literaria un recurso admirable

(14) Véase CASSIGOLI, Armando “Utopía y Antiutopía” en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. N. 100, Ediciones de la UNAM. México, 1980.

(15) Para profundizar sobre este aspecto consultar *Utopía* de Esteban Krotz, Editorial Edicol.

(16) MORTON, A.L. *Las Utopías Socialistas*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1952, p. 13.

para atacar a las instituciones impuestas, las creencias religiosas y las incoherencias de la práctica social, sin sufrir las represalias oficiales.

Babeuf, a quien se podría citar junto a los primeros anarquistas, introdujo la idea del comunismo en la historia de las ideas revolucionarias. Es, junto a Michelangelo Buonarroti, el inspirador del blanquismo y de los albores de la anarquía en Francia. Su conjuración demandaba la "felicidad común", a pesar de la severidad y violencia que suponía su logro. Su comunismo ha sido calificado de "primitivo" por la posterior tradición marxista.

En realidad, el género utópico comenzará a desempeñar un papel de menor importancia al lado de la copiosa producción literaria de crítica y renovación política y social.

El origen y difusión de la propaganda socialista asociado al nombre de Thomas Spence (1750-1814), renueva los medios para verter el descontento popular, planteando nuevas tareas e imperativos, y ocultando sensiblemente el discurso promisorio de la utopía íntegra y directa.

Viaje a Icaria de Etienne Cabet (1788-1856), constituye la novela política que encuentra mayor cabida en el nuevo mundo industrial. Esta utopía representa una crítica frontal de las imperfecciones de la revolución francesa que había reducido la igualdad a una mera formalidad. *Viaje a Icaria* se convierte en una auténtica obra de transición hacia la historia de la utopía socialista. La fundación de un periódico radical le significó a Cabet un exilio que le llevaría a conocer a Owen. Más tarde, alentado por el eco de sus ideas y el incremento de sus discípulos, Cabet regresa a Francia para emprender un peregrinaje a Texas con un grupo de artesanos para fundar una colonia icariana, la cual sobrevivió por más de medio siglo.

El desencanto por la revolución burguesa constituye el semillero que nutre la obra de los que hoy conocemos bajo el nombre de socialistas utópicos: Owen, Saint-Simon, Fourier, Weitling, Spence, Flora Tristán, Victor Considerant y muchos otros, en un gesto histórico crucial criticaron las inconsecuencias de la revolución francesa, en su empresa de fundar una nueva edad de oro y propusieron soluciones emanadas de una reflexión renovada y profunda de la sociedad. Si la filosofía de la Ilustración tuvo la misión de alumbrar las cabezas de los impulsores de la naciente revolución, con base

en la razón, el Estado que había surgido de la misma había naufragado. "La eterna paz prometida se había convertido en una interminable guerra de conquista. El antagonismo entre ricos y pobres, en vez de resolverse en un bienestar general, se había exasperado por la supresión de las corporaciones y otros privilegios, así como por la abolición de las instituciones bienhechoras de la Iglesia, que hasta entonces habían mitigado sus efectos; el crecimiento impetuoso de la industria sobre una base capitalista aumentaba la pobreza y los sufrimientos de las masas obreras hasta el punto de hacer de ellos las condiciones de existencia de la nueva sociedad. El comercio no era ya más que una simple estafa. La 'fraternidad' de la consigna revolucionaria se traducía en la envidia y trapacería de la competencia. La corrupción sustituía a la opresión violenta y el dinero remplazaba a la espada como palanca fundamental del poder social. (...) En una palabra, si comparamos con las brillantes promesas de la Filosofía de las Luces, las instituciones políticas y sociales establecidas gracias a la 'victoria de la razón' mostraban su carácter de crueles desilusiones. Solo faltaban las personas que habían de expresar esta desilusión y surgieron con el nuevo siglo". (17)

En estas condiciones históricas, las postrimerías del siglo XVIII se vinculan estrechamente con la inquietud por la posibilidad de realización directa del socialismo: "Así, ante todo, el deseo del experimento remplazó a la utopía, se ardía de impaciencia por realizar las ideas en carne y hueso". (18) Owen prefirió explicar reiterativamente sus ideas del modo más pormenorizado, e intentó llevarlas a cabo en las colonias de New Lanark en Inglaterra y New Harmony en Norteamérica, en vez de perpetuarlas en un texto.

La utopía socialista hace proyectos, señala en forma metódica y con frecuencia mejor que en el pasado, las causas de un presente caótico e injusto, describe con minucia una "otra" sociedad fincada en valores distintos, formula con precisión la manera de realizarla —aunque desconociendo a veces los datos objetivos de la realidad social— e impulsa con vehemencia su materialización.

(17) ENGELS, Federico. *Anti-Dühring*, Editorial Grijalbo, México, 1974, p. 253.

(18) NETTLAU, Max. *Esbozo de historia de las utopías*, Ediciones Iman, Buenos Aires, 1934. p. 45.

La gran mayoría de los socialistas utópicos participan activamente, aunque de modo distinto en los procesos políticos y sociales de su tiempo. Saint-Simon, por ejemplo, participa como voluntario en las acciones armadas de la Independencia Norteamericana y, como hijo de la aristocracia renuncia a sus títulos y derechos señoriales; y arruinado termina su vida en la miseria. Saint-Simon ve en el futuro y no en un pasado de oro, el logro de una sociedad humanizada; el futuro debe perfeccionar el orden social con base en el progreso tecnológico. Desde esta perspectiva construye su famosa "parábola" que resume su obra. En ella, desacredita satíricamente la división de una sociedad en una minoría de "zánganos" y una mayoría de "abejas" y proyecta una nueva sociedad de productores, libres de parásitos que los explotan.

El más genial utopista de la época es Charles Fourier. En *Armonía*, su Estado Ideal, proyecta su nostalgia por un mundo amigable, libre de represiones a los afectos y a las pasiones humanas y en el que han sido suprimidas las contradicciones entre la ciudad y el campo, entre el trabajo manual e intelectual. El Estado, según Fourier, se debe atener a resolver las dos necesidades vitales que prevalecen a lo largo de toda la existencia de los hombres: el alimento (la gastrosofía) y el placer sexual.

Su obra *El Nuevo Mundo Amoroso*, resulta de la compilación de unos manuscritos inéditos que corrieron la desgracia de quedar casi cien años ocultados por sus epígonos. Considerant, a quien particularmente le irritaba el genio exuberante de su maestro trivializa los manuscritos y posterga su publicación. Se trata de una crítica mordaz y a la vez profunda de la sociedad de su tiempo. *El Nuevo Mundo Amoroso* es el punto de convergencia entre dos aspiraciones: la unidad en torno a la organización económica y la liberación del deseo en la realización del placer. Como diría Nietzsche, en Fourier se da la conjunción armónica entre lo apolíneo y lo dionisíaco, entre lo racional y lo placentero.

El estilo y los planteamientos de Fourier generaban a veces un profundo rechazo. Eugen Dühring lo catalogaba simplemente de loco: "... revela todos los elementos de la locura, sus ideas, por lo común, se encuentran en los manicomios, sus sueños, de los más frenéticos, son productos de la enajenación mental." ... El bueno de Dühring no podía comprender que el paranoico puede ser a menudo un proyectista

genial y como lo expresa acertadamente Bloch: "En Fourier se entremezclan los más agudos análisis de las tendencias con las más peculiares imágenes del futuro", porque en los grandes utopistas también la locura tiene su método, "no sólo su propio método, sino también el método técnico de una época posterior: la anti-ballena es el barco a vapor, el anti-león, el tren expreso o incluso el automóvil". (19) En Fourier la locura quizá estaba dada por el hecho de considerar como normales las más extravagantes y anticipadoras teorías.

La clave de la historia en Fourier no es como en Marx y su tradición posterior la expresión materialista de los fenómenos sociales, sino el sabor de la vida afectiva de los grupos humanos. Fourier ignoraba la manera de realizar su *Armonía* y este exceso de fervor unido a la ausencia de eficacia es lo que hace al marxismo ortodoxo impugnar la utopía fourierista o simplemente sepultarla en el olvido.

La obra de Flora Tristán, fue confinada en el olvido hasta que su figura es reivindicada por el movimiento feminista francés, 130 años después de su muerte. Aunque los aportes de Flora Tristán al pensamiento social se vinculan primordialmente con las luchas emancipadoras de la mujer, se puede advertir en ellos la presencia de diversos rasgos semejantes al pensamiento de los socialistas utópicos, en su forma de concebir una sociedad renovada y libre.

Los socialistas utópicos ingleses se inclinan en su mayoría a desear una sociedad que restableciera los valores liquidados por la industrialización. Es el caso de Spence y Robert Owen; este último comienza por mejorar las condiciones laborales en su propia fábrica, una de las grandes empresas textiles de Inglaterra. Sus experimentos prácticos marcarán una etapa crucial en la historia del movimiento obrero inglés.

Wilhelm Weitling (1808-1871), es la figura alemana de la utopía de fines del siglo XIX, vocero de los ideales utópicos de las masas explotadas de su país. Weitling se convierte en el principal impulsor de la "Liga de los Justos" inspirada en el ejemplo de Graco Babeuf. (20)

El anarquismo irrumpe con Proudhon, el gran adversario de Marx en la Primera Interna-

(19) BLOCH, Ernest. *Op. Cit.*, p. 35.

(20) Véase DESANTI, Dominique. *Op. Cit.*, p. 27 a 68 y MAZAURIC, Claude. *Babeuf, Realismo y Utopía en la Revolución Francesa*, Ediciones Península, Barcelona, 1970.

cional. A Proudhon se añaden los nombres de Kropotkin con sus escritos de *La Revolte y Campos, fábricas y talleres*, Bakunin y Landauer. Giovanni Rossi escribe en 1876 *Une Commune Socialiste* y más tarde aparece *Nueva Utopía* de Ricardo Mella. (21)

El género utópico en la vertiente literaria exhibe una amplitud y riqueza que se extiende por sobre las posibilidades de este artículo. Max Nettlau en su notable trabajo *Esbozo de historia de las utopías* publicado en castellano en 1934 realizó la gigantesca tarea de hacer un inventario minucioso de las expresiones literarias referidas a la utopía.

Una de las novelas políticas de la posrevolución industrial es la obra de William Morris *News From Nowhere* (Noticias de Ninguna Parte), que aparece en Inglaterra en 1890. Contemporáneo de Marx y Engles, estuvo profundamente influido por el pensamiento de ambos y *Noticias de Ninguna Parte* puede ser considerada una de las anticipaciones más preclaras de la utopía marxista. "En la obra de Morris —comenta Armando Cassigoli— el protagonista intenta poner la carne que suponía le faltaba al esqueleto marxista, la iconografía ideal y finisecular del abstruso texto de crítica a la economía política. Morris no se propone la concreción de su proyecto, sino que más bien intenta 'ilustrar' el discurso marxista, en la medida de su imaginación no demasiado exagerada". (22) *Noticias de Ninguna Parte* surge en un período en que la utopía se amalgama y se impregna con los paradigmas y la racionalidad de la ciencia social en ciernes.

La imperfecta materialización de los ensueños

En realidad lo más sobresaliente de este período es la afirmación del deseo de experimentar lo que antaño era exclusivo territorio de proyectos imaginativos. Es preciso llamar la atención en este punto, para precisar que los proyectos utópicos siempre tuvieron especial cuidado en vislumbrar su realización a considerable distancia del mundanal ruido. Tan frecuente era esta inclinación, que obras centrales de la literatura utópica imaginan

sus ciudades en islas muy lejanas y distantes. Resulta singular por ejemplo, que la pionera *Utopía* de Moro, se titule en el original: *Librito de oro sobre la mejor construcción del Estado y sobre la Nueva Isla de Utopía*. Mientras mayor fuera la distancia entre el nuevo mundo y la realidad desgarrada por sus contradicciones, más grande aparecía la promesa de una nueva vida. Marx era particularmente caústico frente a la tendencia de los utopistas a escapar de la sociedad: ... "Continúan soñando —comenta— con la experimentación de sus utopías sociales; con establecer falansterios aislados, crear homecolonies en sus países o fundar una pequeña Icaria, edición en dozavo de la Nueva Jerusalem", y esto se traduce en la práctica en una desmovilización generalizada.

De la misma manera que la utopía heleenística fue robustecida e ilustrada por el descubrimiento de la India, la utopía moderna fue iluminada por el descubrimiento de América. América era el destino manifiesto de la utopía. La imaginación se desplazaba hacia ese continente incierto e inexplorado, buscando la realización de sus sueños. Ya desde mediados del siglo XVII, las primeras colonias menonitas holandesas emigran hacia Nueva Amsterdam inaugurando un período histórico que se extiende hasta nuestros días en el que América fué el receptáculo de diversos grupos que aspiraban a practicar la vida comunal. Durante los primeros doscientos años que abarca este período la naturaleza de estas agrupaciones fue mayoritariamente religiosa: comunidades amanas, shakers (tembladores), raptistas, separatistas, pietistas germanos, zoaritas, perfeccionistas de Oneida, Hermanos Moravos y otras innumerables sectas surgidas del proceso de fusión y desgajamiento entre ellas. La mayor parte de estas comunidades se orientaba por el deseo de recuperar el espíritu de los primeros cristianos. No obstante su heterogeneidad, todas ellas estaban animadas por los siguientes principios: la igualdad real de derechos para todas las personas, la supresión de la propiedad privada y su remplazo por formas comunitarias de apropiación, la renovación —aun dentro del culto— de las normas que regían secularmente la práctica religiosa y el rechazo categórico a toda forma de violencia.

La comunidad religiosa que se gesta en Europa, encuentra en el Nuevo Mundo su plena realización: no existían allí instituciones que limitasen y reprimiesen las diversas prácticas

(21) Para ampliar la información sobre la literatura utópica de orientación anarquista véase Max Nettlau. *Op. Cit.*

(22) CASSIGOLI, Armando. "Utopía y Antiutopía", *Op. Cit.*, p. 10-11.

religiosas y había por demás tierra fértil, abundante y barata.

Aún cuando estos intentos se circunscriben al ámbito religioso, con la rigidez que esto impone a múltiples aspectos de la vida comunitaria, constituyen serios esfuerzos por hacer germinar un modo de vida distinto.

En un período posterior se establecen comunas basadas en las ideas socialistas. En 1824 Owen supo que una comuna rappista vendía 20,000 acres de tierra en el estado de Indiana. El enorme terreno contaba entre otras cosas con: "... una aldea completa con casas, edificios dormitorio, una iglesia, cuatro molinos, una fábrica textil y diversos talleres mecanizados". (23) Aunque la distribución arquitectónica de *New Harmony* no satisfacía totalmente los requerimientos de Owen, fue comprada por 190,000 dólares. Durante dos años las ideas owenistas inspiraron la nueva comuna. Owen puso todo su empeño en la realización del proyecto pero éste fue clausurado en mayo de 1827 reconociendo Owen su fracaso y admitiendo la pérdida de más del ochenta por ciento de todos sus bienes.

Fourier no contaba, como Owen, con una fortuna que le permitiera la realización de sus ideas. Su muerte, ocurrida en 1837 le sorprendió pocos años antes de que se fundaran comunas en América impulsadas por su pensamiento. La década de los años 1840 coincide con la rápida propagación de falanges fourieristas en Nueva York, Pennsylvania, Ohio, Massachusetts, Iowa, Wisconsin y otros estados del norte de Estados Unidos. Las enormes dificultades de la vida comunitaria hicieron que de cuarenta falanges sólo tres llegaran a subsistir por más de dos años. La más conocida de todas fue sin duda *Brook Farm* (Granja del Arroyo), que se estableció en Massachusetts y la experiencia más duradera fue la de *Monmouth County* en Nueva Jersey que se mantuvo por un período de doce años. (24)

(23) LISELOTTE y O. UNGERS. *Comunas en el Nuevo Mundo: 1740-1971*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1978. p. 54.

(24) Sobre este tema consúltese la obra antes citada y *La Comuna una Alternativa a la Familia*, Editorial Guadarrama, Madrid, 1975, y *Las Comunas Alternativa a la Familia*, de Joseph McCarrandell, Tusquets Editor, Barcelona, 1972.

Ocho años después de la publicación de *Viaje a Icaria*, Etienne Cabet creyó llegada la hora de la puesta en práctica de sus ideas. Siguiendo la corriente utópica hacia América inicia en Texas el levantamiento de una Icaria después de una serie de padecimientos que provocan la muerte de varios de sus seguidores. La comuna icariana se mantiene con evoluciones e involuciones, avances y retrocesos por casi cincuenta años, en medio de disensiones internas que se separan en grupos antagónicos, Cabet muere repentinamente después de ser derrotado y expulsado de su propia comuna por una fracción contraria.

A lo largo de todo el siglo XIX existieron en Norteamérica más de cien proyectos de vida comunitaria, que incorporaron a casi cien mil adeptos. Algunos tuvieron una existencia efímera y otros lograron sobrevivir un largo tiempo, como los de carácter religioso que en ocasiones superaron el siglo.

¿Cuál es el balance de todas esas iniciativas desplegadas en la búsqueda de formas superiores de convivencia humana? Los que actualmente luchan por establecer un espacio comunitario que cobije sus deseos de cambio, se inspiran en esas lejanas experiencias. Existe un amplio arcoiris bibliográfico que recoge los resultados de nuevos y diferentes intentos llevados a cabo en diversos países destinados a fundir la utopía y la realidad. En este ensayo hemos intentado mencionar los ejemplos más relevantes; pero la tarea recién comienza.

Quede pues, en la medida de nuestros esfuerzos, la utopía aquí reivindicada. La utopía sabe mejor que nadie, que el futuro se convierte ineluctablemente en presente, como diría Kolakowski, "negar no es el opuesto de construir, sino de afirmar el orden existente" porque la utopía "penetra en el futuro como en una carrera de relevos, vuelve a la actualidad para entregar la antorcha a la siguiente utopía que espera, y que a su vez ha de situarse a la salida para de nuevo correr hacia el futuro". (25) La utopía, a pesar de su larga historia, sigue siendo pensamiento joven y llama libertaria que nos conmina a transformar el presente en nuestra búsqueda desesperada de un mundo mejor.

(25) POLAK, Fred. "Cambio y tarea persistente de la utopía", en *Utopía*, de Arnhelm Neuss. *Op. Cit.*, p. 173.

Lógica burocrática y política

El desquite de la sociedad civil

Jorge Luis Lanzaro

I. Inmovilización política y movilidad forzada

La dictadura es un momento del proceso de reestructuración social que marca la historia del Uruguay de los últimos años. Momento crítico, violento, durante el cual los sujetos sociales se ven sometidos a un empuje intensivo de *movilidad forzada* (1). Es decir, de transformación de las relaciones en las que están inscriptos: relaciones políticas y modalidades colectivas de organización, producción y mercado, educación y cultura, familia, sexualidad, organización del espacio y comunicación, vivienda, transporte, "tiempo libre", modo de consumo y "vida cotidiana", conformación ideológica ... El trámite modifica las formas de dominio del capital y del estado.

Este proceso afecta especialmente a los trabajadores. La renovación de las condiciones en que se cumple la explotación, el uso y la reproducción de la fuerza de trabajo, así como el cambio de las formas de organización de los trabajadores, de sus relaciones con las demás fuerzas sociales y con el estado, constituyen objetos estratégicos del movimiento de reestructuración en curso (2).

1. La noción de movilidad, entendida aquí en términos muy amplios, que remiten a los cambios en el modelo de desarrollo y en el modelo de hegemonía, se recuesta en las proposiciones de Jean-Paul de Gaudemar, "Movilidad del trabajo y acumulación del capital" *Era*, México 1979.
2. Se trata en efecto de impulsar la desvalorización de la fuerza de trabajo, en su valor de uso (descalificación-recalificación) y en su valor de cambio, de quebrar las condiciones adquiridas, la organización alcanzada, el grado y las formas del monopolio (colectivo) de la oferta de fuerza de trabajo, el saber acopiado y las posiciones en el proceso de

Estos cambios se imponen a través de operaciones que tienden a establecer una inmovilización política, colectiva, y a promover a la vez, la máxima movilidad individual, condiciones de sometimiento y de "plasticidad" social, "docilidad", para disciplinar a los sujetos en una normatividad renovada.

La "dimensión fundacional" (3) de la dictadura —su tarea constitutiva— se manifiesta precisamente en formas de acción que responden a estas claves: centralización estatal y atomización individual (separación, aislamiento, individualización), terror de estado y represión económica, disciplinamiento de los sujetos y producción de una nueva regularidad fáctica.

II. Centralización autoritaria

La matriz estatal del Uruguay "batllista" presentaba una estructura abierta, compenetrada con la sociedad civil, marcada por el pluralismo y un relativo equilibrio orgánico. El continuo centralización-descentraliza-

trabajo. Es una ruptura con las situaciones creadas en la fase histórica precedente, un trance de "desacumulación" de fuerzas, en el que se desarticulan los modos de relación y los poderes (políticos) conquistados, en un esfuerzo por recrear la disciplina, pública y privada, del trabajo, por constituir nuevos sujetos y nuevas formas sociales.

3. La expresión es de Manuel Antonio Garretón, "Procesos políticos en régimen autoritario: dinámicas de institucionalización y de oposición en Chile". *Flacso*, Santiago de Chile 1980. Aunque en estas notas sólo se atiende a la acción de estado "desde arriba", dominante, está claro que el análisis del proceso de transformaciones en curso no puede prescindir de otras dimensiones, de la consideración de otros "actores", de una multiplicidad de producciones sociales —civiles— más discretas, menos visibles, a veces "subterráneas", cuando no clandestinas.

ción configuraba una espiral institucional extensa, que registraba grados importantes de autonomía y estaba permeada por la representación de las distintas fuerzas sociales: integración proporcional del Parlamento, "coparticipación" de los partidos en el gobierno, en la administración central y regional y en los servicios públicos, representación de los interesados en diversos organismos (institutos de mediación económica no mercantil, disciplina de la producción y del mercado, entes de enseñanza y servicios sociales).

Estas formas se configuran en el proceso de formación del estado capitalista, en el último tercio del siglo XIX, a través de los acuerdos de reparto regional, y se consolidan más tarde, cuando ese estado, construido originariamente en clave autoritaria y oligárquica, llega a convertirse en estado nacional-popular, al influjo del movimiento democrático que hace la época del primer batllismo (4). Luego se extienden, con el desarrollo de la sociedad y del estado, en la medida en que éste asume nuevas tareas y en que diversos sectores se constituyen en fuerzas

sociales y ganan lugares en el ámbito civil, en la escena política, en un andamiaje institucional que se transforma para acogerlos.

El estado "social" ("keynesiano", "populista" al uso nuestro), que surge de la crisis de 1930, de seguidas de la dictadura del 33, caracterizado por una nueva relación entre política y economía, entre estado y sociedad, se va a conformar igualmente con base en esas pautas. En el contexto de la multiplicación —y de la creciente importancia— de las organizaciones sociales, de las relaciones y convenciones colectivas, de una copiosa socialización pública y privada, de la gestión económica y social y particularmente, del reconocimiento constitucional de la clase trabajadora como sujeto diferenciado, titular de una "ciudadanía" (colectiva) especial.

En ese marco habrán de establecerse los modos institucionalizados de negociación laboral y la participación de representantes obreros en los centros de disciplina de la fuerza de trabajo (consejos de salarios, seguridad social, comisiones paritarias). La constitución pluralista y "social" proveerá un entorno más favorable para la lucha de los trabajadores por la doma del despotismo patronal, en la conquista de una normatividad convencional de las relaciones de trabajo (5).

Las relaciones de poder se realizan en un sistema de *democracia "integrada"*, en el que la democracia política ("parlamentaria") —que remite más bien a los sujetos considerados individualmente ("ciudadanos"), al ordenamiento de lo "común", a la composición de la diversidad en lo "general"— se enlaza con una *democracia "de intereses"* —que atañe a los especia- lismos y se hace igualmente efectiva por las vías de la representación "general" y de los vericuetos del clientelismo, pero también, en instancias de representación directa, corporativa, que se refieren más a las asociaciones, a los estamentos, a los sujetos colectivos. Las disputas electorales —ejercicio competitivo privilegiado— y los conflictos que se ventilan en el siste-

4. La democracia uruguaya es resultante de factores varios, entre los que se cuentan las propias dimensiones del país, las "cercanías" que permite y las solidaridades que provoca, la incidencia de las fuerzas populares y el desarrollo del movimiento obrero, ciertas formas concretas de desarrollo (ausencia de sociedad campesina y de patriciados consistentes y estables, constitución temprana y extensa del mercado interno capitalista de mercancías y de fuerza de trabajo, inmigración y civilización urbana, etc.).

En todo caso, sus "orígenes sociales" deben rastrearse en el proceso de constitución de los sujetos ciudadanos (sujetos democráticos), del "pueblo" como cuerpo político, en un tránsito al siglo XX marcado por la formación moderna (por la refundación) de los partidos. En ese contexto, el perfil democrático está primordialmente ligado al advenimiento del batllismo como corriente popular. Sin embargo, la presencia del Partido Nacional, como opositor-"partenaire" ("consociational"), limita la concentración del poder estatal, el centralismo y la exclusividad. La coparticipación y la descentralización, junto con la colegialización de buena parte de las direcciones públicas, contribuyen a plasmar una estructura abierta y pluralista. Paradójicamente, los blancos, más bien conservadores en materia de desarrollo social, que junto con otros sectores políticos, aparecen como el "freno" al "impulso" batllista, vienen a cumplir en este sentido —a la inglesa— una función democrática. A eso se agrega la acción del movimiento obrero y de los gremios, del reformismo universitario, de los estudiantes y los docentes y de otras fuerzas que se desarrollan en el correr del siglo.

5. Los trabajadores pelearon entonces por intervenir en la legislación de fábrica, en la disciplina de taller y en el tratamiento de los conflictos, mediante la actuación sindical, la vigilancia, la negociación, oponiendo reparos a la autoridad vertical, en un intento de "constitucionalización" del absolutismo de patrones y capataces. Hoy día en vez, el despotismo de estado produce autoritarismo social y encuadra y refuerza el despotismo en las relaciones de trabajo.

ma político, alternan con la lucha trabada en otros ruedos, que pasa por mediaciones institucionalizadas —espacios de enfrentamiento “reglado”— en una concurrencia de prácticas que viene a configurar la cultura “participativa” (6) de los uruguayos, el estado “de compromiso” y una sociabilidad coloquial, componedora, civilidad de negociadores y votantes.

En su última expresión, este conjunto corresponde a la ecuación de fuerzas que se delinea después del 30, soporte de un modelo que conlleva una adhesión extensa y propone anchos márgenes de conciliación. Y se ajusta bien a una forma de desarrollo en la que prosperan las prácticas competitivas asociadas a las relaciones político-personales, la diversidad, la descentralización relativa y la heterogeneidad en la estructura productiva y en la composición de la clase obrera (7).

De la crisis de estas relaciones va surgiendo una nueva racionalidad estatal. Se perfila una organización más centralizada y excluyente, que mella el equilibrio y la independencia de los poderes, recorta las autonomías, restringe los mecanismos de intervención política y encoge los espacios del pluralismo. Una estructura autoritaria y vertical, de corte tecnocrático, en la que la administración ejecutiva aparece como centro ordenador preeminente y en la que los imperativos de cohesión y eficiencia burocrática pesan más que los requerimientos de la partici-

pación, de la representación de intereses y del control de la acción pública.

El trámite apunta a remodelar las relaciones entre estado y sociedad civil, entre lo político y lo económico. Por un lado se registra una mayor penetración del estado en la esfera privada (en rigor, una redefinición de lo privado): la intervención en la economía se hace más incisiva, el control de las actividades sociales más intenso y los sujetos se ven sometidos a una disciplina más severa. A la vez, la estructura burocrática goza de una mayor autonomía, queda más apartada de las influencias del cuerpo social y del obrar de las entidades mediadoras (partidos, sindicatos, gremios, agrupamientos civiles). El contingente de trabajadores y la clase obrera quedan colocados en una nueva posición —de mayor “exterioridad”— en relación al estado. Este se hace cada vez más “capitalista”, al tiempo que se aleja del conjunto del pueblo, en un movimiento que podría llevar a la reformulación de la ecuación entre lo estatal y lo nacional-popular.

La dictadura ha impulsado asimismo la “racionalización” de la administración pública. El tejido burocrático precedente, marcado por el clientelismo, el funcionamiento particularista y una cierta lasitud de los tientos jerárquicos, que durante el período anterior se había deteriorado seriamente y fue atravesado por los enfrentamientos políticos, es objeto de un reajuste. Los tratamientos “diferenciados” no se eliminan, pero se ordenan sobre la base de otros criterios (que dicen privilegiar la “eficiencia”) y pasan por una nueva red de vinculaciones, los políticos de partido y los funcionarios de clase son desplazados del oficio de intermediación, surgen noveles “ejecutivos”, prosperan los “gestores” militares. Se realiza una depuración del elenco de funcionarios, se coloca gente apta y se busca consolidar los eslabones administrativos, mediante el refuerzo de las jerarquías y las pautas de eficiencia y la aplicación de una disciplina más rigurosa (8).

6. En un estudio que se refiere a los gremios “patronales”, William Berenson resalta la incidencia de esta “participatory culture” en la textura social uruguaya y sostiene que se conforma en el país un “partial or quasi-corporatist state” (cfe.: “Groups politics in Uruguay: the development, political activity and effectiveness of urugayan trade associations”, Tesis de doctorado, Vanderbilt University, Nashville, Tennessee, 1975). Otros autores aluden al problema de la representación de intereses (Charlie G. Gillespie, “The breakdown of democracy in Uruguay: the alternative political models”, Yale University 1982) y se ha hecho incluso el intento de incluir al sistema uruguayo dentro de las categorías del corporativismo (cfe. Martin Weinstein, “Uruguay: the politics of failure”, Westport 1975, cit. por Gillespie).

7. La descentralización administrativa, la coparticipación, el clientelismo, la representación de los interesados, el pluralismo corporativo, abren espacios a la composición autónoma, canalizan las modalidades privilegiadas que adopta la competencia capitalista y favorecen el tratamiento diferenciado, un cierto particularismo, en la gestión pública de la reproducción del capital y de la fuerza de trabajo.

8. La ocupación militar de los aparatos de estado cumple una función de control y represión. Pero sirve asimismo, junto a la acción de los “colaboradores” civiles, para impulsar la “renovación” de las prácticas administrativas. Los oficiales allí apostados inyectan los valores del “estado militar”: “obediencia, sacrificio y estoicismo, rigurosidad, renunciamento, en aras de la eficacia y continuidad del servicio” (según el impecable enunciado de la Ley Orgánica Militar, art. 58).

En una primera aproximación estos elementos aparecen como un producto de la situación de crisis, rasgos propios del régimen de emergencia ("de excepción") a que ella ha dado lugar. Pero responden asimismo a tendencias más profundas, a una reestructuración de vocación más permanente, que se asocia a la recomposición económica y va engendrando una nueva forma de estado.

III. Una nueva dirección estatal

Las raíces de este proceso hay que rastrearlas en el período anterior a la dictadura. Primero, a través de acontecimientos de variada incidencia, manifestaciones críticas, transformaciones no siempre visibles, a veces "moleculares", que se dan en una situación "caótica", marcada por el enfrentamiento y una relativa paridad, en la que ninguna fuerza logra imponer un proyecto que se convierta en eje ordenador.

Luego se registran empujes más definidos. La reforma constitucional de 1966 es un paso importante. Porque introduce modificaciones significativas, de tono similar a las que prosperan actualmente (centralización, coordinación orgánica, predominio de la administración ejecutiva, restricción de las autonomías, racionalización y planificación). Y porque es parte de un proyecto de "modernización" capitalista más ajustado que otros anteriores, que se quiso llevar adelante por las buenas, a partir de cambios acordados, en el marco del sistema político vigente, por el personal profesional y de acuerdo con sus propias normas.

El gobierno bonapartista de Pacheco, apartándose de esas reglas de juego, vendrá en seguida a imponer, de modo autocrático y al margen de la flamante constitución, algunas de las realizaciones que abren el camino de la reestructuración en curso: centralización del comando estatal en manos del Ejecutivo, "decisionismo" anti-deliberativo, desconsideración del Parlamento y del Poder Judicial, desconocimiento de la autonomía de los servicios, intervención del sistema educativo, desplazamiento de los políticos profesionales e integración del gobierno con un elenco gerencial, restricción de las libertades y represión, liquidación de los consejos de salarios y "congelación" salarial...

Pero el impulso mayor del proceso se registra bajo la dictadura. Más precisamente, cuando se

constituye a su amparo una nueva dirección estatal, que cuenta con una política y con la fuerza para impulsarla.

Para llegar a ello habrá que pasar por la derrota de la oposición y el quiebre de las resistencias que levantan los intentos de recomposición capitalista. Especialmente, por la represión del movimiento popular. Habrá que recorrer el camino por el cual el cuerpo castrense pasa de la condición de aparato subordinado a una posición dominante y aflora como agente político autónomo, al influjo de la descomposición del sistema político, la falla de los ensayos de arreglo y el vaciamiento de la legitimidad institucional, ante el crecimiento de la movilización popular y las acciones armadas, en el ejercicio de la represión y en los encontronazos con los políticos profesionales y las instancias civiles.

La nueva dirección estatal se gesta sobre la base de una alianza "cívico-militar" y se instala más firmemente cuando se consolida el ligamiento entre las Fuerzas Armadas y el "staff" tecnocrático —encabezado en su momento por Vegh Villegas— que se afina sobre todo en la "conducción económica". Es éste el núcleo de la "minoría consistente" (9) que, respaldado por sectores de derecha y secundado por un personal adepto, va a impulsar decididamente la reestructuración social.

IV. Desarrollo, orden y eficiencia, claves de la acción burocrática

Orden y desarrollo constituyen las consignas de esta dirección burocrática.

La problemática del desarrollo estuvo en un tiempo vinculada a la idea del cambio. No sólo para las posturas de izquierda, sino más en general, para un amplio aspecto de grupos "modernizantes" de distinto signo. Desde el gobierno de Pacheco, antes incluso —con la elección de Gestido— pero sobre todo bajo la dictadura, en el discurso y en la práctica de estado, el problema del desarrollo queda vinculado a la cuestión del orden.

El desarrollo nacional, la módica fortaleza del país y su integridad material, el progreso, el bienestar, son postulados centrales, ante el estancamiento económico y la descomposición

9. Norbert Lechner, "Poder y orden. La estrategia de la minoría consistente". Revista Mexicana de Sociología 4/1978.

social, pero se plantean en términos de orden. Orden, en el sentido de seguridad, policía de la tranquilidad y de la propiedad, restauración de la autoridad, reivindicaciones privilegiadas en una situación de crispamiento, labrada por la crisis, la violencia, el caos y la "amenaza" popular. Orden también, en el sentido de orden "natural", vigencia del "estilo de vida tradicional", apelación a una normalidad, que no es otra que la "equilibrada" regularidad del sistema estatal-capitalista.

La convocatoria al re-establecimiento del orden —convertida en "principio energético"— se monta sobre la dicotomía amigo-enemigo y se traduce en una ecuación simple, en la que el caos queda referido al pasado inmediato y a una "conspiración" diabólica (10).

Estos elementos intervienen en la legitimación del régimen, definen el código de exclusiones, sustentan la represión y la organización del miedo. Hay que preferir los abusos presentes a los riesgos y daños del pasado, en aras de la seguridad y del bienestar futuros. Los protagonistas de ese pasado —políticos profesionales, débiles, incapaces y corruptos y militantes de todo tipo, agitadores y disolventes— deben ser apartados, reclusos, castigados. La "sedición" designa un estamento satanizado, de definición imprecisa y límites arbitrariamente extendidos, que sirve de coartada a la acción pretoriana, recubre el alargamiento inusitado de su tarea policial y obra como factor de intimidación general: la posibilidad de quedar incluido en esta referencia, enteramente discrecional y permanentemente abierta, funge como amenaza, fomenta la autocensura y —junto con el conocimiento de los múltiples modos de aflicción al uso— contribuye a crear ese "vago y misterioso

sentimiento de incierto terror" en que se apoya la dictadura.

La reprimenda terrorista —práctica y retórica "negativas"— se anuda con proposiciones "positivas", apelaciones nebulosas al desarrollo, dichas en jerga tecnocrática, que quieren cubrir una reestructuración social no consentida. La cruzada de "reconstrucción nacional" —que es en rigor una "reacción capitalista" (Togliatti)— se concibe como un acto de restauración, frente a la "subversión". Contra la consigna del cambio se levantan los lemas del "orden para el desarrollo" —desarrollo para asegurar el orden— ingredientes de la "doctrina de la seguridad nacional", que amparan la imposición de un *desarrollo ordenado*.

Tales núcleos componen una matriz ideológica en la que predominan las pautas de eficiencia y jerarquía, de disciplina y autoridad, de centralización, como forma de monopolio del poder y del saber, de la capacidad "decisional" en materia de organización de la producción y de la sociedad.

Estas pautas representan "valores" propios de la relación de producción capitalista (del proceso de trabajo) y de la organización burocrática, configuran la "racionalidad" —el modelo normativo— dominante en la sociedad moderna. Ellas informan en particular, el quehacer militar —ejercicio burocrático por excelencia— e inspiran la pragmática del elenco civil. Es decir, contribuyen a perfilar la identidad de cada uno de los agentes principales de la dirección estatal. Y concurren a fundar la *comunidad ideológica* en virtud de la cual se teje el vínculo entre empresa capitalista, acción "civil" de las Fuerzas Armadas y gestión ejecutiva tecnocrática.

Sobre esta base, los requerimientos del desarrollo —y de la seguridad nacional— quedan asociados a la expansión del capitalismo y se establece una "complicidad estructural" (O'Donnell) —una convergencia en sentido weberiano, más que una "representación"— entre los militares y las fracciones capitalistas más poderosas ("eficientes" - "competitivas"). Gracias a esos pilares se tiende el puente entre la corporación armada, que dispone de la fuerza y persigue, genéricamente el desarrollo, pero carece de una política económica definida —y el equipo de la "conducción económica" que, en una estrategia capitalista, propone planes de *desarrollo "eficiente"*.

10. Sobre la función del paradigma amigo-enemigo en la construcción terrorista ver el trabajo de Juan E. Corradi, "The cult of fear", presentado al Seminario sobre "The culture of fear", New York University 1981-1982. Franz Neumann ha indicado por su parte que el "miedo a un enemigo" constituye en ciertas circunstancias, un principio integrador ("principio energético") del sistema político, como lo es en otros casos el principio democrático y nos ha dejado excelentes reflexiones sobre la "teoría de la conspiración en la historia" (Cfe.: Franz Neumann, "El estado democrático y el estado autoritario", *Paidós*, Buenos Aires 1968). En términos más generales, Roger Bartra muestra el papel que desempeñan las "minorías estigmatizadas" en la constitución del poder político (Cfe.: "Las redes imaginarias del poder político, Era, México 1981).

V. Cesarismo burocrático y veda política

La dirección estatal se constituye como un sujeto mesiánico, de un jacobinismo reaccionario radical, como un poder disciplinario, no representativo, en cierto sentido, "no político".

La dictadura se instala a título de comité de salvación nacional, en defensa de una sociedad desgarrada, cuyos individuos —subvertidos— deben quedar sometidos a tutela, cual sujetos pasivos, interdictos, sin consideración a su voluntad. Militares y tecnócratas se apropian in extremis del poder del estado y obran en aras de causas superiores, comunes, nacionales-universales, excluyendo las intervenciones partidarias e interesadas, espurias. Es un funcionamiento burocrático que privilegia la "necesidad" invocando una razón —hecha razón de estado— que antepone los requerimientos de la economía ("natural") a las solicitudes —desviantes, viciadas— de la política.

El poder del estado se extiende, se concentra y se ejerce en régimen de arbitrariedad. Es un poder no sujeto a normas, dotado de la discrecionalidad necesaria para cumplir su misión re-constitutiva. No hay legalidad —ni certidumbre, ni previsibilidad— se ha roto con el pluralismo, el equilibrio y los controles.

Asistimos a una cancelación de la política. No es, obviamente, que no se haga política. Las relaciones de poder riegan la acción de estado, se hacen presentes a través de los meandros burocráticos y de los "anillos" corporativos, del juego de las fracciones del gobierno, de las "líneas" y "grupos" militares, acantonados en diversos centros orgánicos, siguen vivas en las múltiples expresiones de la resistencia, en el propio aislamiento popular de la dictadura. Pero en la sociedad civil la política está prohibida, reprimida; en el estado, lo político se ha convertido en administrativo y el gobierno se relaciona con el pueblo por una vía disciplinaria.

Las Fuerzas Armadas operan —en cumplimiento del deber, por la patria— como un poder "pre-político", dotado de facultades originarias, un poder no representativo, independiente de los actos constitutivos, de convenciones políticas y pronunciamientos ciudadanos. No aparecen como intérpretes de la voluntad popular sino como depositarios —realizadores— de la soberanía nacional, en una fórmula

que desguaza la relación entre nación y pueblo, en una condición anterior a la del estado mismo, como la de ese coronel Latorre, cuya figura de "forjador" del estado —y de la nacionalidad— han querido convertir en heráldica del régimen.

El estado funciona como poder autónomo, cortado de la influencia general de la sociedad, que escapa al control público. Anula la ciudadanía y veda la intervención de las representaciones populares. Impone una estructura de comunicación unidireccional, ordena, manda, pero no escucha, reprime la opinión pública, cultiva el secreto burocrático, mantiene la ignorancia colectiva y entorpece la comunicación común. Es un estado no republicano (explícitamente no democrático, si vale la tautología), en el que el poder no aparece como cosa pública, sino como potestad privada —arrogada— de los burócratas gobernantes.

VI. Individualización forzada y disciplinamiento

La concentración y la apropiación privada del poder van acompañadas de una extensión desorbitada de la acción estatal, en ancas de un proceso de atomización y de individualización forzada de los sujetos sociales. Esta ecuación remite al carácter a la vez represivo y reestructurador del régimen.

Este opera con base en el terror de estado, mediante la represión en el ámbito público, pero también a través de inserciones en el coto privado, que invaden la vida cotidiana. Se persiguen las acciones colectivas, especialmente si se trata de trabajadores, de actividades gremiales y políticas, de sindicatos y partidos. Se constriñe a los sujetos a actuar en términos individuales, de modo separado, atomizado. Y el aislamiento individual se engarza con la intimidación y un régimen de vigilancia (11).

La individualización —práctica matriz en la sociedad mercantil capitalista, que moldea las

11. Este sistema encuentra su expresión más perversa en las cárceles y campos de concentración de la dictadura, por los que ha pasado un número impresionante de personas. Para las demás, el sistema se aplica por mecanismos diversos y con severidad variable, pero en todo caso en forma generalizada. El procedimiento de registro y clasificación de los residentes, según su peligrosidad, es una buena muestra de esta individualización represivo-intimidatoria.

relaciones privadas, la producción en primer término, y el vínculo entre estado y "ciudadanos", que es forma de desorganización política y de sumisión económica (12)— se presenta con la dictadura en una versión radical, como modo expedito de vencer resistencias y conseguir obediencia.

Las prácticas represivas recubren una "técnica" de reestructuración. La individualización forzada persigue la inmovilización política y procura imponer una situación de movilidad de los sujetos sociales, que permita transformar más fácilmente las relaciones en las que están inscriptos (13). Con las mediaciones colectivas amputadas, el aislamiento individual —en la producción y el mercado, en la administración y frente a ella, en la sociabilidad cotidiana— establece la "libertad" necesaria para que rija la ley del más fuerte, abre canchas al despotismo de estado y al autoritarismo social, establece condiciones de imperio de las jerarquías, públicas y privadas, en el taller y en las oficinas, en la escuela y en la calle. Y esto, no sólo para imponer restricciones, sino también, para modelar positivamente las conductas personales (14).

12. "La especialización y la centralización del Estado capitalista, su funcionamiento jerárquico-burocrático y sus instituciones electivas implican una atomización y parcelación del cuerpo político en eso que se designa como "individuos", personas jurídico-políticas y sujetos de libertades. ... el fundamento, tanto de esta instauración de las mónadas sociales en individuos-sujetos en la esfera de la circulación mercantil, como de la relación inicial del Estado con esos fraccionamientos, se encuentra en las relaciones de producción y la división social del trabajo que ellas instauran". Nicos Poulantzas, "Estado, poder y socialismo", *Siglo XXI*, Madrid 1979, pp. 70-71. "No hay que olvidar —observa por su lado Foucault— que ha existido en la misma época una técnica para constituir efectivamente a los individuos como elementos correlativos de un poder y de un saber. El individuo es sin duda el átomo ficticio de una representación "ideológica" de la sociedad; pero es también una realidad fabricada por esa tecnología específica de poder que se llama la "disciplina". Michel Foucault, "Vigilar y castigar" *Siglo XXI*, México 1978.

13. Ver supra, numeral 1 y notas 1 y 2.

14. Esto remite al carácter "liberal" (o "neo-liberal") del régimen. Si por algo merece éste dicha calificación, más allá de las reclamaciones de algunos de sus mentores, es porque —lejos de realizar una abstención o una retracción estatal— desarrolla una acción incisiva para constreñir a los sujetos a obrar como individuos, sometidos al "libre" juego de las competencias. Esto crea condiciones exce-

Este propósito es central en lo que se refiere a los trabajadores. La individualización pasa aquí por las interdicciones comunes, la proscripción de sindicatos y acciones gremiales, la desarticulación de las instancias de negociación colectiva y administración tripartita de la seguridad social. La gestión pública de la fuerza de trabajo, en particular la disciplina del salario, se ha centralizado y se somete a decisiones autoritarias. Los conflictos laborales se encierran en un tratamiento particular, individualizado, quedan mediatizados y embretados en un régimen de burocratización, en sede judicial o administrativa, con intervención directa del personal militar, o por vía de los "petitorios" presentados a los patrones (15).

El despotismo de estado se conjuga con el despotismo de fábrica y con represión económica. La acción dictatorial favorece la arbitrariedad patronal, genera condiciones de poder. La explotación absoluta, la desocupación, la emigración, los despidos y la severidad de los

lentes para el ejercicio de la autoridad y para hacer valer sin parapetos, las relaciones mercantiles, el poder de la propiedad y la superioridad capitalista. Es el reino de los más "eficaces", que son los más fuertes, gracias en gran medida a la posición en que los coloca el propio estado.

15. Pacheco liquidó los consejos de salarios e instauró la Coprin, la que en seguida quedó como organismo meramente asesor y sin representación de los trabajadores. Después vino la centralización de las cajas de asignaciones y de los seguros de enfermedad (intervención, creación de la Ciasi y de la Asse, los que a la larga quedarían —junto con la mayor parte de los servicios de seguridad social— sometidos a la jerarquía directa del Poder Ejecutivo (Actos Institucionales 9/1979 y 13/1982). A falta de los mecanismos regulares, la consulta, la negociación y la mediación en los conflictos de trabajo se canalizan a través de una repartición del Ministerio de Trabajo y de la Oficina Laboral de las FFAA. La "ley de asociaciones profesionales" estableció luego, pautas, que buscan el fraccionamiento, la limitación y la vigilancia de la actividad sindical (sindicalización por empresa y categoría, discriminación de los funcionarios públicos, restricciones y controles varios). El proyecto de reglamentación de la contratación colectiva tiene la misma inspiración. Y cuando se aborde el estatuto de la huelga se tratará seguramente de sujetarla a procedimientos, plazos y requisitos, que mediaticen su ejercicio. Se registra pues un empuje hacia la burocratización de las relaciones laborales y un incremento de la policía estatal del trabajo y de los trabajadores, que se emparenta con las tendencias que se han ido imponiendo en muchos otros países.

capataces —como en su caso, las destituciones y la “disponibilidad” de los funcionarios públicos y el refuerzo de la potestad de los jerarcas— son medidas decisivas de la estrategia actual. No sólo porque amparan la acumulación intensiva en trámite, sino también porque constituyen procedimientos de “normalización” y despolitización y porque colocan al conjunto de la fuerza de trabajo en situación de “maleabilidad”: “el hambre ayuda a disciplinar” (16).

Todo esto permite “desactivar” las resistencias de los trabajadores, desplazarlos de sus puestos, recomponer el contingente con nuevos miembros, obligar a los “activos” a conformarse a nuevas condiciones de trabajo o a cambiar de empleo, perfilar nuevas diferenciaciones, segmentos, categorías y jerarquías salariales, imprime nuevos modos de consumo y nuevos usos familiares, incita a la transformación de los procesos de producción y de las viviendas, modifica las relaciones entre lugar de trabajo y lugar de residencia, el empleo del tiempo y los ocios, la escolaridad, la formación ideológica... Así se realiza un proceso de *movilidad forzada*, que renueva las formas de reproducción (desvalorización-desqualificación), con fundamento en la ecuación “docilidad” - “utilidad”: la “disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia)” (17).

La dictadura concurre pues, por estas vías, a realizar una labor “formativa” (Gramsci), inculcando prácticas que reemplazan las precedentes. Y el vínculo del estado con las masas aparece como una *relación disciplinaria* (Foucault), que realiza la represión y busca obediencia, para configurar una normatividad —de facto— que pugna por constituirse en nueva regularidad y alcanzar legitimidad (18).

VII. La ecuación política del régimen

La dictadura reposa en las Fuerzas Armadas, actuando orgánicamente, como Aparato dominante. Los militares han logrado mantener la integridad de la corporación y su cohesión. Gracias a la eficacia de las normas de jerarquía y disciplina. A la comunidad creada en torno a los objetivos y formas de la acción de gobierno, al reparto de cargos públicos, a la complicidad en la represión y en las prebendas, al “espíritu de cuerpo”, que se consolida frente a la hostilidad del mundo civil. Debido a la organización colegiada del mando superior y a un funcionamiento de visos igualitarios, a una cierta “democracia” interna. Y sobre todo, merced al congelamiento de la política y a la ausencia de movimientos que generen contradicciones significativas.

Los conflictos han dado lugar a purgas y desplazamientos, a rivalidades entre los mandos y entre las armas. No ha faltado algún arreglo de cuentas cruento. Pero nunca se ha quebrado la unidad. La cúpula militar ha operado en régimen de pares, en “cónclaves”, en junta o en asamblea. El cuerpo de oficiales se integra mediante una alquimia trabajosa de ascensos y destinos, que acata en general las normas vigentes. Se han registrado alineamientos y algunos grupos han logrado por momentos una cierta preponderancia. El ejército prevalece en el conjunto. Se han perfilado redes paralelas de vinculación. Pero a la larga se han preservado las jerarquías regulares y el funcionamiento colectivo.

No han prosperado los liderazgos personales, que a partir de los puestos militares pudieran conquistar un lugar en el estado y proyectar una ecuación política diferente. La intervención en el gobierno se ha cumplido siempre en for-

Brunner, “El modo de dominación autoritaria”, *Flacso*, Santiago de Chile 1980.

Es claro que la referencia a la disciplina no remite simplemente a un estado todopoderoso (omnipotente y omnisciente): es la forma específica de una lucha, de una relación de fuerzas. Un estudio más comprensivo, debe incluir el análisis de las contradicciones, los enfrentamientos, la resistencia, los puntos de ruptura, las limitaciones, que modelan esta relación. Por lo demás, la relación disciplinaria no es exclusiva de la dictadura, se puede encontrar en cualquier otra forma social. Tampoco descarta bajo ese régimen, el ejercicio de otras modalidades de poder, sólo que éstas se ven aquí infiltradas, dominadas, por el propósito y la acción de disciplinamiento.

16. Lechner, “Poder y orden...”, *cit.*, p. 12-17

17. Foucault, *op. cit.*, p. 142.

18. Las observaciones de Gramsci sobre la función de estado, “formativa”, destinada a crear “nuevos tipos humanos”, se pueden enlazar con las de Foucault: “Hay que cesar de describir siempre los efectos del poder en términos negativos: ‘excluye’, ‘reprime’, ‘rechaza’, ‘censura’, ‘abstrae’, ‘disimula’, ‘oculta’. De hecho, el poder produce: produce realidad, produce ámbitos de objetos y rituales de verdad”. (*op. cit.*, p. 198). Sobre la cuestión del poder disciplinario y las técnicas de disciplinamiento, en un análisis inspirado en las elaboraciones de Foucault, véase José Joaquín

ma colegiada y hasta la designación de Alvarez, la presidencia ha sido ocupada por civiles. Entre éstos tampoco han surgido figuras de dimensión popular: los pocos personajes de envergadura nunca salieron de los límites del funcionamiento tecnocrático.

El principio burocrático rige la corporación militar y el gobierno, se transmite de una a otra sede, informa el modo de acción y se convierte en regla política matriz. Ello contribuye a proscribir los personalismos y a modelar la ecuación popular del régimen.

Este enfrenta una oposición extensa. La huelga general en respuesta al golpe de junio fue en este sentido una marca inaugural. Pero tiene una clientela propia, compuesta sobre todo por los elementos adictos colocados en los organismos públicos. Y ha gozado de un margen de tolerancia y hasta de un cierto apoyo popular.

En efecto, en los años anteriores, un sector importante de la población se fue alineando en posiciones reaccionarias y acompañó las tendencias autoritarias que se iban imponiendo. Los resultados de las dos últimas elecciones previas a 1973 son en este sentido elocuentes.

En 1966 se sancionó una reforma constitucional que reponía la figura presidencial y perfilaba un Ejecutivo "fuerte". Pero además, en la misma instancia se eligió para ese puesto a un general, relativamente ajeno al elenco profesional, cuyas dotes en materia de orden y honradez, de autoridad y de eficiencia, se hacían resaltar más que su filiación partidaria y su programa. Otros dieron su voto a un candidato blanco, católico mogigato, representante de una derecha emprendedora y moralizante.

Jorge Pacheco Areco realizó luego un gobierno autocrático, con un fuerte cariz personalista, que hizo de la imposición del orden el leitmotiv de su gestión y colocó al Poder Ejecutivo —al presidente en rigor— en una posición de predominio. En las elecciones de 1971, en un ambiente enrarecido por la crisis y la polarización política, la fórmula que postulaba su reelección —una suerte de plebiscito bonapartista— no logró triunfar, pero obtuvo un buen número de votos. Precisamente, la dictadura habrá de reclutar primordialmente sus secuaces entre los pachequistas y los grupos de la derecha blanca.

Es claro que los contingentes que acompañaron en su momento esas fórmulas no trans-

fieren automáticamente su apoyo a la dictadura, ni adhieren a ella en su totalidad, ni con el mismo calor. Se trata obviamente, de un régimen muy distinto, que rompe abiertamente con la legalidad, desguaza las instancias representativas, generaliza la represión y acarrea la irrupción militar en el estrado del gobierno. E incluso, algunos de los sectores que se asociaron de un modo u otro, a las últimas "reacciones" civiles, proclamaron más tarde su condena al golpe de estado.

Pero la radicalización reaccionaria se produce en el contexto de una situación envilecida y en medio de enfrentamientos muy duros (crisis de autoridad, desintegración institucional, descomposición de los partidos tradicionales, agitación sindical, avance del movimiento popular, intensificación de la lucha armada). Y en la medida en que esos elementos persisten, al menos como amenaza, no falta quienes apoyen de todas maneras al régimen, adhiriendo o tolerando una gestión autoritaria, centrada en la imposición del orden y la estabilidad. Los postulados de seguridad y desarrollo se convierten en una convocatoria eficaz.

Sin embargo, ello no se traduce en un apoyo activo. En parte, porque la dictadura no promueve el encuadramiento de sus adeptos, efectivos o potenciales.

Ha intentado sí, imponer ciertas formas de organización corporativa de la clase obrera (sindicatos, comisiones paritarias), pero se encontró con un medio hostil y tuvo que dar marcha atrás. Fuera de ello, no se han hecho esfuerzos para establecer relaciones estructuradas, organizar el consenso y movilizar a los sectores mejor dispuestos, lo que pudo haberse intentado por otros medios (asociaciones "patrióticas" o de acción "social", agrupaciones juveniles o deportivas, comités vecinales, brigadas para o promilitares, conformación de un movimiento o "partido del proceso"...).

Ello se debe a que los requerimientos de la represión prevalecen sobre las tareas organizativas, a que los márgenes de apoyo son escuetos y las movilizaciones anteriores sin almacén de envergadura, al temor de abrir espacios a la actividad de los opositores. Pero también, en buena medida, a las características del régimen reseñadas, a su propósito disciplinario, a esa

postura burocrática, que rehuye la política y no busca la legitimación popular (19).

La dictadura procede como un gobierno transitorio, "de excepción", que tiende a imponer coactivamente la "reconstrucción nacional", pero no aspira a perpetuarse. Las Fuerzas Armadas, imbuídas de ese mesianismo reaccionario, se consideran protagonistas de un proceso revolucionario, para cuya consecución no es necesario ni conveniente, convocar a las masas y componer un sistema de apoyos populares organizados. Basta con neutralizar a los contrarios y mantener la adhesión pasiva, el conformismo, de los demás. Lo que cuenta es conseguir obediencia.

En suma, resistencia y distancias de parte de un sector extenso. Adhesión o tolerancia de parte de otro. Pero en todo caso, ausencia de movilización popular y de organizaciones de masas, carencia de formas de mediación, política, como no sean las burocráticas.

El estado de la dictadura se presenta como un estado "aislado", desnudo en sus funciones represivas, gestor de una práctica disciplinaria, que se resuelve en el tratamiento individual de los sujetos sociales. Un estado "no político", montado sobre un principio burocrático, cuya relación con el pueblo se establece bajo la forma de la sumisión autoritaria y de una exclusión política, que mantiene la desorganización colectiva. Las masas, apartadas, se hacen sentir sin embargo, por medio de una "ausencia" significativa, que hace la soledad del régimen.

VIII. La instancia del plebiscito

Estas formas rigen una primera fase del proceso. En 1980 la dictadura encara la sanción de un código sindical (ley de "asociaciones profesionales") y del estatuto de los partidos. Y somete a referéndum un nuevo

texto constitucional. Esta instancia se convierte en el eje de la lucha política y marca el pasaje a un tiempo de características diferentes.

La operación responde en primer lugar al designio de consolidar las reformas ya trazadas de facto y de avanzar en la reestructuración, mediante el reordenamiento de la relación entre estado y sociedad civil, la reconstitución de los espacios de representación e intervención política y la organización, sobre nuevas bases, de las fuerzas sociales.

Pasado el tiempo de la represión abierta y cumplidas ciertas tareas, es hora de iniciar el tránsito hacia la "restauración democrática". Por cierto, se trata de una transición "escalonada" y de una democracia "restringida". Que además han de ser "tuteladas": para las Fuerzas Armadas, la institucionalización de su injerencia en el gobierno es un requerimiento fundamental, por convicción estratégica, para asegurar el rumbo y la continuidad del "proceso" y como medida cautelar, contra posibles revanchismos (20).

Asimismo la instancia debía contribuir a superar el aislamiento del régimen y procurarle cierta legitimidad (21). Había que llenar el vacío político, salvar en parte la distancia con las masas, cuya lejanía ejerce una presión considerable, abrir, de a poco, algún sitio de expresión social, organizar nuevas relaciones —canales de comunicación— entre el gobierno y los sujetos "inmovilizados" y acallados. Se partía del supuesto —convertido en teoría e invocado como coartada— de que el "proceso revolucionario" contaba con la adhesión popular. La constitución sería sancionada y la presencia militar —¡la dictadura misma!— quedaría legalizada. Luego se dictaría, siempre "desde arriba", el estatuto de los sindicatos y de los partidos y

19. Esto se refleja en las formas ideológicas dominantes. Por ejemplo, en la incidencia de la "doctrina de la seguridad nacional" que, más que interpelar a las masas para cultivar el consenso, parece dirigida a cimentar la cohesión del cuerpo castrense y a justificar ante los propios militares la injerencia en el gobierno. O bien, el referente explícitamente elitista, "técnico", calificado (racional), que recubre la gestión estatal, gobierno de "expertos" que se distancia a la vez de los oficianes políticos anteriores y del pueblo, descalificado, confundido, que no sabe, y debe por tanto conformarse a los dictámenes de los mentores burocráticos.

20. Sobre las características del proyecto constitucional, ver mis trabajos: "Informe sobre las pautas elaboradas por las Fuerzas Armadas para preparar un nuevo texto constitucional". F.A.E. México 1980 y "La constitución nonata", *Cuadernos de Marcha* No. 9, México 1980.

21. Según Luis E. González, el peso que la "cultura política nacional" mantiene sobre los militares, las preocupaciones "civilistas-legalistas" que éstos comparten con los demás ciudadanos, elementos que se hacen presentes en varios aspectos del régimen, han sido factor decisivo para que se acuda al plebiscito y para aceptar luego el resultado adverso. (Cfe.: "Uruguay 1980-81: una apertura inesperada", Yale University 1982, mimeo).

las fuerzas sociales se verían obligadas a acomodar su acción a ese conjunto de normas.

Es claro que el gobierno no se lanzó a la consulta sin tomar precauciones. Mantuvo la represión y las proscripciones, la discusión del proyecto fue muy limitada, sólo se admitió la propaganda oficial y las críticas recién lograron aparecer al filo del acto electoral. Pero en definitiva se creyó, casi hasta último momento y cuando ya no había posibilidades de dar marcha atrás, que conteniendo a la minoría, reprimiendo a los agitadores y apartando las organizaciones partidarias, con las libertades recortadas y la veda política, la mayoría aprobaría el proyecto, sea por convicción, sea por resignación, porque era, supuestamente, la única salida. No pareció útil negociar, siquiera con los más complacientes.

La predicción falló. El proyecto fue rechazado por un número cercano al 60% de los votos, mayoría significativa, dadas las condiciones en que se realizó el referéndum (22).

IX. El desquite de la sociedad civil

En este trance se cruzaron dos principios políticos diferentes. La dictadura organiza un acto que, por naturaleza, escapa al código prevaleciente. Y a la vez, paradójicamente, quiere que la consulta quede encerrada en las reglas que ese código establece. La lógica burocrática se expone al desafío de la legitimación plebiscitaria y pretende ordenar su transcurso.

Un régimen que recluye al pueblo y reniega de la política, promueve un evento abiertamente político, de intervención popular, sin componer empero las mediaciones del caso. Se llama a la ciudadanía a votar, pero la operación se aborda con una táctica en la que prima la inspiración burocrática del gobierno, su condición de autoridad disciplinaria, el paternalismo militar.

La represión se mantuvo, largamente. Y la cuestión constitucional se tramitó por la vía de la interpelación individual, como un requerimiento de respuesta personal, que era en rigor una intimación apremiante a conformarse. Otra vez se convocó al consentimiento pasivo. A un apoyo que, más allá de ciertos efectos de pro-

paganda, debía ser acordado espontáneamente. Más que una manifestación de voluntad se quería un acatamiento, un ejercicio de disciplina. Se trató de convertir al plebiscito —hecho de pueblo— en acto administrativo, que para el común ciudadano aparecía además como una adhesión cuasi privada, puesto que los movimientos colectivos estaban prohibidos y las expresiones públicas quedaban reservadas al gobierno y sus laderos. La constitución que es antes que nada una convención política, quiso ser sancionada como una ordenanza militar cuya obediencia se descuenta.

El gobierno gozaba, como se ha dicho, de ciertos márgenes de adhesión (23). Aun cuando la tolerancia por el régimen no se transmitiera necesariamente a su intento de institucionalización, ni fuera tan extensa como al principio. Pero no tenía una relación política que le sirviera de enlace activo con las “bases”, ni trató de organizarla a los efectos del plebiscito. Y éste se realiza cuando ya estaba vencido el “plazo de gracia” de que se aprovechó en un momento la dictadura. La “campaña” no fue mucho más allá de la publicidad oficial, machacona pero bastante pueril, o de las giras informativas de los tinterillos del Consejo de Estado. Se volvió a agitar el fantasma de la “subversión”, identificando con ella toda actividad opositora, y se invocaron las matrices de la gestión tecnocrática —el orden y el desarrollo— cuando las “amenazas” parecen conjuradas, el “despegue” tarda y la política económica multiplica sus adversarios. Se hizo el inventario de las “obras” del régimen y se confió en el reconocimiento de la “eficiencia”, en la valoración ciudadana del deber cumplido. Pero movilización, por cierto, no hubo. Se insistió en descartar la política, de acuerdo con ese iluminismo de funcionarios, que menosprecia las resistencias y da por sentada la aprobación.

En cierto modo, la operación giraba en el vacío político. Y en ese vacío, las fuerzas de

22. El citado trabajo de Luis H. González contiene indicaciones sobre las incidencias del plebiscito, los alineamientos y la composición del voto.

23. De todos modos, el “SI” obtuvo más del 40% de los sufragios. Téngase en cuenta a este respecto que, en las elecciones de 1971, las listas de Ferreira Aldunate, el grupo de Jorge Batlle y el de Vascancellos-Flores Mora y el Frente Amplio, sumaron en conjunto cerca del 63% de los votos emitidos. (Cfr.: Gonzalo Varela, “Uruguay: de l’Etat libéral a la république militaire”. Tesis de doctorado, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París 1981). La derecha radical mantiene pues sus posiciones y hasta las mejora ligeramente en la instancia del plebiscito.

oposición, hasta entonces acalladas, lograron hacer valer su veto.

El mero anuncio del "cronograma" —calendario de la transición— abrió un intersticio a través del cual la resistencia redobló expresiones y se pudo recrear un ámbito, aún estrecho, de opinión pública. En el tiempo previo al plebiscito la oposición se fue difundiendo.

Al borde de la consulta el elenco de los partidos tradicionales se animó, logró reactivar en parte el tejido de relaciones personales y lanzó consignas de voto negativo que tuvieron buena acogida. En forma más directa, la izquierda y los sectores sindicales desarrollaron también sus acciones. A ello se agrega la incidencia de la Iglesia, sobre todo en sus comunidades parroquiales, la movilización, más atrevida, de los jóvenes y los estudiantes, y una prédica periódica que, en medio de la verborragia oficialista, logró abrir un espacio de crítica, limitado, pero influyente.

La oposición muerde sobre las torpezas del trámite y el tono desubicado de la propaganda gubernamental. La negativa obstinada a negociar, la exclusión de los partidos y el despecho de los políticos profesionales. Las groserías del texto sometido a consulta, los vicios del procedimiento seguido para elaborarlo y en especial, el intento de consagrar la tutela militar. Se recuesta en los pilares de la cultura política nacional —la tradición democrática, el oficio "participativo", los hábitos electorales, la vocación pluralista, ese civilismo cargado de desprecios por lo militar— sobre los que ha crecido en estos años, sordamente, un anti-autoritarismo de nueva savia. Estos elementos orientan la espontaneidad ciudadana en un sentido poco propicio a las propuestas de la dictadura.

Todo ello corroe aun más la ecuación en que reposa la cruzada constituyente. Recorta el margen de adhesión, convierte la tolerancia en

rechazo, acrecienta las resistencias y dinamiza la oposición. La política se cuele por la hendidura y la sociedad civil —el pueblo excluido— se toma la revancha (24).

El cinismo de estado se vuelve ingenuidad burocrática. La dictadura, en su profesión fundacional y apurada por el aislamiento, se lanzó a una empresa que remueve sus asientos, resquebraja el principio represivo, sacude el estilo administrativo del gobierno y da paso a un tiempo de signo distinto.

La dictadura, claro está, continúa. Pero el plebiscito, pensado para "institucionalizarla", vino en cambio a romper el inmovilismo y la presión del terror de estado, quebró el aislamiento individual, el peso del silencio y la incomunicación. Aunque sea en forma limitada, se reconquistó un ámbito de opinión pública y se ensanchó el espacio de la prensa. La tecnocracia civil y militar perdió el beneficio de la privacidad y del secreto de estado. La población recorrió una experiencia importante, se midieron fuerzas, se recuperó la confianza en la acción popular colectiva. A partir de ese momento menudean las manifestaciones, poco a poco más enérgicas y más abiertas, gremiales, estudiantiles, políticas, culturales. Se ha redoblado la pelea democrática, por la renovación del ámbito civil y los modales ciudadanos, por la libertad y la determinación autónoma.

24. Valen aquí las reflexiones autocríticas que el general Alejandro Lanusse ha hecho, en referencia a la situación argentina: "Nuestra intervención de 1966 había dinamizado la infraestructura económica del país y encarado obras de tanto aliento... pero había recaído en una especie de eficientismo materialista... *no supimos ver que la política existía y que nada sería más peligroso que la soberbia de considerarla inexistente*" (Alejandro Lanusse, "Mi testimonio", *Laserre*, Buenos Aires 1977, subrayado mío).

A NUESTROS LECTORES

Papel, negativos, cartulinas, tintas, composición, impresión, tarifas postales, todo ha subido. No queremos aumentar el precio de Cuadernos. Optamos por reducir el número de sus páginas. Mientras podamos, así será. Confiamos en que nuestros lectores, que tantas muestras de adhesión nos han dado comprenderán.

Juan Carlos Onetti:

El discurso enmascarado de la modernidad

Angel Rama

La modernidad es siempre un cataclismo que sobreviene inesperadamente en la vida de los hombres y de las sociedades que, por definición, no eran modernos. Por lo cual la central experiencia que cumplen no es la del sistema modernizado que irrumpe desde fuera sobre ellos, sino la de la disolución de la cultura más tradicional en la que se habían formado desde la infancia, la que es trastornada por los valores y formas de la modernidad. No se vive, entonces, ni uno ni otro sistema, sino su pugna, un desgarrado combate que pone a los seres humanos en carne viva. Este trance agónico es el registrado en las obras de los llamados modernizadores, de cualquier tiempo o de cualquier lugar de la periferia de las metrópolis avanzadas que sean.

Esa experiencia constituye el centro animador de la literatura de Juan Carlos Onetti, el novelista uruguayo nacido en Montevideo en 1909, quien en los años 30 comienza a publicar sus primeros cuentos, en 1939 da a conocer su primer relato, *El pozo*, y desde ese mismo año argumenta en sus artículos en el semanario *Marcha* recién fundado la filosofía y la estética que corresponden a la nueva situación modernizada que vivía el Río de la Plata, la que estaba en plena expansión desde la década anterior por obra de los vanguardistas de las dos ciudades rivales del Plata, Buenos Aires y Montevideo. En toda América Latina desde el fin de la primera guerra mundial se había registrado la nueva ola modernizadora que tomaría estado público estruendoso en una fecha clave, 1922, por obra de un pléyade de escritores que había nacido en los alrededores del 900. A su segunda

generación perteneció Onetti, cuando ya la *avant garde* europea se había instalado en tierras americanas y procuraba servir de flexible instrumento para expresar problemas, angustias, expectativas, de los hombres del continente, cuando ya no se trataba de colonizar un territorio artístico sino de probar en qué medida confería significación a la concreta circunstancia que se vivía, con todas sus asperezas y contradicciones.

Porque lo propio de la modernización fue la contradicción: en 1931 se inicia la más exigente revista literaria argentina, *Sur* (directora Victoria Ocampo) que habría de incorporar la vanguardia estética y el liberalismo católico al Río de la Plata,¹ al mismo tiempo que el golpe de Uriburu inicia la larga serie de gobiernos militares que se sucederán durante medio siglo sobre el trasfondo social de una intensa crisis que busca una renovación de la estructura política y, sobre todo, socio-económica, del país. Aun más que las muy citadas influencias de Waldo Frank y de José Ortega y Gasset (ya director de su modernizadora *Revista de Occidente*) en la creación de *Sur* pesa la que Paul Valéry definió agudamente como la "Política del Espíritu" en lo que ésta tendría de universal en la coyuntura de la nueva ola expansiva de la cultura de Occidente. Durante las décadas de los 30 y los 40, que corresponden a su período creativo, *Sur* propone militantemente una modernización que implica la incorporación de pleno derecho de las letras argentinas al consorcio oc-

1. V. Eduardo Paz Leston, *El proyecto de la revista "Sur"*, en *Capítulo* No. 106, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981.

cidental del Espíritu, a su central concepción universalista, en tanto los militares tratan de resguardar por la fuerza el provinciano sistema de dominación.

No fue diferente la proposición que en el Uruguay formuló desde su llegada en 1934, el pintor Joaquín Torres García (1874-1949), quien venía de la fundación de *Cercle et carré*, de la lección ordenadora de Mondrian y de los neoplasticistas y quien ya había estructurado coherentemente su doctrina del "universalismo constructivo". Con escándalo del medio organizará una Escuela que conmueve las bases de la plástica uruguaya, enseñará y discutirá, establecerá un sistema canónico y ya en 1938 habrá edificado su *Monumento Cósmico* en uno de los parques urbanos y habrá publicado su libro *La tradición del hombre abstracto (Doctrina constructivista)*. Vista la orientación de las metrópolis modernizadoras en que él había desarrollado su estética y la confusa filosofía que la amparaba, la proposición de Torres García será racionalizadora, ordenadora y jerárquica, universalista y abstracta, con apelación a un zodíaco de símbolos pretendidamente ecuménicos que permitirían organizar un discurso intelectual significativo. ² Poco o nada de esto sería recogido por el joven novelista uruguayo, como en cierto sentido tampoco por los jóvenes pintores discípulos del maestro, quienes a partir de sus enseñanzas se pusieron a pintar de nuevo a su ciudad, Montevideo. El resultado fue sorprendente y sólo comprensible en su novedad si se lo contrasta con las imágenes que el impresionismo rezagado acumulaba: la ciudad ingresó a un orden donde las imágenes del puerto, de las altas puertas coronadas de abanicos de vidrios coloreados, los ríspidos cortes de las esquinas, se instalaban en la bidimensionalidad plástica y se encendían por el uso de colores primarios, rebajados o ensuciados por la pizca de gris que pretendía dar la luz media, el tono medio, la realidad media, traducir, en fin, la ideología de una sociedad de clases medias. El salto que va del alucinado racionalismo de Mondrian al constructivismo significativo de Torres García, se repetía desde éste a su adaptación en un lejano barrio de la periferia latinoamericana, por insidiosa introducción de su real-concreto.

Pero las sucesivas metamorfosis conservaron incólume una nueva concepción del arte que se remontaba a Cézanne: la estricta unidad de la obra artística, su desafiante autonomía, la rigurosa composición interna, el uso coördinado de sus elementos significativos, su instalación prioritaria en el plano estético, su voluntad de otorgar significado al entorno, el reconocimiento de la libertad que se ejerce en la creación. Esta fue la parte que se aceptó de la modernización, aunque no habrían de faltar críticos que la condenaran por rezagada (respecto a los parámetros metropolitanos) sin reparar en que la adaptación permitía reincorporar la sociedad a la modernización en el nivel en que le era dable hacerlo, aportando sus sabores propios como sólidos constituyentes. La garantía de la producción artística se encontró en la experiencia de la autenticidad, tal como drásticamente la afirmó Onetti: "Es cierto que no sé escribir —dice su personaje Eladio Linacero en *El pozo*— pero escribo de mí mismo". Al resguardar este vínculo con lo vivido realmente, se podían abordar las formas literarias modernizadas (predicadas por la vanguardia europea y norteamericana de entre ambas guerras que comenzaba a traducirse al español en el Plata) sin peligro de extravío o mimetización inane.

Aquí aparece una consigna que ha de establecer el aparte de aguas entre los escritores y artistas, diseñando al menos dos vías paralelas del proceso de modernización. Esa consigna fue definida por Julio Cortázar cuando comentó admirativamente la publicación de la novela de Leopoldo Marechal *Adán Buenosayres* (1948): "Muy pocas veces entre nosotros se había sido tan valerosamente leal a lo circundante, a las cosas que están ahí mientras escribo estas palabras, a los hechos que mi propia vida me da y me corrobora diariamente, las voces y las ideas y los sentimientos que chocan conmigo y son yo en la calle, en los círculos, en el tranvía y en la cama" ³. La consigna de lealtad a lo circundante, no será meramente temática sino también artística y, sobre todo, comunicativa, pues implica preservar la relación dialogante con el lector perteneciente a la misma circunstancia viva, incorporándolo a la obra como el otro término de la ecuación creativa, partícipe al fin del proceso de la crea-

2. V. Fernando García Esteban, *Panorama de la pintura uruguaya contemporánea*, Montevideo, Alfa, 1965.

3. En *Realidad*, Año III, No. 14, Buenos Aires, marzo-abril 1949.

ción. Ambos, Julio Cortázar y Juan Carlos Onetti son herederos de esta actitud y en sus evoluciones han ido estrechando sus vínculos en esa búsqueda de una circunstancia a la que quieren ser fieles sin mengua de la modernización artística a la que se exigía que no prescindiera del lector. Se diría más: esa fue la consigna de la generación de narradores rioplatenses que emerge después de los vanguardistas de los veinte dentro de un abanico amplio de vías (que va de realistas sociales como Bernardo Verbitsky -1907-, Enrique Wernicke -1915-, Bernardo Kordon -1915-, Juan José Manauta -1919-, a los sutiles realistas-fantásticos como Juan Rodolfo Wilcock -1919-, José Bianco, el propio Cortázar y a los realistas críticos como Ernesto Sábato o Juan Carlos Onetti) que aunque utilizan las enseñanzas del rigor borgiano, se distancian del maestro cuando éste se orienta hacia sus relatos metafísicos, desde "Tlön, Uqbar, Tertius Orbis" (1938), procediendo entonces a recuperar progresivamente el magisterio del otro gran polo narrativo del vanguardismo argentino, el Roberto Arlt (1900-1942) que habrá de triunfar definitivamente cuando la emergencia de la generación de narradores hacia 1955, cuyo nombre clave es David Viñas impone un realismo existencial que se adecúa a los tiempos revueltos que le tocan en suerte.

Juan Carlos Onetti, es en su primera época, representada por *El pozo* (1939) y aun antes la inédita *Tiempo de abrazar*, por *Tierra de nadie* (1941), *Para esta noche* (1943), *La vida breve* (1950) y los cuentos que escribe en el período y que tendrán muy posterior recopilación sistemática,⁴ el mejor ejemplo del realista crítico de la nueva narrativa. La lealtad a la circunstancia se traduce en el debate de los asuntos contemporáneos urgentes, sobre todo los políticos y los morales, que tanto ocupan las conversaciones de los hombres de la época como las planas de los periódicos: Eladio Linacero en la soledad de su cuarto evocará dos líneas divergentes de asuntos que propone la circunstancia: las relaciones amorosas, dentro de la búsqueda de una autenticidad moral (Cecilia, Hanka, prostitutas, etc.) y las relaciones políticas, desde el debate de la izquierda antifascista pero también anticomunista (Lázaro). A ambas líneas opondrá una tercera que las enfrenta y compacta

en un discurso global, que es la de los sueños de vigilia y de la invención artística (donde cabe Cordes), con lo cual tendremos trazado, desde el primer librito, *El pozo*, el triángulo sobre el cual se instalarán las obras del primer período inicial. Esas tres tendencias organizan en *Tierra de nadie* los desvelos de una generación juvenil de rioplatenses, cumpliendo la traslación de la experiencia personal e interior de un hombre (Eladio Linacero) a un grupo social afín lo que vale por una asunción de la circunstancia que vive la cultura rioplatense que está modernizándose. Las palabras que puso en la solapa de la edición primera de *Tierra de nadie* no pueden ser sustituidas por ninguna explicación aclaratoria: "Pinto un grupo de gentes que aunque puedan parecer exóticas en Buenos Aires, son, en realidad, representativas de una generación; generación que, a mi juicio, reproduce, veinte años después, la europea de la pos-guerra. Los viejos valores morales fueron abandonados por ella y todavía no han aparecido otros que puedan sustituirlos. El caso es que en el país más importante de Sudamérica, de la joven América, crece el tipo del indiferente moral, del hombre sin fe ni interés por su destino. Que no se reproche al novelista haber encarado la pintura de ese tipo humano con igual espíritu de indiferencia".⁵

Esta nota le había sido solicitada por el editor, inquieto de la recepción que podría tener una novela en que con fuerza y franqueza se exponían los problemas y los sueños de la nueva generación, rehusándose a los disimulos o a las máscaras convencionales, lo que vale tanto como el reconocimiento de las dificultades que presentaba una modernización sobre pautas europeas en el medio más tradicional latinoamericano, aun tratándose de la Cosmópolis bonaerense que había celebrado Darío hacia 1900. El escritor deja entender que está escribiendo de seres reales y de problemas reales por ellos vividos, tal como ocurrirá con su mayor esfuerzo narrativo, *La vida breve*, todos cuyos personajes vienen directamente de modelos de la realidad con nombre y apellido conocidos, "Ahora sé escribir —pudiera haber dicho— y escribo de personas que conozco" continuando con esa lealtad a lo circundante que habrá de tener nueva expresión, en otra sucesiva ampliación de la experiencia auténtica, con *Para esta noche*

4. *Tiempo de abrazar y los cuentos de 1933 a 1950*, Montevideo, Arca, 1974, compilación y prólogo de Jorge Ruffinelli.

5. *Tierra de nadie*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1941.

que elabora los datos de la derrota de la República española trasladándolos a una ciudad que parece calcada sobre Buenos Aires y generando por lo tanto una suerte de modelo utópico al cruzar ambas perspectivas parejamente reales.

Las apremiantes influencias literarias del vanguardismo (las lecturas apasionadas de John Dos Passos, Louis Ferdinand Celine, William Faulkner, el omnímodo Marcel Proust) se depositan como capas geológicas en la composición de novelas y cuentos, robusteciendo la unidad artística con que ellas tratan de la circunstancia urgente, con una curiosa operación que es Onetti el primero en intentar, luego del diseño inicial distorsionado conquie patentó el procedimiento Roberto Arlt: la conjugación en el mismo plano de la experiencia sensible, inmediata, vivida, de una problemática universal y otra particular rioplatense. Sólo si se lo ve en la perspectiva de la literatura latinoamericana que venía acumulándose desde hacía siete décadas (es decir, desde 1870) se puede medir a cabalidad lo que esta conjugación significa en el proceso de modernización y lo que atestigua de la transformación habida por incorporación de la periferia a las pautas de las metrópolis culturales. Hacia 1888 José Martí razonó el desencuentro entre ambas esferas con "tristeza infinita":

Porque es dolor de los cubanos y de todos los hispanoamericanos, que aunque hereden por el estudio y aquilatan con su talento natural las esperanzas e ideas del universo, como es muy otro el que se mueve bajo sus pies que el que llevan en la cabeza, no tienen ambiente ni raíces ni derecho propio para opinar sobre las cosas que más les conmueven e interesan y parecen ridículos e intrusos, si, de un país rudimentario, pretenden entrarse con gran voz por los asuntos de la humanidad, que son los del día en aquellos pueblos donde no están en las primeras letras como nosotros, sino en toda su animación y fuerza.⁶

En la década del 40, Onetti percibe que lo que se mueve bajo sus pies y lo que lleva en la cabeza sobre la vida de otros pueblos, es lo mismo; que los asuntos políticos y morales, que las pasiones artísticas y literarias, que las ideas y las lecturas, son equiparables en uno y otro univer-

so, que todos están en la misma cosa. Hay en esto un cierto desafío insolente para oponerse al cansino tradicionalismo de una cultura que sigue elaborando historias de gauchos a pesar de que ya han desaparecido. Hay sobre todo una jubilosa aceptación del universo urbano por ser el marco forzoso que permite la conjugación de las dos esferas (nacional y metropolitana) y la traslación de significados, de una a otra, con aparente fluidez. Efectivamente, todas sus producciones del período son radical y rabiosamente urbanas: se instalan en el artificio de la urbe, en sus elaborados productos, en sus distorsiones, y rechazan toda derivación, a no ser a través del sueño, hacia la naturaleza que queda más allá de las edificaciones. Como dijera Julián del Casal, está poseído del "turbio amor de las ciudades", lo que obligadamente habrá de postular la búsqueda del elemento compensador. Del mismo modo que la estruendosa irrupción de la pastoril renacentista surge, como ha visto Arnold Hauser, de la constitución de las cortes urbanas que diseñan el primer mundo cerrado y artificial y generan esas réplicas naturales, aunque no por eso menos artificiales, que son los poemas y novelas pastoriles consagrados a las mismas prácticas del amor sutil pero trasponiéndolas a idealizados paisajes, del mismo modo el agobiante escenario urbano y la quiebra moral de los hombres sin fe que lo habitan, provoca el surgimiento del mito adolescente, de la inocencia perdida, de la frescura y la fuerza, de una sabiduría intocada que nace de la naturaleza virginal y enfrenta con segura arrogancia el universo decrepito y sucio de los mayores.⁷

Ya dijimos que la modernización en curso se ejerce preferentemente en las formas artísticas, mucho más que en los significados, y que a través de la nueva concepción estética aplicada se procura reintroducir los sabores, las tradiciones inconscientes propias. Habría que agregar que son esas formas las que pasan a generar mitos que, aunque oponiéndoseles, pueden sobrevivir tras las rejillas que ellas construyen sobre la realidad: los adolescentes intocados que van poblado el mundo narrativo de Onetti, nacen bajo el imperio de esas formas, de las que extraen su altivez y su manera de actuar decididamente, pero contra esas formas abstractas y deshumanizadas reponen una sabiduría enigmática y milenaria, una naturaleza revisitada. Pero no son la naturaleza; como no lo era el "bon sauvage"

6. Artículo publicado en *El Economista Americano*, New York, julio de 1888, recogido en *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 205.

7. William Empson, *Some versions of pastoral*,

rousseauiano. Son el *mito de la naturaleza* que es capaz de fraguar una determinada cultura en un determinado momento de su artificialización progresiva. Los adolescentes altivos y aparentemente seguros de Onetti, son también el producto de la ciudad y a la vez su rescate, bivalentes como Jano.

Esa duplicidad se traduce, en las concretas operaciones literarias del texto, por una solución narrativa que nunca abandonará Onetti: los adolescentes existirán para la mirada de los adultos, se ofrecerán a su concupiscencia y se rehusarán a ella. Hay algo aquí del gran tema de "Susana y los viejos" que atraviesa el arte occidental y que de los venecianos a Picasso adopta mil formas. Esos adolescentes sólo existen en el diálogo con los adultos, que así tengan cuarenta años son para ellos viejos decrepitos y operan por lo tanto, mucho más que en la realidad, en el imaginario que subyace el deseo: son contruídos como imágenes deseadas, surgen espléndidos en el imaginario adulto que procura rescatarse a sí mismo de la edad que transcurre, de las servidumbres y miserias del vivir cotidiano, de los fracasos y torpezas de la vida continua. La conjugación del adolescente y del viejo solo puede cumplirse en el imaginario, como admirablemente es contado en "El álbum" (1953) donde la mujer adulta logra envolver al adolescente mediante la fascinación ya ejercida por Scheherazade en las *Mil y una noches*, es decir, a través del contar fabuloso que despliega dioramas ilusorios, magníficos e irreales, aunque luego el reencuentro del álbum atestigüe que eran meramente verdaderos y autobiográficos. Es la tarea de la literatura que edifica el puente posible.

Con más frecuencia esos adolescentes pasan entre los viejos, incólumes a las llamas del deseo, simplemente avivándolas y permitiendo que los viejos los construyan en su imaginación deseante y aún que procuren en ella destruirlos, en vano. Es la espléndida *Historia del caballero de la Rosa y de la virgen encinta que vino de Lilibut* (1954) que, a diez años, parece replicar al propio cuento de Onetti, "Bienvenido Bob" (1944) en que los dos términos de la ecuación, el joven y el viejo, se enfrentan en un combate que no esconde su trasfondo homosexual y donde el joven pasa a ocupar el lugar del viejo. En cambio, en la *Historia del caballero de la Rosa*, que es una hazaña de la composición artística, es la absurda pareja juvenil la que vence, la que pasa incontaminada entre los ancia-

nos maldicientes y concupiscentes, sin que nunca pierdan su halo enigmático, la ambigüedad de sus comportamientos, lo que en la literatura se logra por un mecanismo del que Onetti llegará a ser maestro: las llamadas técnicas del punto de vista a las que Henry James dio su esplendor inicial y que al situar la visión de lo real en la perspectiva subjetivante de los personajes o de los emisores del relato, propician diversas lecturas, toman ambiguo el conjunto, enfrentan visiones opuestas, pero más que todo esto, resultan, —en otro más elaborado nivel— leales a lo circundante. Ya hemos apuntado que tal concepción implica el reconocimiento del lector como una parte decisiva del proceso creativo.

No se trata meramente de las que hoy conocemos como teorías de la recepción literaria. Se trata de construir un artificio literario cuya resolución solo sea posible mediante la sagacidad de una lectura capaz de combinar libremente los elementos puestos en juego, rearticularlos, conferirles un significado y levantar al fin la obra como invención propia de quien la ha leído. Se reclama la participación del lector. En una mala clasificación, Cortázar llamó a esto el lector macho, cuando en verdad debería haber dicho el lector-productor, reconociendo que una obra se construye originalmente en nuestra conciencia a lo largo de la lectura y que determinados autores y obras solo alcanzan su virtualidad cuando manejando su materia esponjosa, somos capaces de ordenarla y construir su sentido último. Tampoco se trata de textos aleatorios y de plurales lecturas sustitutivas. No es ese el camino onettiano, visto que él cree firmemente que existe, entre las mil lecturas posibles, una sola válida, que es la suya propia. En vez de proponerla explícitamente, obligando así al lector a ser meramente quien obedece a la conciencia del autor, construye delicada y oscilantemente el edificio literario para que el lector lo rearticule y le confiera el significado que el autor se rehusa a proponer imperativamente. De hecho, está buscando a un otro, pero que se le parezca. De hecho, está repitiendo el diálogo del viejo y el adolescente, forzándolo suavemente a entrar en las coordenadas del imaginario, a existir en el placer vicario de la lectura y a través de ese puente fantasma unirse a él, ser él, rendirse a él, aunque sugiriendo que es él quien se rinde, quien se entrega. Son modos de una pugnacidad amorosa que sólo existe mediante las máscaras y que un día en la literatura se llamó el *Combatimento di Tancredo e Clorinda*.

Estas obras corresponden al segundo período de la narrativa onettiana, a su nueva versión de la lealtad a lo circundante, la que se inicia francamente con la publicación de *Los adioses* (1954) que inaugura un discurso flotante que alcanza plenitud y evanescencia en su prodigioso relato *Para una tumba sin nombre* (1959). Década de los 50 en que trabaja en *Junta cadáveres*, la novela mayor que abandonará para escribir su continuación, *El astillero* (1961) y que retomará posteriormente y concluirá, publicándola recién en 1964. Ya estamos en el ciclo de Santa María, la invención pueblerina equivalente al Yoknapatawpha faulkneriano, que ha de regir su producción más importante, estatuyendo un corte firme con el optimismo ciudadano de su primer período. La urbe abarcadora es reemplazada por el pueblecito rural donde se mezclan, sin embargo, los inmigrantes europeos que lo han llevado adelante con rígido tesón, los nuevos patricios ricos (los Malabia), los notables y profesionales criollos (Díaz Grey), los desechos de la ciudad prostibularia (Larsen), construyendo un microcosmos que es posible describir y ordenar. También Santa María nació de un soñar literario (en *La vida breve*) y es por lo tanto un perfecto producto del imaginario, como es también el triunfo de ese tercer componente del inicial triángulo: la concepción moderna de la literatura, el afán de unificación artística del conjunto, la modernización que estatuye la autonomía del texto literario. Según sus confesiones, Santa María es su recuperación nostálgica del Montevideo abandonado durante el período en que vivió en Buenos Aires, aunque no es un intento de reproducirlo en las letras sino una traslación de algunos componentes a un marco enteramente imaginario (y persuasivo) situado a mitad de camino: hay un río, un embarcadero, llega una línea de ferrocarril, se supone que de allí se pasa a otros pueblos y que se puede llegar a tumultuosas urbes capitalinas. Pero de ellas hemos retrogradado a escenarios ilusorios que vuelven a permitir la conjugación de los dos orbes: el cercano, tradicionalista, y el lejano, metropolitano, moderno. Hemos ajustado la visión aproximándola más a los presupuestos propios latinoamericanos, en lo que es sin duda una acentuación de la lealtad a lo circundante sin por eso abandonar la vía modernizadora. No de otro modo Gabriel García Márquez no hizo sino contar historias de Macondo a partir de la renovación estética a que lo incitó la lectura de la vanguardia europea. No de otro

modo lo hizo el maestro de todos ellos, que vivió en el espejo opuesto de la sociedad sureña norteamericana: William Faulkner.

Este ajuste adulto, viene acompañado de otro que ya se había deslizado en las novelas del primer período pero que ahora adquiere primacía. El autor se ha preguntado "¿Qué es lo real?" con continua extrañeza y ha comenzado a suspender su credulidad en la objetividad de nuestro conocer. Su interrogación a los asuntos urgentes y contemporáneos se ha trasladado suavemente al instrumento del conocer, es decir, al hombre, y aún más al propio instrumento que él maneja para conocer: la literatura. Desde las últimas páginas de *La vida breve*, desde *Los adioses* claramente, Juan Carlos Onetti comienza a preguntar qué es la literatura e inaugura una serie de exploraciones cuya última y casi volatilizada expresión, será *Dejemos hablar al viento*, su novela de 1979, donde efectivamente ya ni los personajes hablan, sino que se hablan entre sí los fragmentos de su propia literatura anterior, según son movidos por el viento. Más que una novela, esta última producción es un castillo de naipes, recortados de sus propias obras, de tal modo que no cualquier lector sino solo aquel que ha considerado que vivir dentro de la narrativa onettiana es "suficiente maravilla" podrá apreciar, organizar y dar sentido. Antes de *Dejemos hablar al viento*, había sido *Para una tumba sin nombre* el primer ejemplo categórico de volatilización de lo real mediante un juego de espejos en que se desvanecían las perspectivas concretas y sólo quedaba indemne el imaginario que rige el afán de narrar. Antes que *Para una tumba sin nombre*, las iniciales proposiciones, todavía embebidas de un afán realista mensurable, fueron la *Historia del caballero de la Rosa* y *Los adioses*, textos prácticamente contemporáneos.

Al tiempo que Onetti retrograda de la ciudad cosmopolita e internacional al pueblo simple y nacional, mediante una encarnación del imaginario que se abastece con las máscaras propicias, al mismo tiempo retrograda de la historia expuesta con apariencia objetiva y convincente, al acto de narrar. Pasa del enunciado al acto de enunciación y comienza a preguntarse qué es la imaginación, que es la narración que la objetiva. Ya antes, en *El pozo*, su personaje había percibido la conexión secreta entre un hecho (un suceso y un sueño), pero sólo se había limitado a proponer un plan en que alternarían, dando aún la primacía al hecho (su torpe esce-

na con Ana María un 31 de diciembre en Capurro) para luego contar la invención "soñada" de la cabaña de Alaska a la cual entra desnuda Ana María. En *Los adioses* se produce decididamente la inversión: la primacía corresponde al acto de narrar y la narración ha de abastecerse, en apariencia, de la vida y los hechos de un otro. Para que sea más nítido el deslinde, de un desconocido que aparece en el pequeño pueblo cordobés dedicado a la curación de tuberculosos, quien se caracteriza por su negativa a la comunicación fácil y por lo tanto no proporciona informaciones sobre quien es, ni sobre sus relaciones afectivas, ni menos sobre sus ideas, sentimientos y emociones.

Pone en el primer plano escénico a un narrador —un ex-enfermo que se ha quedado en la región atendiendo un almacén— y en el centro, iluminado por los focos de la curiosidad, al hombre enfermo que viene a morir. Toda la novela, salvo una mínima ruptura representada por un par de frases de una carta, pertenece al discurso del narrador en el cual él integra las aportaciones de sus ayudantes (el enfermero, la Reina son los principales) con los datos de su experiencia y sobre todo, con la tarea elaboradora de la imaginación ("imaginé al hombre" es la fórmula socorrida, cuando carece de información). Las frases, del hombre enfermo, de la mujer, de la muchacha, que se incorporan como transcripciones, son también pasibles de parcialidad, o al menos de sospechas de subjetivación. El desequilibrio de la estructura es flagrante y buscado.

La novela está construída mediante el funcionamiento de dos polos, uno positivo y otro negativo, que establecen un desequilibrado campo de fuerzas. Uno, ocupado por el almacenero-narrador, emite absolutamente toda la información posible de que podamos disponer los lectores; el otro, ocupado por el hombre enfermo-protagonista es el recipiente de toda esa información, pues está destinado por entero a describirlo e interpretarlo. Esta dislocada concentración sobre un polo está desmesurada en detrimento de la información respecto al polo emisor. Cada uno de ellos cuenta con dos ayudantes: el narrador dispone del enfermero y Reina que son recolectores de datos indispensables para la construcción de su discurso, ayudantes desprestigiados por el propio narrador; el protagonista dispone de dos ayudantes, la mujer y la muchacha que lo visitan, pero al igual que

él solo son vistos exteriormente aunque constituyen débiles fuentes informativas.

El narrador deviene una oquedad, nada se predica sobre su intimidad, transponiéndose todo él en palabra narrativa, en literatura; el protagonista solo puede ser percibido como similar oquedad, como el objeto expuesto a la indagación behaviorista que debe reinterpretar palabras o gestos, actos carentes de soporte explicativo. De un modo u otro, ambos polos han sido vaciados de conciencia personal: si uno es conjunto de acciones no significativas, el otro es un discurso interpretativo de tales acciones, para que alcancen significación.

A partir de la existencia de estos dos focos, se construye el campo de fuerzas, mediante elisión aparential de uno y ostentación espectacular del otro. En un teatro, bajo la luz plena, hay un personaje que se mueve y balbucea algunas frases, en tanto a un lado, en la oscuridad, hay otro que explica el sinsentido y por lo tanto construye una historia. Aunque el personaje visible, el que concita la atención del lector, el que es intensificado al ser introducido en el enigma de las relaciones que mantiene con las dos mujeres que lo visitan, es el hombre enfermo (el objeto), el verdadero protagonista, el que ocupa desmesuradamente el relato, el que lo produce, es el almacenero y puede convenirse que es él el auténtico enigma de la novela. El desequilibrio constituye lo propio del campo de fuerzas, haciendo de él una cacería, o, mejor, un "duelo nunca declarado" como certifica el narrador: "luchando él por hacerme desaparecer, por borrar el testimonio de fracaso y desgracia que yo me emperraba en dar; luchando yo por la dudosa victoria de convencerlo de que todo era cierto, enfermedad, separación, acabamiento".

Estamos nuevamente en el "combatiemento" y, como en el texto clásico, ambos combatientes visten los mismos trajes masculinos, reponiendo la subyacente nota homosexual que en este caso se acentúa por los discordes manejos de la información: en tanto que se acumulan presencias femeninas sobre el hombre enfermo, se prescinde totalmente de toda presencia afectiva (masculina o femenina) en el narrador, durante los quince años de su supervivencia en el pueblecito y todos los anteriores a su enfermedad. La novela cuenta esta pugna, sus altos y sus bajos, sus accidentes y sus derrotas y toda ella existe nada más que en las palabras del imaginario discursivo. A lo largo de ella el narrador

se ve disminuido ("Yo era el más débil de los dos, el equivocado, yo estaba descubriendo la invariable desdicha de mis quince años en el pueblo, el arrepentimiento de haber pagado como precio la soledad, el almacén, esta manera de no ser nada") y sin embargo intenta una y otra vez vencerlo, atraparlo, hasta la decepción final: "al hombre no le quedaba otra cosa que la muerte y no había querido compartirla".

Cuando sólo se dispone del discurso de un narrador, es forzoso que el autor opere dentro de él las oposiciones indispensables para que el lector rearticule el texto. Si el narrador confiere sentido a actos sueltos de su protagonista, el lector debe transformarse en hermeneuta del mensaje escrito. Esa soledad confesada, es vista en otro pasaje, no sobre sí, sino sobre los cercanos e interpretada, pero para ellos y no para sí: "estaba solo y cuando la soledad nos importa, somos capaces de cumplir todas las vilezas adecuadas para asegurarnos compañía, oídos y ojos que nos atiendan. Hablo de los otros, no de mí". El sistema productivo del discurso queda aquí en evidencia: consiste en predicar sobre el otro lo que correctamente es interpretación de sí mismo. Es un sistema indirecto, como es indirecta la percepción que reinterpreta las acciones no explicadas de un otro. Las acciones ajenas, que por sí solas nada dicen, si no son referidas a una conciencia que las anima y significa, que por sí solas siempre son enigmáticas y confusas, deben ser vinculadas a una conciencia. A falta de ella, es la conciencia del narrador la que se traslada a ocupar ese puesto vacío y confiere entonces significado a los actos. Ya en *El pozo* había dicho Eladio Linacero que le gustaría "escribir la historia de un alma, de ella sola, sin los sucesos en que tuvo que mezclarse, queriendo o no", postulando esta rara disociación entre conciencia y existencia.

Onetti ha venido hablando en sus novelas de seres reales y conocidos, puestos como objetos sobre los cuales ejercer la pasión cognoscitiva. En *Los adioses* reconstruye la función literaria en una situación típica: el recolector de informaciones, de migajas de la realidad, de datos inseguros y enigmáticos, procede de inmediato a reelaborarlos. Si la mujer le dice que el hombre había sido jugador de básquetbol, el dato inédito genera un proceso de invención imaginaria que se expresa visualmente ("comencé a verlo", "lo veía", "podía verlo") y en todo momento la técnica de composición radica en la recepción de un dato seguido por un

proceso interpretativo que se aleja de ese dato para reconstruir la conciencia que estaba detrás y entonces proporcionarle sostén verdadero. Es la construcción de un alma para que permita comprender las acciones, aunque la incitación es de ellas que proviene, reduciéndolas luego a simples apoyos del diagrama imaginario. No obstante, la oscilación valorativa: —¿son las acciones o es el alma?— trabaja a lo largo de toda la novela y es sometida a una prueba definitiva, cuando la interpretación establecida descubre que los datos sobre los que se apoyaba eran erróneos. Con todo, este descubrimiento no modifica la tesitura principal del discurso del narrador.

Si la proposición central es un "imaginado duelo" entre dos fuerzas polares, ese esquema se reproducirá isotópicamente en toda la obra: el hombre enfermo será la presa de otro duelo, ahora entre la mujer y la muchacha. Cambia el sexo de los combatientes, pero no se altera el principio del combate que rige a la estructura general. De tal modo que la decepción de saber que la muchacha es la hija, nada cambia definitivamente en la apreciación del narrador: "Pero toda mi excitación era absurda, más digna del enfermero que de mí. Porque suponiendo que hubiera acertado al interpretar la carta, no importaba, en relación a lo esencial, al vínculo que unía a la muchacha con el hombre. Era una mujer en todo caso; otra". El subsiguiente enigma que ha propiciado Onetti a partir de la lectura que de *Los adioses* hiciera Wolfgang A. Luchting⁸ (según el cual a pesar del testimonio de la carta la muchacha podría no ser la hija sino una amante) sugiriendo que podría ser hija y amante (cosa que para nada está indicada en el texto) en nada altera el campo de fuerzas. Lo que sí hace es burlar la capacidad del narrador, quien no podría prever más complejas posibilidades que las que tiene a su vista, es decir, en la construcción del alma ajena no podría traspasar los límites de la suya propia que procede a transferir.

Pues lo central de la novela es el reconocimiento de que el sueño voluntariamente soñado (que eso sería la literatura) necesita apoyarse en un repertorio de datos para construirse válidamente. Su tarea es rellenar el vacío que existe entre esos datos desperdigados mediante la imaginación deseante. Con lo cual simplemente

8. Los textos de Luchting y de Onetti, en *Los adioses*, Montevideo, Arca, 1970, 4a. edición.

registra la mayor fuerza del deseo: la invención de dobles. El almacenero construye en el hombre enfermo a su doble. Se proyecta en la forma vacía que es el hombre enfermo y se ama a sí mismo en el fantasma que han construido sus palabras, en esa objetivación del deseo de que es capaz el arte. Al reducir drásticamente la información sobre el narrador, vaciándolo interiormente como ocurre con el protagonista al que sólo puede conocerse por datos externos, Onetti remitió la existencia de esa interioridad, de esa alma, al discurso literario. El narrador lo construye, salvo que no lo hace sobre sí mismo sino que lo transfiere al otro, al hombre enfermo y lo rellena con él, pudiendo repetir la consigna de la modernidad que acuñara Rimbaud: "Je est un autre".

Hay en *Los adioses*, más que una teoría sobre el relato tal como sí expondrá en *Para una tumba sin nombre*, una indagación sobre la psicología del arte mediante el examen de los vínculos que religan el enunciado y la enunciación, el discurso y quien lo emite. Los sucesivos afantasmamientos, duplicados por enigmas no resueltos, orientan hacia la enunciación como único punto de apoyo válido y consistente, diríamos, única realidad. Aunque allí sólo se encontrará un vacío que emite palabras y sólo en este tejido inconsútil se podrá aprender algo. Ese algo se refiere a otro, calza en sus palabras y en sus actos, siendo por lo tanto indisoluble de ellos. El narrador carece de autonomía: es un hermeneuta que tantea en el universo de los signos esparcidos y trata de definirse a sí mismo mediante las pulsiones que ellos ejercen, descubriendo que sólo puede existir en una otredad incierta. Como en la novela de Julien Green (*Si yo fuera usted*) traspone su conciencia dentro del otro, tratando de adecuarla a la vacía caparazón de actos y palabras, siempre exteriores, de ese otro que es sólo un objeto en el que él entra como sujeto y debe resemantizar constantemente esos actos y palabras para que la adecuación se cumpla, cayendo en sucesivas trampas y engaños. El conocimiento del otro, postulado cándidamente por la literatura narrativa, es inseguro. Y al mismo tiempo el conocimiento de sí mismo, que sería la contrapartida valedera luego del fracaso, no puede alcanzarse si no es a través de la existencia, así sea fantasmal, del otro. El discurso literario nace de una oscilación entre los dos peligros, Escila y Caribdis, y es la única realidad cierta, porque engendra el texto que cubre las páginas del

libro. Se entiende que luego de este hallazgo, Onetti haya pasado a la *Historia del caballero de la Rosa* y a *Para una tumba sin nombre* en que los discursos se expanden arbitrariamente a partir de escasísimos datos objetivos ("la mujer y el chivo") y con la misma arbitrariedad disuelven sus significados.

La lealtad a la circunstancia de que partió Onetti, era forzosamente lealtad al otro, a su existir en el mundo concreto de la intempestiva modernización. No creo que haya renunciado a ella, pero a partir de 1950 en que publicada *La vida breve*, inicia la serie de sus espléndidas "nouvelles" cuyo primer ejemplo es *Los adioses*, comienza a cuestionar la capacidad cognoscitiva del escritor, su orgullosa omnisciencia. El narrador será ahora su punto de mira y con el mismo adusto escepticismo con que vió a las criaturas de sus novelas anteriores, se pone a indagar en el instrumento del conocer. Como buen integrante de una "generación crítica" ve sobre todo sus deficiencias, sus imposibilidades, pero no se limita a ellas. Su objetivo es comprenderlo en su deambular: sólo en la realidad objetiva del otro puede aspirar a constituirse y a existir, a costa de su incertidumbre y de su propio desvanecimiento. Podemos comprobar que la modernización ha avanzado raudamente y que sus secretas operaciones han comenzado a develarse para los hombres de la periferia, pues Nietzsche ya había anunciado que sólo tras las máscaras se cobraba realidad en el democrático mundo moderno, se pasaba a ser "persona", es decir, máscara.

BIBLIOGRAFÍA. La obra de Juan Carlos Onetti ha sido objeto de una renovada exploración en los últimos años por un conjunto de jóvenes críticos. Entre sus obras cabe mencionar: Djelal Kadir, *Juan Carlos Onetti*, Boston, Twayne, 1977; Josefina Ludmer, *Onetti: los procesos de construcción del relato*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977; Marilyn R. Frankenthaler, *J. C. Onetti: la salvación por la forma*, New York, Abra, 1977; Hugo Verani, *Onetti: el ritual de la impostura*, Caracas, Monte Avila, 1981; Omar Prego, María Angélica Petit, *Juan Carlos Onetti o la salvación por la escritura*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1981; Fernando Curiel, *Onetti: obra y calculado infortunio*, México, UNAM, 1982, a los cuales habría que agregar los diversos ensayos y ediciones de obras desperdigadas de Onetti, que ha hecho Jorge Ruffinelli.

CIDE

centro de investigación y docencia
económicas, a.c.

Colecciones:

Economía Mexicana. Economía de América Latina.
Estados Unidos: perspectiva latinoamericana.
Ensayos Economía. Ensayos Administración Pública.
Ensayos Estudios Políticos. Avances de Investigación.
Cuadernos de Trabajo. Estudios de Caso.

distribuciones exclusivas en México:

Publicaciones de la Universidad de San Diego, USA.
Instituto Centroamericano de Administración Pública,
Costa Rica.
Unidad de Investigación latinoamericana, México.
Centro de Investigaciones Sociales sobre el
Estado y la Administración, Argentina.
Programa regional de empleo para América Latina
y el Caribe, Chile.
Centro de estudios y promoción del desarrollo, Perú.
Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro, México.

De venta en II Feria Internacional del Libro

Distribución y suscripciones
Apartado Postal 116-114
01130 México, D.F.
Tel: 570-2022 ext. 140 y 187

Transportarán un cadáver por express*

José Agustín

Gimme Shelter, I'm going to fade away...
Mick Jagger y Keith Richards

¿Quién apagó la luz? El mismo que abrió las malditas compuertas, el responsable de este anegamiento de imágenes rotundas con su luminosidad de filo de navaja. El que determinó el experimento: quedarse encerrado sin comer, sin moverse de la cama, bolsas viscosas de cemento para pegar en todas partes, como preservativos desechados, el avión del chemo bien arriba, creciendo como los pelos de su barba erizada, como la mugre y la pestilencia en todo su cuerpo, días cambiantes, rayas sólidas de oscuridad que se desarrollaban y reptaban por las paredes, qué fantástica pantalla esa pared, todo un espejo. De noche el espejo no reflejaba; del otro lado debía estar el mundo que llaman real, porque Angel se hallaba en un páramo espinoso, tierras secas y rasgadas por infinitas erosiones. Un día el cemento se acabó, el hambre se volvió invencible y él tuvo que salir.

Tuvo la pésima idea de recurrir a un amigo. Le pidió dinero prestado, ¿de veras no has comido *nada*? ¿Qué estaba diciendo ese tarado? ¿Y por qué, a esas horas, la gente disminuía la luz hasta hacerla casi inservible? Vente conmigo, decía el amigo, y Angel le veía en la cara líneas como trazadas por carbones, como esos absurdos deportistas que se rayan los pómulos; en mi casa te vas a atragantar. Angel descubría en él, y le gustaba, una intolerancia que lo quemaba, la necesidad insoponible de triturar pieles, huesos, de chapotear en sangre. Su rostro se había ensombrecido, la rendija de luz en sus ojos se hacía mortecina, y él, otra vez, comenzaba a consumirse, esa autocombustión de la que había oído hablar antes sin entender absolutamente nada. En su boca se había formado una espesa masa salivosa, como una yema gris, y se descubrió escupiéndola en la cara de su amigo. ¡Qué gusto le dió! Un vigor extraño lo obligaba a marchar a grandes zancadas, atrás el

rostro anonadado de su amigo tras el ventanal, y ya era de noche. ¡Qué oscuro está eso!

Llegó a la casa de huéspedes a pesar de que había caminado sin rumbo, ardiendo, incendiándose, todo el cuerpo un trozo de tierra seca que se desmorona. Jadeaba y sudaba, se regodeaba sintiendo con tanta nitidez los latidos de su corazón y los acomodamientos del agua en su estómago; aquello, su pinche panza, se había convertido en algo informe.

... Corría por un monte muy muy alto, resbaloso, en la noche; iba a la cumbre, hacia la luna que allí se había estacionado, todo era resbaloso por allí, y frío; todo se hallaba húmedo; se trataba de una pendiente de tierra casi mojada, y la luna en realidad era una boca que sonreía, pero después, mucho después, los labios de la boca giraban, quedaban verticales y ya eran una vagina, los labios se abrían, chasqueaban; había dientes allá dentro, aceite espeso...

Despertó sobresaltado. Había estado seguro de que esa luna lo iba a devorar machacándolo hasta convertirlo en una pasta amorfa, una yema gris, pulpa miserable. Vió la oscuridad del cuarto, y sí: la aridez y la humedad se habían trasladado allí. Qué dolorosa realidad: despertar en otro sueño. No, en realidad se trataba de la proximidad de algo..., pero qué. Se puso de pie de un salto y de pronto ya estaba en la calle.

Er an las diez de la noche. En su mente se entreveraban varios cauces de murmullos; entre todos ellos en ocasiones destacaba una voz que decía algo muy importante. Ajajá; anunciaba, nada menos, eso que estaba tan próximo, pero cuando Angel aguzaba el oído la voz se ocultaba entre las demás, un mercado bajo la luz del sol calcinante, el crujido

* Este cuento forma parte de la *Antología de narrativa hispanoamericana*, Vol. 6, México, que publicará Siglo XXI próximamente.

seco de algo que no tarda en desplomarse. Se hallaba en el centro, como atestiguaban las luces en la calle, había llovido y las calles eran un espejo del estrépito de luminosidades que impedían leer bien el mensaje. Angel se detuvo ante un aparador que también lo reflejaba, y rió al verse. Era una verdadera porquería. Pero de eso se trataba, ¿no? Claro que sí.

El aire había entrado en él, una ráfaga llenó a tal punto sus pulmones que Angel sintió como si hubiera dormido tres días enteros, como si hubiese comido hasta saciarse. Allí estaban, nítidos, los restaurantes y los autos y la gente. Era como si él hubiera salido desde el fondo de un agujero viscoso y de pronto recuperara los niveles de su piel, la primera fila del espectáculo. Demasiado movimiento, toda esa gente se desplazaba a la velocidad de los focos intermitentes de las marquesinas. Tres muchachas habían llegado al centro de su visión. Eran tres adolescentes muy morenas, de pelo lacio y recogido, de cuerpos menudos pero bien formados, los pantalones les caían bien a las mexicanas, las tres ostentaban sus deliciosas nalguitas redondas, bien estirada la mezclilla. Angel casi rió al ver que aquel viejo compañero aletargado rompía el invierno; era notable la fuerza con que su miembro se había erguido, ansioso, y a Angel le pareció muy apropiado caminar por las calles luminosas, guiños prefabricados, con el pene bien erecto, mientras de nuevo todo se desvanecía en su contorno.

Parpadeó y recuperó el foco. Se hallaba frente a un hotel, la sala de espera se veía perfectamente a través de los inmensos cristales. De una escalinata, en el fondo del fondo, Angel vio avanzar una visión que le quitó el aliento, que hizo que todos sus vellos se erizaran y que su pene se estirara aún más, como si él también quisiera ver. Era la mujer más maravillosa que podía existir, cabellos largos en cascada, un vestido largo de tela estridente se adhería al cuerpo succulento, perfecto, que avanzaba con rapidez, peligrosamente; iba tan rápido que seguramente acabaría estrellándose. Su pene se estiraba con espasmos dolorosos. La mujer se aproximaba, seguida ahora por un hombre bien vestido; los dos discutían a la mitad del lobby, y Angel veía que en realidad el vestido de tela brillante, claro, estaba pintado hábilmente en el cuerpo de la mujer, ¿no estaba viendo ya, con toda claridad, los pequeños montículos de los pezones, con todo y aureolas de surcos suaves?, ¿y la espuma verde del pu-

bis?, ¿y la curvatura alucinante, también verde, de las nalgas? Esa pareja más bien estaba riñendo, Angel casi podía oír las voces que se lastimaban, pero no: no oía nada, sólo existían los senos maduros y llenos, que se estremecían con toda su dureza porque ella hablaba con todo el cuerpo, el cuerpo era una voz que envolvía y le succionaba la fuerza a Angel, qué maravilla perecer en esos senos todopoderosos, vaciarse por completo, derretirse; el dolor que sentía en el pene era intolerable, y Angel luchaba por no contraerse, sobre todo en ese momento en que ella avanzaba, al parecer hacia él, nuevamente con una fuerza ciega, peligrosísima; el hombre la había seguido, la sujetó del brazo; ella se desprendió con fuerza y Angel sólo pudo oír con perfecta claridad: no te imaginas de lo que soy capaz. Angel rió, y la risa lo hizo estremecerse: la mujer había propinado un fuerte rodillazo en el sexo del hombre, quien, como se hallaba un escalón arriba, fue blanco fácil; el hombre se dobló, y ella se dio la vuelta. Caminó, con rapidez, dueña del mundo en su ira estrepitosa; pero no caminaba, era imposible que tuviera los pies en la tierra, más bien era impulsada por una corriente estruendosa que la llevaba directamente hacia Angel, y antes que él pudiera abrir los brazos para recibirla, para morir en ella, ya había caído en el suelo, todos los sonidos se habían suspendido y él sentía encima un cuerpo exquisito, la carne dura y muelle. Angel vio momentáneamente cómo en el rostro de ella, que se hallaba como una máscara encima de él, se agolpaba un alud de impresiones: la percepción del sudor, mugre, aliento pestilente, pero también de un cilindro durísimo en la zona del bajo vientre; los ojos de la mujer lagrimearon y Angel creyó ver un destello que se expandía como fuego de artificio. Aún encima de él la mujer se volvió hacia atrás, y osciló morosamente las caderas al reparar en el hombre que seguía contraído en los escalones; después se volvió hacia Angel y lo estudió con detenimiento, con una frialdad aterradora. El desfallecía, envuelto en un aroma de perfume fino y de alcohol, y casi se le detuvo el corazón cuando advirtió que una mano de ella lo sujetaba.

Se automóvil era una delicia; la penumbra incluso se abría hasta el mismísimo firmamento y las lucecitas del tablero eran, claro, una constelación que formaba un signo de interrogación. La suavidad de los asientos, la at-

mósfera de alcohol y perfume y la música ronroneante eran sólo un anticipo. En momentos Angel miraba a la mujer; los ojos de ella miraban la negrura, parecían un largo colmillo de agua congelada. Estaba borrachísima y a la vez muy sobria, y emitía frases tan inconexas como las ráfagas de luces que en torno al auto se sucedían vertiginosamente. Cómo te llamas, preguntó Angel finalmente, y su voz tuvo que sortear una infinidad de recodos para salir a la superficie; en ese momento Angel era algo pequeñísimo, minúsculo, suspendido en el firmamento, a merced de las grandes explosiones, te voy a llevar a mi departamento, decía ella, y podrás hacerme lo que quieras, ¿te parece poco? Así es que te callas y sólo hablas cuando yo te lo diga.

Llegaron a un edificio lujoso, y la luz plana del elevador hizo que Angel regresara a la superficie; de nuevo se maravilló ante la belleza enmudecedora de la mujer, pero ella se había despeñado en un silencio sombrío, ¿cómo, entonces, una mano firme y delgada tocaba con firmeza el pene de Angel, que al sólo contacto se estremeció vivamente, como si le hubieran inyectado un chorro de vida? Angel se estaba incendiando, se consumía. Ya estaba pegado en los senos de la mujer, y una voz perturbadoramente tranquila en su interior se preguntaba en qué momento Angel había saltado hacia ella y le había abierto el vestido, esos senos lo iban a hacer llorar... La mujer lo dejó hacer, pasiva, y sólo desplomó la cabeza, los cabellos como una cortina de luz.

El elevador se detuvo. La mujer ni siquiera se cubrió el pecho y condujo a Angel a un pequeño departamento de muebles suntuosos. El languidecía viendo los pechos desnudos de la mujer, quien bebía largamente, a pico de botella. No se iba la imagen de un perro, del perro que Angel tuvo cuando niño y que, cuando su pareja tenía el celo, enloquecía irremediablemente, no reconocía a nadie, no toleraba presencias cerca de su perra y sólo pensaba en penetrarla una y otra vez, y después aullaba lastimeramente cuando ella finalmente se sentaba. Noches de aullidos agónicos. Angel quería seguir chupando ávidamente los senos desnudos de la mujer. Quítate, ordenó ella, secamente, apartándolo. Desnúdate y te metes en la cama yo voy al baño y regreso.

En la recámara, Angel encendió la luz y la apagó al instante. Se quitó la ropa con rapidez, estremeciéndose por el frío, y se acostó entre las sábanas de seda. Olisqueó su axila y tuvo

que cerrar los ojos, abatido, con imágenes relampagueantes de grietas que se abrían en la tierra seca. Darse un baño no habría estado mal, pensaba a la vez que manipulaba, con lentitud, su pene desmesuradamente erecto. Le dió risa, Jamás había visto tal energía en el viejo amigo, te vas a agasajar, le decía. La mujer seguía en el baño, la escuchaba ir de un lado a otro, corría la puerta de la regadera, abría el botiquín o algo parecido, chorros de agua se estrellaban ruidosamente en las paredes del lavabo. Mascullaba frases, vaya uno a saber qué demonios dice. En ocasiones reía con fuerza. Se había llevado el coñac al baño y a Angel le parecía verla, como si no hubiera pared, bebiendo larga, ininterrumpidamente, a pico de botella. O, si no, entre el ruido interminable del agua que caía, la escuchaba emitir gruñidos o grititos o sollozos. Más ruidos. Se había caído en el baño, ¡no se vaya a quedar dormida!, pensó Angel oprimiéndose el miembro hasta hacerlo enrojecer.

Finalmente ella apareció, con el ruido de las llaves del agua que dejó abiertas como telón de fondo. Estaba desnuda, insoportablemente apetecible, más borracha que nunca, la botella pendiendo de su mano. Bizqueó, tratando de enfocar y avanzó pesadamente, trastabillando. Se dejó caer de rodillas frente a la cama, Dios mío cómo apestas, dijo, y se metió bajo las sábanas; hazme un orgasmo rápido, lo más rápido, lo más pronto que puedas, tengo que venirme, pidió. Tenía los ojos idos, vidriosos, los labios secos y entreabiertos. Angel se montó en ella y trató de penetrarla, pero se detuvo al ver que la mujer se hallaba completamente seca. Apagó un gruñido de exasperación, se colocó en cuatro patas frente al sexo y procedió a lamerlo y ensalivarlo con un apremio incontrolable. Nerviosamente puso su miembro en la vagina y, con esfuerzos, lo introdujo hasta el final, tratando de luchar contra la marea desfalleciente que casi lo hacía perder el conocimiento. Jamás había experimentado tal urgencia, e incluso tuvo la imagen de su pene eyaculando sangre. El aroma de alcohol y perfume lo exacerbababa, y procedió a embatir furiosamente, sin preocuparse por la molestia que sentía a causa de la escasa lubricación. Desesperadamente introducía su lengua en la boca reseca de la mujer, mordisqueaba los pezones, oprimía las nalgas, y por último se dejó caer sobre ella para eternizar la sensación de que su pene había penetrado en los mismísimos pliegues de

la noche, pues no sentía ningún contacto; era como si hubiese introducido el miembro en una nada oscura, finalmente húmeda, de hecho chasqueante, que no terminaba porque no principiaba; sólo en la base del pene sentía la boca vaginal de la mujer adhiriéndose, sujetándolo con firmeza, pero, más allá de eso, se trataba de copular con lo intangible, lo impreciso, y, a la vez, en el reducto más hermético y efervescente. La mujer se movía con desorden, mediante contracciones violentas, inconexas, sin ritmo, qué borracha está, pensaba Angel; ella oscilaba la cabeza de un lado a otro con tanta fuerza que parecía que el cuello se le desprendería en cualquier momento; hundía las uñas en la espalda y los talones en las caderas, hasta que de pronto empezó a emitir una especie de ronquidos que después se convirtieron en sonidos guturales, roncacos, como de gato hambriento, y poco a poco se fue relajando hasta que se quedó quieta, con los ojos entreabiertos y apagados. Angel, que se movía encima de ella con furia, se exasperó al ver que la mujer interrumpía sus movimientos, por ebrios e inconexos que fueran, y tuvo que ahogar el deseo de desfigurarle el rostro a bofetadas; arremetió contra ella con el máximo de su fuerza, y en su interior surgió la pequeña cabeza iridiscente de una serpiente que miraba en su derredor y crecía, se expandía, se convertía en una masa compacta que llenaba los testículos y el pene de Angel con un tumulto sordo, piedras que se arrastran, viento que desgaja, ya había hecho erupción un orgasmo que hizo que el punto que era él estallara en infinitas partículas luminosas mientras yacía encima de ella y sólo su cadera se movía en espasmos autónomos, desarticulados, que generaban nuevas emanaciones de ese placer doloroso, insoportable, como jamás había experimentado antes. Ahora la cabeza de Angel se erguía de golpe y oscilaba con lentitud, como péndulo reblandecido. El orgasmo fue extinguiéndose, y Angel se descubrió plácidamente instalado en el cuerpo maduro de esa mujer, que continuaba ida. Pero a Angel no le preocupó nada de eso y pasó su lengua delectante, morosamente, sobre los senos, mientras una de sus manos recorría, con apremio creciente, el cuerpo donde se hallaba maravillosamente ubicado.

Algo lo hizo detener lo que para entonces era una succión de los pezones. Angel miró el rostro de la mujer y en ese momento supo, con una convicción exacta, irreba-

tible, que el corazón no latía. La erección decreció al instante y Angel se desprendió del cuerpo de la mujer con un salto inverosímil. Ella parecía sepultada en el sueño profundísimo de la máxima ebriedad. ¿Qué ruido es ése?, se preguntó Angel, erizado por una sensación de pánico, y corrió al baño, donde súbitamente fue consciente de que se hallaba cerrando las llaves de agua. El lavabo se había anegado y una cortina de agua caía hacia el suelo. Angel se jaló los cabellos hasta que le brotaron lágrimas y después se dio un par de toques fortísimos en la pared. Supo entonces que estaba desnudo y que miraba fijamente varios frascos vacíos de medicinas que se hallaban en el lavabo. Comprendió al instante que esa mujer se había suicidado y que había elegido morir copulando con él.

Regresó a la recámara, sintiéndose extrañamente lúcido, nervioso y alerta, aunque aún con una sensación plácida, delectante, en el pene y los testículos, el viejo león que comió hasta saciarse y se estira antes de dormirar bajo el sol. Nuevamente vió el cuerpo bocarriba, desnudo, aún cálido y con el sexo goteante; el rostro bellísimo e inerte sobre la almohada. Qué hermosa era. Aún muerta era incomparable. No supo cuánto tiempo transcurrió, porque se hallaba suspendido más allá de cualquier cosa que no fuera contemplar ese hermoso cadáver alucinante. En el fondo de su mente despuntaba la idea de que había que hacer algo, pero ignoraba qué. Finalmente el impulso de su cuerpo fue vestirse con rapidez y largarse de allí cuanto antes.

Cuando se dirigía a la puerta alcanzó a ver lo que seguramente era una cocina, y su cuerpo se detuvo. Tenía que comer algo, cualquier cosa, y después largarse de allí. Ya se encontraba en la cocina comiendo un sándwich de queso que pesaba terriblemente en su boca, era algo tan seco que lo iba a asfixiar, y por eso no dudó en tomar la botella de vino que había visto en el refrigerador. El vino lo calentó, lo hacía sudar y pensar que ese vino era casi tan delicioso como el cuerpo de la mujer. Comprendía que en verdad había placeres exquisitos más allá de toda descripción. Su pene nuevamente se había erguido, y Angel sonrió, rió quedamente, y dió un leve manotazo cómplice al miembro, que alzaba la tela del pantalón.

Se hallaba instalado en un sofá que lo acariciaba. Su piel se había sensibilizado más allá de todo lo imaginable e intermitentemente experimentaba desbordamientos lentos y voluptuosos

de placer. Comiendo aún el sándwich con mordiscos pequeñísimos, y con la botella de vino en la mano, se puso en pie y se asomó en la recámara. Allí seguía la mujer, tendida, bocarriba, con los senos duros y erguidos, el follaje del vello púbico enredado en finos nudos espumeados. Angel pensaba que él no la había matado, ella misma lo había llevado a ese departamento. No había por qué temer. Comprendía todo con claridad excepcional y no podía sino sonreír sardónicamente. El tipo aquél que discutía con ella en el lobby del hotel por supuesto era el marido, que seguramente ignoraba la existencia de ese departamento, un sitio más o menos secreto donde ella citaba a sus amantes. Quién sabe qué horrores estarían viviendo los dos que ella decidió vengarse y morir cogiendo con el primer mugroso que encontró. Excelente vino, excelente, le indicó una voz, muy tranquila, en su interior. Lo más probable era que nadie iría a ese sitio hasta la mañana siguiente. Tenía tiempo de sobra. Pensaba que no había ido a parar allí en balde. Tenía que aprovechar la oportunidad y en vez de comer queso podía sentarse a cenar en grande en alguno de esos restaurantes con mesas al aire libre que había visto poco antes. Pedir una botella de vino y comer una carne jugosa con el dinero que seguramente habría por allí. Y joyas. Regresó a la estancia y se dejó caer en el sofá.

Se sentía despejado, con un calorillo interno y cierta debilidad en las rodillas, pero con el ánimo resuelto. Barrió la estancia con la mirada y vio que no podría llevarse nada de allí, salvo los ceniceros que parecían de plata. Sin embargo, se puso en pie con seguridad, incluso se estiró lo más que pudo, y procedió a buscar en todas partes. Abrió cajones, puertecitas, revisó estantes y también el fondo de los sillones por si algo se había deslizado hasta ese lugar.

Ya sentía cierta fatiga, especialmente en las rodillas y los pies, que le pesaban. Le estaban entrando unos invencibles deseos de dormir. Regresó a la recámara. El cuerpo de la mujer parecía más pálido; más *frío*, pensó Angel, aún desde el marco de la puerta. Le costaba trabajo entrar. Esa mujer no podía estar muerta, parecía profundamente dormida, intolerablemente hermosa, después de una borrachera descomunal. Era un cuadro muy estético: el cuerpo de la mujer, suelto y desnudo, entre

las sábanas de color azul firmamento. Con sólo mirarla su respiración se enrarecía y sus rodillas se debilitaban. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por concentrarse en su tarea. Entró en el baño y allí, junto a la ropa, encontró el bolso de la mujer. Dentro había tarjetas de crédito, una licencia de manejo, chequera, cosméticos, una pequeña pistola de cachas enjoyadas, pero nada de dinero. Ni un centavo. No podía ser. Angel guardó en su bolsillo la pequeña pistola y, desconcertado, regresó a la recámara. Tenía mucho sueño. Buscó ansiosamente en los cajones del buró y de la cómoda, revisó el clóset pero sólo halló ropa, muchísima ropa evidentemente muy fina. Ella no vivía allí y por tanto en ese lugar sólo guardaba tesoros personales, paquetes de papeles y varias cajitas llenas de cartas y fotografías. Se disponía a leer, entre bostezos, una de las cartas cuando lo avasalló la desolación, una sensación invencible de debilidad, e incluso creyó que iba a desplomarse allí mismo, en la alfombra del clóset. Fue a la cama con lentitud porque se hallaba respirando dificultosamente, como si acabara de ascender a un volcán y hubiese consumido la totalidad de sus fuerzas. Apagó la luz de un manotazo, eso era exactamente lo que había que hacer, se dijo, respirando con la boca bien abierta cuando tomaba asiento en la cama y veía todo opacamente. En esa semioscuridad los filos de las cosas habían obtenido tonos refulgentes que pululaban en la negrura. Toda la fuerza se le había ido y la cabeza le pesaba, le dolía como si algo quisiera estallar en reacciones interminables. Sintió un vértigo y deseos momentáneos, pero muy vivos, de vomitar, pero éstos cedieron y él se descubrió mirando muy de cerca el rostro del cadáver. Los ojos estaban entreabiertos, como la boca, pero ésta, de tan seca, parecía llena de escamas. Tenía siglos mirándola sin parpadear, de hecho, pensaba, toda su vida había consistido en mirar cara a cara la belleza de ese cadáver. Qué hermosa eres, musitó; sus ojos se humedecieron y esa frescura le relajó los músculos, lo aletargó. ¿Quién apagó la luz?, se dijo.

Cómo puedes ser tan bella, murmuró, y sintió una feliz complacencia al oír su voz entrecortada. Se acercó a ella y besó los labios, que aún despedían un fuerte aliento alcohólico mezclado ya con algo muy acerbo y penetrante. Se dejó caer junto al cadáver. Como en ráfagas, muy débilmente, pensaba que tenía que descansar unos momentos, unos segundos al menos. De nuevo reconocía que él era sólo un punto mi-

núsculo, una lucecita mortecina dentro del universo infinito de su cuerpo. Sintió que la mujer le estaba dando calor, ah, eso era lo que necesitaba, hasta ese momento advertía que él se había empequeñecido a tal punto por el frío que hacía, que laceraba cada milímetro de su piel. Casi a tirones se quitó la ropa y quedó bien desnudo y pudo abrazarse al cadáver, que, en efecto, le transmitía un extraño calorcito tirante,

como de chispas secas. Qué bella eres, decía, y lloraba profusa, silenciosamente; en algún momento había trepado encima de ella para que el abrazo fuera más completo, lo más perfecto posible, qué bella eres, repitió, y sus lágrimas poco a poco convocaron el invencible advenimiento de una oscuridad que se despeñaba pesadamente, como gajos de barranca que caen en un deslave.

ESCRIBIMOS
PROCESO
PARA QUE
LO LEA
QUIENQUIERA...

en el homenaje al líder obrero. Ya anterior Caballero Escamilla había dicho a **Proceso** que "esos señores tendrían por qué ir. "Nadie los ha tado", precisó. No obstante, Ber Garza Sada, presidente del sub Alfa y actualmente cabeza principal Grupo Monterrey, declararía poco después en el aeropuerto —a donde se fueron en masa los empresarios despedir a López Portillo—, que Velázquez "se merece esa estatus: has cosas más, porque ha ayudado estabilidad del país en los últimos años". Y agregó sonriendo el día: "Estamos muy contentos".

ante el acto hablaron, además, el anterior Escamilla, el dirigente de la UTE, Andrés Lambreton, y el original estaba en la capital, que fue homenajeado. Tuvo de tantos. Se le dio, un



AUNQUE SÓLO
LO HACEN
QUIENES PIENSAN,
BUSCAN O TEMEN
LA VERDAD.

proceso

Aprendizajes de un destierro

Mérida de los Andes, noviembre de 1982.

Apreciado doctor Quijano:

El artículo prometido desde hace meses va como carta apenas; a manera de una conversación en voz alta con usted, de esas que tanta falta nos hacen ahora. Sobre todo en los momentos de desánimo generalizado, cuando uno teme perder la batalla de la sobrevivencia en el ambiente donde eligió exiliarse.

¿Sabe qué es lo que me tiene más preocupado? El acrecentamiento de mi orgullo de ser uruguayo; una especie de respuesta chauvinista muy rara en mí, pero que me permite seguir entero, apostando al retorno, confiando en la reconstrucción de la patria chica. Tal preocupación me indujo a pasar en limpio las dudas, a rotularlas como "aprendizajes" y a ponerlas en tela de juicio; quizás con la esperanza de que usted las confrontará con las suyas y contribuirá a dilucidar las mías en una carta respuesta.

Para no convertir esto en una novela-río, ordeno los aprendizajes en tres niveles: macro, medio y micro, según la jerarquía que ellos ostentan en mi vida ahora, cuando ya piso el medio siglo y sigo sintiéndome muchacho en demasiadas cosas.

EN EL NIVEL MACRO

La valoración de lo latinoamericano como concepción del mundo y de la vida. En el destierro que me tocó comprobé muy pronto qué errado era aquel complejo de culpa nuestro en cuanto a que vivíamos de espaldas a América Latina. ¡Fuimos y somos latinoamericanos como los que más! Y latinoamericanistas militantes, afianzando esa condición en un marco teórico y en fundamentos ideológicos autóc-tonos: con Rodó, Martí, Ugarte, Quijano, Arévalo, Ardao, entre tantos.

Por eso apenas al radicarme en esta área, quedé como tras descarga eléctrica de 220 voltios, al verme ungido como "extranjero" y colocado en el mismo fichero que una filipina, un portugués o un yanqui. Sin embargo superé el trauma y asumí tranquilo y formalmente la nacionalidad venezolana, agregándola a la pro-

pia, como ya lo había hecho por razones de trabajo y solidaridad —aunque informalmente— con la cubana en 1968, la argentina en 1974, la mexicana en 1976 y la nicaragüense en 1981. Esa facilidad para sentirme ciudadano del país en que se puedan sembrar las esperanzas básicas de uno, me convenció de que la formación social uruguaya nos había dado algo que no da la formación venezolana. Fue fácil encontrar que ese algo era:

• *La importancia de que exista un proyecto nacional en el país-patria.* Decía el maestro Eduardo J. Couture (en *La comarca y el mundo*): "Debemos formarnos conciencia del mundo y trabajar en la dirección de nuestra acción; pero nunca trabajaremos más para el mundo, que cuando pugnemos por asegurar la autenticidad de nuestra pequeña comarca".

El, como tantos uruguayos de su tiempo y de mi tiempo, no sólo lo decía sino que lo ejer-

citaba. En los hechos éramos dignos conciudadanos de una gran trilogía lúcida de los últimos cien años. Y antes, durante y después José Artigas, por cierto. O si prefiere lo conceptual, para no confundir reconocimiento con pasada de mano: escuela pública-estado laico-conciencia crítica. Tres pilares de una misma casa: el proyecto nacional para Uruguay.

Me duele constatar, donde ahora pernocto, que no encuentro ningún proyecto nacional suficientemente sólido como para superar el sistema político de turnos en el bipartidismo de gobierno. Pero aclaro también que en Venezuela hasta ahora ha habido un solo partido que se acercó al diseño de ese gran proyecto: Acción Democrática; y durante un lapso intenso se hizo el máximo esfuerzo para incluir a *todos* los venezolanos, y a los extranjeros, en ese desafío de confeccionar un proyecto nacional: el gobierno del Presidente Carlos Andrés Pérez.

¿Cuál es, a mi juicio, el gran aprendizaje que tuvimos los uruguayos desde que nacimos y hasta 1973 por lo menos?:

- *La comprensión de la función pública.* Ello implica anteponer siempre el interés colectivo sobre el individual, y por encima de todo y de todos, el interés de la nación. Pienso que la atmósfera batllista en que se respiró de abuelos a padres y de padres a hijos, es la máxima garantía que aún hoy ha impedido poner a un partido —por progresista que se considere—, o a una casta —por salvacionista que se autojuzgue—, por encima de los intereses del Uruguay.

Cuando en las rutas del destierro yo me topo con partidos que pintan de verde y “flechan” a la nación entera, o con universitarios que escapan a sus compromisos disfrutando posgrados durante 3, 4, 5 años, o cuando los diarios nos aplastan cada hora del día con informaciones sobre la dilapidación de los dineros del estado, entonces las fuerzas para seguir actuando como funcionario público por vocación desfallecen. Sobre todo si a ello se agregan:

- *Las diferencias sustanciales entre convicciones y posiciones.* ¿Para qué le voy a hablar de esto a usted! ¿Cuántas veces dijo NO en su vida, a ofrecimientos de posiciones a ocupar que no compaginaban con sus convicciones? Por eso creo compartiré mi idea de que no se deberían ocupar cargos públicos como simple carga o peldaño de escalafón o rebusque salarial. Porque las oportunidades de hacer cosas gracias al mando concedido, no pueden desperdiciarse por motivo alguno.

Aquí en Venezuela encuentro sí posiciones sólidas en el empresariado privado (o en aquellos empresarios privados rescatados para el sector público, como el Gen, Alfonso Ravard, Presidente de Petróleos de Venezuela), precisamente porque defienden convencidamente sus intereses; que no son necesariamente opuestos a los de la nación, como sostiene tozudamente la izquierda maniquea.

Por eso el quinto aprendizaje se relaciona con:

- *La necesidad de coherencia total en los dirigentes de las democracias políticas formales.* Se trata de una coherencia entre concepción ideológica-práctica política-forma de vida, exigible a todos los dirigentes: sindicales, políticos, universitarios, etc., pero sobre todo a los dirigentes de las izquierdas.

Cuando la prensa grande promociona a toda página que en un cumpleaños reciente de Teodoro Petkoff figuró como invitado especial el embajador de los Estados Unidos, o cuando uno se entera que en ocasión de haberle sido robada la casa en Caracas ese dirigente progresista tardó días en saberlo porque estaba de compras en Miami, entonces los viejos-lindos esquemas de probidad antimperialista se hacen pedazos.

Y se agigantan las distancias entre dirigentes y bases, no sólo en “su” partido de él, Movimiento al Socialismo, sino en todos los de Venezuela. Para ocupar esos vacíos de LO político, irrumpen hoy con fuerza formidable, también en este país, los movimientos comunitarios que luchan por reivindicaciones muy concretas, y que devienen en escuelas para la acción política y social.

De allí que en estrecha relación con este ítem aparezca el siguiente:

- *La importancia del desempeño autónomo de las direcciones sindicales y universitarias.* La subordinación —cosa bien diferente de la correlación— de esas direcciones a los partidos de mando, confunde las reivindicaciones justas y las oportunistas, mezcla las acciones militantes con las postulaciones electoreras, deja indefensas a las clases proletarias de la ciudad y del campo. En estos mismos días, la reformulación de cientos de contratos colectivos, es objeto de una manipulación partidista ostensible.

Se me podría objetar que éste es un aprendizaje que yo debería haber hecho antes en Uruguay, porque la misma manipulación hacía el Partido Comunista dentro de la Central Nacional de Trabajadores. Sostengo que no, que no

era lo mismo, y me apoyo en el desfase entre movilizaciones masivas y votos comunistas: una relación de 5 a 1, y hasta de 10 a 1. Distinta, además, por la calidad intrínseca de los dirigentes obreros uruguayos, honrados a carta cabal, surgidos de las bases, siempre dispuestos a anteponer el interés de los agremiados al propio. La mejor prueba de eso es que la C.N.T. sigue enhiesta como única representante digna de los trabajadores uruguayos, y más obligada que nunca a unirse a los movimientos sociales y no a los partidos políticos.

Algo parecido pasaba en la Universidad de Montevideo y no pasa en las del destierro: la subordinación y/o alianzas y/o complicidades con las líneas partidistas ha empobrecido inexorablemente no sólo las luchas electorales sino toda la creación cultural y científica en las universidades autónomas.

Tantos aprendizajes críticos, unidos a los muchos lastres del pasado personal, desembocan en una conclusión rotunda:

● *El descarte absoluto de los "monoteísmos"*. Para los uruguayos que nos formamos en ambientes de izquierda, al "monoteísmo" del estado laico sumamos otros muchos: en lo político, lo económico, lo ideológico, lo religioso, lo educativo, etc.,. Y como se sabe, del monoteísmo al maniqueísmo apenas hay un paso.

Así: blancos y colorados eran la misma cosa, los empresarios privados eran todos vendepatrias, la burguesía era siempre reaccionaria, la religión seguía siendo el opio de los pueblos, los colegios privados eran todos clasistas, los orientales teníamos que ser tan cultos como críticos. Nos cuesta demasiado, todavía, superar esos y otros estereotipos seculares, tantas siembras del mejor anarquismo histórico, aún en los disímiles destierros. El único intento idóneo que conocimos, dirigido a superar esas y otras taras semejantes, lo constituyó el Seregnismo, y fue fugaz el aprendizaje en los comités de base del Frente Amplio. Fugaz, pero suficientemente fértil como para habernos marcado a fuego y miel, a quienes lo compartimos desde entonces para siempre.

¿Será por venirme viejo que ahora veo tan distinto todo eso? Por ejemplo: valoro altamente, en lo político, la capacidad de los venezolanos de seguir siendo compadres entre sí, cualquiera sea la tola de pertenencia. Y lo valoro mejor ahora que sé bien *NO* son la misma cosa adecos que copeyanos. Es más, creo que en ese compadrazgo suprapartidista (e interclases)

está la mayor garantía de sobrevida para la democracia venezolana.

Le cuento además, doctor Quijano, que para afirmar la convicción de este subtema me ayudó sobremedida mi experiencia de tres meses de trabajo en Nicaragua revolucionaria. Allí comprendí que el pluralismo es condición vital para construir una sociedad *NUEVA* de verdad, y que todos los monoteístas y los maniqueos son al fin (o al principio nomás) reaccionarios. Allí constaté también lo cerca que uno puede sentirse de la iglesia de los pobres, aún sin ser católico ni siquiera creyente.

Pego un salto, y dejo otras varias dudas por el camino, y llego al último aprendizaje del nivel macro:

● *La valoración de la amistad como insumo insustituible de la vida*. En esto sí la uruguayidad se me viene encima con todo y me admiro y jacto de esa manera de ser amigos como somos. (¡Hola, Alberto Couriel!, ¿como andás, Gerónimo Cardozo?) Y entonces tengo necesariamente que asombrarme y condolerme de mis contreráneos circunstanciales, tan tiernos, tan tímidos, tan necesitados de compañerismo (*), que transcurren por la existencia apenas con conocidos de arrastre. Contactos entrañables en la edad liceal, vinculaciones apresuradas en el devenir de los semestres universitarios, solidaridades fugaces al compás de los innumerables cambios de ocupación; relaciones cíclicas siempre, porque duran lo que la etapa de vida que se está cumpliendo. Y muy rara vez acumulativos, como le ocurre a uno con esos muchos compatriotas con los cuales festejamos bodas de amistad en plata y hasta en oro, cualesquiera hayan sido las distancias que "de golpe" se nos interpusieron.

Inclusive he llegado a pensar que destierros mediante, hasta los cariños familiares se decantan o purifican, y se vuelven amistosos.

Así que la contraparte de este aprendizaje es la falta abrumadora de aquella amistad, o la imposibilidad psicosocial de adaptarme a esta otra peculiar forma de amistad que, tomándola por la propia, nos es brindada cálidamente, más allá de las xenofobias galopantes.

(*) Sobre todo en el caso de la mujer, víctima y cómplice de nuestro señor El Rey. Y a quienes ni los recientes, valiosos derechos civiles, posibilitarán la solidaridad integral con un compañero. ¡Y sin embargo, a pesar de tanta demanda encantadora, qué con dificultades para adecuar la oferta a otras doñitas que las uruguayas!

El Nivel Medio

● *La comprensión de lo que significa asumir el trabajo como actitud vital.* —“Aquí trabajo mucho menos que en Uruguay, pero me canso más”, he oído decir más de una vez; y entonces uno le echa la culpa a la altitud y otros determinismos geográficos. Grave error: las fallas radican en la ya dicha carencia de proyecto nacional, en la falta de comprensión de la función pública, en lo fluctuante de las convicciones, en la transitoriedad de las amistades. Como consecuencia, el trabajo es factor de alienación.

Por lo tanto en las instituciones públicas se trabaja poco, se inventan pretextos para disimular que no se quiere trabajar, el sueldo deviene subsidio. “El trabajo es lo más subversivo que se le pudo ocurrir hacer en esta universidad”, afirmó un querido colega merideño, para aliviar mi consternación ante los sucesivos tropiezos tenidos para ser recontratado.

Porque al trabajo convencido se adscriben inexorablemente los enojos conquistados como condición para mantenerse vivo y actuante. Error multiplicado, entonces, porque es mal visto —y con razón— enojarse en el no-hacer, “pelearse” por defender una idea que se quiere poner en práctica, discrepar con un superior aunque sea en bien de la institución. En la confrontación cotidiana entre trabajo y statu quo, gana el último. Aunque, como es previsible, los cambios igual se logran, porque héroes y martires son una fauna inextinguible, bien ambientada incluso en Venezuela.

Además, el sistema es aquí también más culpable que las personas. Entre otras razones por:

● *La prolongación exagerada del lapso de educación formal.* Cuando murió Juan Vicente Gómez, hace menos de 50 años, en Caracas había apenas dos liceos. Hoy en Venezuela cursan algún tipo de estudio sistemático 4 millones de personas: el 25% de la población total. El salto es admirable, y confirma una de las muchas virtudes de la democracia venezolana.

Por eso los expertos están hoy muy preocupados por los efectos de esa masificación, sobre la calidad de la enseñanza. A nosotros, sin embargo, lo que más nos llama la atención es el aumento excesivo del número de años dedicados a capacitarse, postergando más y más el momento de producir y de crear. Mérida, auténtica ciudad universitaria, es un laboratorio para conocer hechos significativos al respecto: el es-

tudiantado universitario (35.000 de los 350.000 en todo el país), sólo se dedica a estudiar —es decir, a acumular información— en todos los años de la carrera; no adquiere confianza en el hacer, y así demora, objetiva y subjetivamente, su ingreso al trabajo.

De allí que se conozcan numerosísimos casos de estudiantes que se gradúan y empiezan de inmediato otra carrera; o de titulados que siguen posgrados que nada tienen que ver con la especialidad cumplida en su licenciatura. Se acepta que un odontólogo con militancia política activa aspire a ser abogado; resulta más difícil concebir una farmacéutica con maestría en ciencia política, que no abandona su profesión primera.

¿Serán manifestaciones de un diletantismo que comentaré en páginas siguientes? ¿Será una forma más de timidez, esa incorporación tardía a la edad de las responsabilidades? ¿O será nomás una manera de usufructuar las bondades del sistema y de tirar de la piolita hasta donde se pueda?

Cualquiera sea la respuesta, ella se conecta con otra comprobación preocupante:

● *La tendencia a cumplir la capacitación y las especializaciones en tránsito y no como un fin en sí.* Creo recordar que nosotros en Uruguay —seguramente como necesidad impuesta por la escasez— nos ejercitábamos en cualquier educación formal y más aún al especializarnos, como si fuera lo más importante a hacer en la vida. Y rara vez ellas no tenían relación directa con la línea de estudio-trabajo por la cual habíamos optado (convencidos o no de que era de nuestro real gusto; es decir, con “vocación” o sin ella).

Me cuesta mucho, por eso, aceptar que tantos y tantos venezolanos de calidad, transiten por actividades muy diversas con espíritu deportivo, con convicción altamente diluída, sin el sentido finalista que contribuya, por lo menos, a acrecentar la confianza en sí mismos. ¿Será otra consecuencia, indirecta, de la carencia de un proyecto nacional?

Creo debería ser diferente el comportamiento, porque la sociedad venezolana en la década de los años 70 abrió nuevas y numerosas posibilidades de vida y trabajo para la población joven (no por cierto en los últimos dos años). Y también porque:

● *La importancia de la movilidad social vertical es formidable en este pueblo nuevo y joven.* La educación como “ascensor” social ha

cumplido una función decisiva al respecto. Cuando me veo a mí mismo en aquel Uruguay envejecido de los escalafones taponeados de por vida, sometido a la erosión de la larga espera del retiro del jefe (¿sabe, doctor Quijano, que Jorge Chebataroff todavía no se jubiló?), y la comparo con este mundo bullicioso de responsabilidades otorgadas por doquier a veinteañeros, me pregunto si no hubiera sido mejor bajarse en otra estación del Tunel del Tiempo.

Pero de ello extraje otro aprendizaje positivo: aprendí a valorar esos días fastos de graduación con toga y birrete —que en la primera impresión tanto desagradan al uruguayo clásico—, porque me detuve más en observar al público: a las familias supremamente modestas venidas de los pueblos más recónditos del país, a festejar junto al hijo triunfador. Aprendí a valorar los sacrificios de las generaciones de analfabetos, tan recientes y extendidas, que hicieron lo máximo para sostener a sus hijos con la ímproba “beca” familiar; mientras éstos vivían lejos del hogar, apretujados en casas desconocidas vueltas residencias estudiantiles de emergencia, leyendo a la luz de los faroles de las plazas y parques, ganándose el derecho a mejorar su nivel de vida.

Al lado de esos estudiantes —algunos de los cuales me honraron nombrándome su padrino de promoción— fue que supe se me consideraba un ser humano completo y no un venezolano de segunda o de tercera. Dicho en otras palabras, aprendí que:

● *La xenofobia se ha vuelto una tara de los intelectuales.* En 1960 y 1961, cuando con Raquel vivimos en Venezuela por primera vez, la xenofobia se palpaba a nivel de barrio: contra portugueses e italianos, sobre todo, perezjimenistas por adhesión migratoria coyuntural. Y no la había, en absoluto, a nivel universitario; quizás porque en casi todos ellos estaba aún muy fresco su propio exilio.

Veinte años después con Raquel, Mariana y Alicia, disfrutamos de la cálida solidaridad de nuestros vecinos de casa o de apartamento, del almacenero mayor y del diariero joven, de los numerosos, reconocibles poseedores de la verdadera “condición humana”. Las rabiets y desánimos provienen siempre del mundillo universitario y de esos intelectuales tan nacionalistas que hasta olvidaron que son venezolanos apenas en primera descendencia.

Sorprende ver que mientras la nación ha dado un salto cualitativo de siete leguas en la

afirmación de una cultura propia y de la mentada identidad (en cine y teatro, literatura y artes plásticas, ciencia e ingenierías), hay menos seguridad sobre esos logros que los que apreciáramos cuando el gobierno de don Rómulo Betancourt. Y está claro que como la profesión intelectual que tengo la asumí de por vida y a ella trato de ser fiel y digno, verme convertido en ciudadano suplente a perpetuidad, es cosa que a la larga o a la corta debe terminar con el mismo grito del croupier en la ruleta: “no va más”.

Uno inventa sus propios refugios, desde luego, pero se corre el riesgo de volverlos tan compactos, que impidan ver el sol por demasiado tiempo. Yo busqué y encontré el mío en el medio rural andino, porque por suerte aprendí mucho en la valoración de:

● *Las similitudes del mundo interior entre los campesinos andinos de Venezuela y los de Uruguay.* Usted seguramente recuerda, doctor Quijano, que me hice hombre integrando las misiones sociopedagógicas, junto al inolvidable Julio Castro. Y desde entonces hasta hoy —30 años redondos— sigo firme en mi cariño por la sociedad rural.

Bueno, le cuento que mi “psicoanalista” aquí (consultado tras cada crisis de xenofobia, de afuera a adentro o de adentro hacia afuera), se llama Cristóbal Sánchez. Tiene 73 años y sigue trabajando la tierra en su aldea de Mucunután, a menos de una hora de carro desde Mérida. Lo mejor de mis años en Venezuela lo he compartido con él, en las narraciones que me dedica y yo le grabo prolijamente desde hace tres años. Pronto saldrá su libro, “La vida es una historia”, y quedará como testimonio de la proximidad íntima de dos mundos tan diferentes.

Con él aprendo a no apurarme cuando estoy ansioso; con él aprendí a respetar las creencias católicas como nunca antes (*); oyéndolo me reencuentro con los paisanos entrañables de Cañas y La Mazamorra, de Paso de las Flores y de la cooperaria de Cololó. La misma integridad

(*) Porque don Cristóbal las asume con una convicción ejemplar y porque generosamente las comparte con un ateo tan convencido como yo. Ni él se ruboriza cuando yo no me persigno, ni yo lo hago cuando —cumpliendo el ceremonial de padrino con el cual él me honra cada 1.º de año— me arrojo ante su pesebre navideño, para ayudar a “parar” al niño Jesús.

y sabiduría, la misma fe en que el futuro mejor llegará sin falta algún día.

Cuando retorno a Mérida y me topo con los Erasmorra y los Pedrosapo y los Nicolásán, pienso que ellos también habrán servido de inspiración para que un libro se escribiera: "Los pequeños seres", de Salvador Garmendia. Y sin embargo, también de los minúsculos aprendí algo: a tomar distancia de las universidades alienadas, a desintelectualizarme, a acercarme más y más a la gente auténtica. Por eso le pido me acepte que nombre aquí a algunos: César y Luis, doña Gladys y Milton, Homero y Alicia, y a Alberto G. y Manuel.

Bueno, ya ve que llegué al nivel más personal; seguiré en él hasta terminar la carta.

El Nivel Micro

● *La necesidad vital de objetivos trascendentes en la vida cotidiana.* Raquel, cuatro estaciones por antonomasia, sufre agudamente en estas latitudes, porque dice que el tiempo transcurre nomás; no como en Uruguay, donde un tiempo sucede a otro tiempo y acarrea cambios notorios fuera y dentro de nosotros.

Yo he llegado a pensar que en la vida hogareña pueden correrse los mismos riesgos de aburrimiento que en una geografía sin estaciones, si no se establecen metas. No se trata de etapas a cumplir como pasa con los interminables ciclos educacionales de los hijos, sino propuestas sobre el estilo de vida a elegir y ejercitar. Incorporar las vinculaciones de la amistad cabal a la casa-familia; vibrar de indignación ante la masacre israelita en el Líbano, o de alegría con la incorporación de Nicaragua al Consejo de Seguridad de la ONU; practicar las relaciones igualitarias esposa-esposo y entre padres e hijos; y poder compartir todo eso con la gente externa a las cuatro paredes del hogar-cárcel, son algunos de los tantos objetivos posibles.

Esto, que es muy obvio para los uruguayos clásicos, me preocupa ahora mucho más que antes, porque:

● *La familia parece estar convirtiéndose en una traba para la vida en sociedad.* Aquel nefasto lema peronista "del trabajo a la casa y de la casa al trabajo", está siendo cumplido al pie de la letra por extensas porciones de la sociedad venezolana. (*) El tal lema no se remonta a la Argentina de los años 45 al 55, sino a los Estados Unidos de hoy. El hogar-fortaleza idóneo para salvar la integridad de principios en lapsos de

dictadura, por ejemplo, se vuelve inadecuado refugio-antiatómico en lugares de expansión renovadora como éste aquí, donde ahora habito.

¿Cómo no añorar los tiempos en que *LA VIDA* empezaba para nosotros después de terminar el trabajo y antes de regresar a la casa! ¿Cómo no condolerse, por ejemplo, ante el cierre obligado de puertas a las 6 p.m., en la casi totalidad de institutos de la universidad? Cómo no soñar con el "paraíso perdido" de las infinitas reuniones orientadas a mejor vivir en sociedad, dando y recibiendo al mismo tiempo nutrientes para sentirse pleno. Con las necesarias, reconfortantes escapadas a las casas de cita, desde luego, que nos ayudaron a modelar una sociedad maduramente liberal en medio de tanta pacatería y tan exagerado sentido del ridículo.

En vez de todo aquello, muchas "horas hábiles" para ejercitar las posaderas como concienzudo espectador: en el cine, bien; frente al televisor, regular; y muy mal si sucuchando el mundo en una caja de betamax y enterrándonos a su lado en las cuatro paredes del hogar-prisión. Porque ahora es más evidente que nunca que las metas y objetivos de la vida cotidiana, no pueden reducirse a la esfera material; y eso pasa si:

● *La difusión de una concepción mercantilista de la vida, afecta a toda la sociedad.* Hace veinte años, Domingo Alberto Rangel —que además de gran escritor era entonces un líder político progresista— advertía sobre el riesgo de que Venezuela se convirtiera en una "república de mercaderes". Sospecho que eso terminó por ocurrir y que hoy todos somos o estamos dispuestos a ser mercaderes: pequeños, medianos o grandes, según las respectivas posibilidades (¿u oportunidades?). ¡Y cuántos compatriotas se han plegado, gustosos, a esa nueva actividad!

Es difícil encontrar una familia donde no se invente una entrada extra, necesaria o no, justificada o no; y así, poquito a poco, toda labor cumplida renta o debe rentar algo. Observo, de paso, que nosotros, los del Uruguay clásico, estábamos en el otro extremo, tan malo como éste: predominaban siempre las horas "donadas" de esfuerzo físico o intelectual.

(*) Y la situación se agrava si el jefe de la familia es polígamo, cosa bastante frecuente; en ese caso se va del trabajo a la primera casa, de ésta al trabajo, y de éste a la segunda casa, y así hasta que el cuerpo aguante.

Lo que comento en el entorno presente, no se da sólo en el área estrictamente comercial sino también y sobre todo en lo cultural; he llegado a creer que en Venezuela se produce porque se premia (en literatura, cine, artes plásticas y música), y no se premia porque se produce. Con lo cual se acrecienta cada día más la distancia entre una cultura "oficial" y una marginal. Como en la primera campea la adulación y hacia la segunda sólo hay indiferencia, es muy difícil desentrañar la valía cierta de las creaciones en estos campos.

Se me dirá que en sociedades competitivas, de capitalismo salvaje, todo esfuerzo por mejorar las condiciones de vida material es explicable, porque tener éxito es tener dinero. Bueno, ahí está precisamente la mayor dificultad de comprensión para los uruguayos maduros; vuelvo a rendir homenaje, ahora públicamente, a los padres que nos formaron en un discreto bienestar material, esforzándose por darnos una vida segura pero sin estimular jamás el consumismo. Y épocas de auge tuvimos como para ensayarlo.

Además, un emocionado agradecimiento para quienes nos enseñaron la norma de que el tiempo libre no tiene precio.

Satisfacción, en fin, de tener tan enraizada la voluntad de encarar cualquier tarea como si fuera muy importante y ser constantes en ella. Aunque en este punto creo que el liceo cumplió también una gran función, al insistir en cuanto juicio de reunión de profesores se podía, con aquella palabrita esotérica: "PERSEVERE". Asunto que nos lleva de la mano al aprendizaje siguiente:

● *El rasgo de diletantismo individualista puede incidir sobre toda una sociedad.* Fue Carlos Maggi quien ideó aquella sugerente clasificación de los seres humanos en entretenidos, preocupados y ocupados. Y era bien cierto que en la patria chica tuvimos siempre una muy rica gama de entretenidos; sin embargo, mirando ahora en derredor mío y comparando, reflexiono que entre los uruguayos hasta el entretenimiento se cumplía con la intención de estar ocupado.

Por eso quizás, me angustia deambular entre la gente inteligente y despierta que todo lo hace "para cumplir" apenas, como si estuviera en tránsito o siempre a la espera de otra cosa. Aclaro que el comentario está dedicado sobre todo a quienes trabajan en el sector público, pero debe recordarse que teniendo el estado venezolano el peso económico y ocupacional

que tiene, la situación que se comenta está muy extendida.

Y lo grave es que uno no sabe qué se aguarda y por cuánto tiempo; en períodos de incredulidad nacional aumentada por una crisis súbita, es difícil pueda concretarse lo que se espera. Además, como casi todos sospechan que la espera puede ser larga, la cumplen con un vaso de bebida alcohólica siempre a la mano, entretenimiento tan importado y nefasto como la droga.

Ahora bien, aunque parezca contradictorio, de esto resulta un nuevo aprendizaje indirecto. Porque no se cumple el adagio "el que espera desespera", y en cambio se asume una calma muy mesurada.

● *Valoración del tiempo calmo, en oposición a la ansiedad.* Yo creo que tanta aplicación enjundiosa a estudiar, trabajar, jugar al truco, memorizar equipos deportivos completos del año que sea, y hacer el amor, nos acarreó una forma peculiar de alineación a los uruguayos clásicos.

Es cierto que supimos ser felices con esa manera de vivir, pero ahora se sabe que también puede ser bueno vivir de otra manera. Vivir menos apurados, sin propiciar conflictos circunstanciales para recargar baterías (con la mujer, el jefe, el gobernante), teniendo paciencia y confiando ha de llegar el momento oportuno. . . de acá a una semana, un mes, uno o más años. Como creo lo están haciendo las nuevas generaciones de jóvenes, dentro de la patria, con otros plazos que los nuestros para sacarse la dictadura de encima, pero con la misma gana.

Yo no sé si será un rasgo andino con alto índice de contagio, si obedecerá a persistencias genéticas de los indígenas, o si derivará del medio siglo largo de dictaduras acumuladas. Lo cierto es que toda la sociedad venezolana parece estar organizada para saber esperar: en un barrio, para que llegue el agua potable prometida desde hace cuatro años; en una comunidad rural, para que se beneficie del sistema de riego solicitado hace diez; en un profesional competente, para que consiga un contrato estable con la universidad. . .

Y lo aguardado generalmente llega, y el beneficiado se beneficia: si tuvo paciencia, no se enojó, no discrepó con las jerarquías y fue fiel en el respeto a la cuota de poder político invocada. En esto pude aprender también que hay nacionalidades con destierros coetáneos, históricamente mejor entrenadas en tener paciencia, o con espinazos más flexibles. A los uru-

guayos nos cuesta demasiado dejar de ser contestatarios; en nuestro estilo, claro, el mismo que llevará al retorno de la democracia por caminos tan diferentes a los de Bolivia.

Con lo cual queda dicho, querido doctor Quijano, que ahora estoy en condiciones de aguardar la publicación de esta carta en Cuadernos, todo el tiempo que se le ocurra. (Pero si no la publica antes del No. 20 me la devuelve. ¡Faltaba más!)

A manera de posdata

Hasta aquí los aprendizajes que me interesaba compartir. Demasiado personales, quizás; a años luz de las graves preocupaciones de otros compatriotas, empecinados en demostrar que las líneas paralelas pueden volverse convergentes, o invirtiendo largas jornadas en el ajuste del último documento que permita nadar a favor o en contra de la corriente.

Para un costero vivir sepultado entre cordilleras estimula el aislamiento, lo que es malo; pero también ayuda a la desalienación, lo que es bueno. Al estar más solitario que nunca al lado de mi conciencia, me he endurecido y vuelto más intransigente con los pésimos detentadores de mandos; pero también soy ahora más sensible a los seres sencillos, rectos, a los innumerados constructores de patrias.

Con ellos aprendí —o mejor sería decir confirmé— la exigencia insoslayable de capacitarnos en el destierro para retornar enteros y mejores. Gracias a ellos valoré mejor que nunca las raíces profundas del ser uruguayo (ya lo ve no me angustio con esas cuestiones de la viabilidad) y comprendí la necesidad de seguir siendo nosotros mismos, mirando lejos y alto, por encima de las torpezas y equivocaciones del momento.

Reflexionar sobre los aprendizajes de cada uno de los destierros, sumados a los aprendizajes de los compatriotas que siguen luchando dentro del país, creo nos ayudará a ser mejores. Ojalá que usted, querido doctor Quijano, nos acompañe un rato largo en el camino de retorno a la buena senda. Yo estoy deseando volver a ese país donde el sí es sí y el no es no, cosa definitivamente reconfirmada en noviembre de 1980.

Un abrazo y hasta luego nomás.

Germán Wettstein

aparecieron

LA ÚLTIMA CANCIÓN DE MANUEL SENDERO

Ariel Dorfman

DE HISTORIA E HISTORIADORES HOMENAJE A JOSÉ LUIS ROMERO

Varios Autores

EL ESPEJO DE PRÓSPERO UN ESTUDIO DE LA DIALÉCTICA DEL NUEVO MUNDO

Richard M. Morse

HISTORIA UNIVERSAL Vol. 36: EL SIGLO XX III. PROBLEMAS MUNDIALES ENTRE LOS DOS BLOQUES DE PODER

W. Benz y H. Graml

FRUTA AMARGA. LA CIA EN GUATEMALA

Stephen Schlesinger y
Stephen Kinzer

PROGRESO TÉCNICO Y DESARROLLO CAPITALISTA

[P.P. 93]

Karl Marx

TRANSCULTURACIÓN NARRATIVA EN AMÉRICA LATINA

Angel Rama



Sobre las elecciones del 28 de noviembre

Liber Seregni

Persona responsable nos hace llegar esta carta que resumiría las observaciones del general Seregni sobre las elecciones uruguayas del 28 de noviembre último.

I. CONCLUSIONES ESQUEMATICAS SOBRE RESULTADOS

- (A) El 28 de noviembre significó una clara, inequívoca, aplastante definición del Pueblo Oriental contra el régimen y por la restauración de las libertades y la democracia. Así se pronunció en ese "plebiscito" más del 80% de los votantes.
- (B) Para el sólo propósito de estas "ideas", pueden destacarse los siguientes resultados:
 - 1. La terminante derrota de los sectores de los PT afines al régimen, no obstante sus esfuerzos por "despegarse" del oficialismo.
 - 2. La muy alta votación comparativa del PN y muy particularmente de ACF, que señala el apoyo de la ciudadanía al sector identificado como más radicalmente opositor y con mayores posibilidades, dentro de los autorizados.
 - 3. La cantidad de votos en blanco que indica que gran parte de los frenteamplistas sufragó dentro de los PT, particularmente en ACF.
- (C) *Todos* los votantes del FA *participaron*, con su voto, en el pronunciamiento contra el régimen, por la libertad y por la restauración democrática.
 - 1. Aquellos que lo hicieron dentro de los PT *colaboraron* para el más amplio triunfo de los sectores progresistas y *contribuyeron* al desequilibrio de la balanza política interpartidaria, en favor del PN.
 - 2. Los que lo hicieron en blanco, afirmaron la presencia y el perfil del FA.
 - 3. Se ha producido una "grieta" en la militancia frenteamplista, así como el desfilamamiento de algunos sectores.
- (D) Tanto el régimen como los PT constataron lo que habíamos dicho hace tiempo: los

integrantes de los partidos proscritos pueden definir —si se lo proponen— las elecciones de 1984. Ya se levantaron voces de alarma al respecto. Esta constatación puede conducir al régimen a intentar maniobras divisionistas: desproscripción parcial, entre otras.

II. NUESTRO PROBLEMA

La auténtica alegría por el triunfo popular del 28 de noviembre y la íntima satisfacción por la cifra de votos en blanco, alcanzada en las más adversas condiciones, no puede ocultarnos el hecho concreto de que muy alto porcentaje de las bases del FA no aceptó la decisión de la dirección frenteamplista. Es necesario, en consecuencia, analizar los hechos, realizar una autocrítica serena, madura, realista, para determinar las causas que condujeron a esa situación, porque ellas cuestionan la integridad del FA y podrían afectar a su propia vigencia. Esta autocrítica debe ser, obviamente, previa a cualquier consideración de actuación futura.

III. CAUSALES

- A. 1. La situación planteada puede responder a *dos* grandes grupos de causales.
 - a. La *línea* impuesta no era la justa o correcta; o fue incorrectamente formulada;
 - b. La *línea* fue mal o incorrectamente instrumentada.
- 2. El análisis de los resultados electorales brinda *algunos* elementos para estas consideraciones.
- B. Parece evidente que han tenido una importancia determinante:
 - 1. La existencia de 2 posiciones.

2. Las circunstancias, oportunidad y vías utilizadas en el planteamiento y manejo de c/u de ellas.
 3. Las desinteligencias posteriores a la adopción de la decisión interna.
 4. Las deficiencias y dificultades de comunicación de la ME con la Coordinadora del Exterior, así como entre dirección y bases.
 5. La carencia de prensa —no obstante el invaluable aporte de CX 30— las clausuras y represión, así como la propaganda de los PT, incluso la hecha contra ACF.
- C. Sin desconocer la importancia de la justeza o no de la línea en sí, parecería que los factores presentes responden, fundamentalmente, a *inadecuación o deficiencia de organización y funcionamiento del FA*.

IV. ALGUNAS REFLEXIONES

- A. 1. Debemos proceder con claridad y realismo político. Es ocioso decir que el tiempo y los acontecimientos ocurridos desde 1973, afectaron profundamente tanto al FA como a sus partidos y movimientos integrantes, tanto en los aspectos organizativos como funcionales. Y las adecuaciones que se hicieron a nivel FA estuvieron dictadas por necesidades prácticas; a veces de tipo parcial o sectorial, pero no por una revisión sistemática.
2. *Es necesario, ahora, replantear la situación y repensar al FA*. No creo que alguien cuestione la necesidad o —por lo menos— de una íntima coordinación de las izquierdas. Sobre todo en los tiempos actuales y próximos, caracterizados por la posibilidad de conducir acciones concertadas con amplios sectores democráticos de los PT. En lo personal, sigo creyendo más valederos que nunca —con criterio histórico— los fundamentos que condujeron a la formación del FA. Pero las realidades y circunstancias actuales pueden conducir a una “forma” distinta de aquella concepción. Siempre hemos dicho que los hechos son porfiados: es necesario conocer la realidad para poder modificarla.
- B. La tarea de revisión es urgente. Porque se van a vivir en el 83 y 84 instancias decisivas para el futuro inmediato que pueden definir —o condicionar severamente— el futuro inmediato. Ya ahora y prioritariamente hay que ganar espacio para la libertad. Los sectores

actualmente marginados *deben participar* en la dinámica de este proceso. Pero sólo podrán hacerlo con efectividad, incidiendo sobre aquél, si actúan en forma orgánica y coherente. Deben presentar una existencia sólida y ser capaces de designar representantes reconocidos, “interlocutores válidos” para el diálogo necesario con los sectores democráticos y progresistas de los PT.

- C. Cualquiera sea la “forma” de la organización y funcionamiento del renovado FA, debieran tenerse en cuenta, entre otras consideraciones y con plena conciencia de las dificultades y limitaciones que impone el régimen:

1. La existencia real de los partidos o grupos políticos. Con la excepción de P.C., P.S. y —autónomamente P.D.C.— la mayoría de los otros movimientos y grupos ha dejado de funcionar orgánicamente. Existe en cambio una masa muy importante de militantes que se definen simplemente como “*frenteampelistas*” independientes de cualquier partido o grupo y que se prodigó en la campaña por el voto en blanco.

2. La dirección u órgano de coordinación del renovado FA debe contar con delegados responsables y con autoridad, de los partidos y movimientos integrantes, *para adoptar las decisiones o acuerdos* que correspondan a cada situación y asegurar la mejor comunicación con las bases.

Las instancias a vivir exigen efectividad y flexibilidad, íntimo contacto con la realidad y relaciones tan estrechas como posibles con los dirigentes de los sectores progresistas de los PT. Debe mantener un fluido y regular intercambio y coordinación con el órgano correspondiente en el exterior.

3. La propia organización, pero también la política de funcionamiento debe cerrar la “grieta” abierta a nivel militancia, habilitando la realización de tareas unitarias o convergentes.

- V. Todo lo anterior es sólo un esquema de pensamiento. No puedo profundizar ni avanzar, por cuanto me falta el enriquecimiento del intercambio de ideas y de la discusión. Pero creo que no podemos perder tiempo y que debemos aprovechar el estado de “asamblea” y los vínculos recreados o creados en la instancia recién vivida.



el parnaso

LIBROS DISCOS ARTE CAFE



av. f.carrillo puerto no.2 y no.6
tel.554-22-25

El mejor surtido en discos al mejor precio

Historias de subversivos y comunistas

El "28" para Angel Rama

El uruguayo Angel Rama, uno de los ensayistas y críticos más importantes de América Latina, exbecario del Smithsonian Institute y de la fundación Guggenheim, profesor en varias ocasiones de diferentes universidades americanas y actualmente, de la de Maryland, corre el riesgo de ser expulsado de Estados Unidos. Y ello por aplicación del acta MacCarran-Walter, ley dictada en 1952 en el apogeo del maccarthysmo. Esta prohíbe la entrada al país de los "Subversivos y Comunistas", dos epítetos resumidos en la clave "28" que en los consulados americanos se coloca sobre el visado de toda persona considerada "sospechosa".

Antes, los mexicanos Carlos Fuentes y Juan Rulfo, el cubano Guillermo Cabrera Infante —exiliado sin embargo después de una espectacular ruptura con Castro— fueron víctimas de esa ley. Según el servicio de Inmigración y Naturalización, de acuerdo con la burocracia americana que aplica constantemente esta ley ya treintañal, en contradicción con las reales costumbres del país, únicamente son admitidos los escritores o artistas invitados por un organismo cultural, y sólo pueden permanecer en el territorio el tiempo estrictamente fijado en el momento en que la invitación fue formulada.

Por lo que respecta a Angel Rama, que se declara socialista, lo que se le reprocha tardíamente, es sin duda su colaboración capital durante diez años, hasta 1968, en el semanario uruguayo *Marcha* que fue hasta su clausura por la dictadura militar un periódico ejemplar que no apoyó de ninguna manera a la ideología comunista. Por otra parte, su director Carlos Quijano, exiliado en México, dirige hoy, con el mismo espíritu, los *Cuadernos de Marcha*, donde se encuentra tanto la crítica del imperialismo americano como la del imperialismo soviético.

Héctor Bianciotti
(Le Nouvel Observateur - París No. 946)
(25/31 Diciembre 1982)

De The Authors League Of America, Inc.

Telegrama

Presidente Ronald Reagan
The White House
Washington, DC 20500.

Los 11,500 autores miembros de la Authors League of America, protestamos contra las medidas de depor-

tación aplicadas por el Departamento de Justicia al profesor Angel Rama de la Universidad de Maryland. Encontramos que esta acción para impedir que el Señor Rama, un eminente profesor y autor, resida en Estados Unidos es reprensible y contraria a la Primera Enmienda, que constituye la verdadera defensa del fundamento democrático de esta nación.

Urgimos a usted, Señor Presidente, a intervenir en la gestión del Señor Rama para poner fin a esos procedimientos inmediatamente.

Por la Authors League of America, Inc.

Harrison E. Salisbury, President
E. L. Doctorow
John Hersey
Toni Morrison
Peter Stone
Barbara W. Tuchman.

Del Pen American Center

Diciembre 18, 1982.

Al Honorable George Shultz
Secretario de Estado
Departamento de Estado
2201 C Street
Washington, D.C. 20520

Estimado Secretario Shultz:

Le escribimos para expresarle la opinión del PEN americano respecto al caso de nuestro colega, Angel Rama. El Señor Rama, un distinguido escritor y profesor latinoamericano y su señora Marta Traba, una novelista uruguaya, ha sido calificado como "Subversivo" con sujeción a la cláusula de "exclusión ideológica" del acta de Inmigración y Nacionalidad. Los 1,800 miembros del PEN americano consideran esta cláusula —la cual ha sido usada para impedir la temporal, así como la permanente residencia de escritores y profesores extranjeros en Estados Unidos— una desgracia nacional, una desgracia agravada en el caso del Señor Rama por el rechazo de sus reclamos para aclarar los cargos que pesan contra él.

El Señor Rama —a través de su enseñanza, sus escritos y su activa participación en la vida intelectual de este país— ha hecho una significativa contribución al conocimiento de América Latina en Estados Unidos. Además y como becario de Woodrow Wilson y Guggenheim y miembro de la Universidad de Maryland, el Señor Rama colaboró con varias organizaciones cultu-

rales de Estados Unidos; por ejemplo ha prestado invaluable ayuda al PEN cuando organizamos una conferencia sobre la vida cultural en América Latina. Creemos que, al tiempo que la negativa de residencia permanente creará grandes dificultades al Señor Rama y a su familia, una muy grande pérdida seguramente se producirá en la vida literaria y académica de América.

Al negar residencia permanente a Angel Rama y Marta Traba, se nos niega a los ciudadanos americanos el derecho a disfrutar de sus capacidades intelectuales.

Solicitamos que usted considere la pérdida potencial para la cultura americana así como la injuria potencial para la reputación cultural de Estados Unidos que significaría no concederles el derecho a residir permanentemente en este país.

Richard Gilman, President
Edward Albee
Dore Ashton
Frances FitzGerald

Bernard Malamud
Arthur Miller
Arthur Schlesinger, Jr.
Kurt Vonnegut

Argentina, hoy

(Alain Rouquié et. al., Siglo XXI editores, 1982, 279 pp.)

Gustavo Beyhaut

Alain Rouquié nos sorprende en los últimos tiempos por su extraordinaria fecundidad: casi simultáneamente con la aparición de su *L'Etat militaire en Amérique Latine* (1), nos llega *Argentina Hoy*, que preparó en los mismos tiempos que *La politique de Mars* (2). La demora en la edición por parte de la editorial Siglo XXI, se ve compensada por la aparición de una segunda edición, pocos meses después de la mexicana, en la ciudad de Buenos Aires desde donde nos llegan noticias de la repercusión exitosa de este libro.

Se trata indudablemente del mejor de la serie dedicada por Siglo XXI a diversos países latinoamericanos (Brasil, Centro América, Chile, Colombia, Ecuador, México, Uruguay). Esta serie se originó, como es sabido, en la publicación en español de los materiales de un número especial de la Revista *Temps Modernes* sobre Brasil, mucho mejor por cierto que el lamentable que esa misma revista publicara sobre Argentina hace poco.

¿Por qué el mejor de la serie? Porque, en su conjunto, el libro presenta un análisis estructural y riguroso de los principales problemas de la sociedad argentina de hoy, filiando sus orígenes sin caer en los vicios del dogmatismo o de la

polémica. Visión heterodoxa, está destinado a constituir un material fundamental para el estudio de la crisis argentina. Su aparición en Buenos Aires es indicadora, además, de un cambio en las políticas de censura, fruto de los vientos liberalizadores que soplan en la América del Sur meridional.

En el primero de los trabajos de este libro colectivo, Alain Rouquié nos da una visión mucho más madura y precisa que en su extensa obra *Pouvoir militaire et société politique en République Argentine* (3). ¿Cambio de perspectiva, ventaja de una visión actual, privilegios de salirse de las *contraintes* que impone una tesis de Estado con sus exigencias en cuanto a años de trabajo, número de páginas, citas innumerables y gimnasias intelectuales diversas? Pensamos que todo a la vez.

En un texto breve, lleno de ideas, el autor muestra la ascensión y las características del poder militar, dentro de una nueva periodización de la historia argentina más reciente, la evolución socio-económica desde la crisis del 30, los paréntesis peronistas y la vuelta al poder castrense. Al señalar algunas constantes del poder militar en la Argentina, Alain Rouquié presenta al ejército como a un actor legítimo del sistema, al cual se remiten los partidos en búsqueda de apoyo o influencia y cuyas raíces sociales le dan perdurabilidad y fuerza de domi-

1. Alain Rouquié. *L'Etat militaire en Amérique Latine*. Seuil. 1982. 471p.

2. Alain Rouquié et. al. *La politique de Mars*. Les processus politiques dans les partis militaires. París, 1981.

3. Alain Rouquié *Pouvoir militaire et société politique en République Argentine*. París, 1978.

nación. Explica a la vez el carácter pluriclasista del peronismo y las alternativas de la política en un Estado con un grupo dominante real, pero difícil de clasificar: "¿Oligarquía, minoría dominante, fracción dominante de las clases superiores, gran burguesía?"

En las cincuenta páginas siguientes, Ricardo Sidicaro analiza con singular inteligencia la evolución del poder y la crisis de la gran burguesía argentina en la medida en que "ha perdido la capacidad de actuar como clase dirigente del conjunto de la sociedad y ha centrado sus prácticas en el desarrollo de acciones orientadas a conservar sus fragmentadas posiciones de dominación, sus intereses y privilegios sectoriales". Con datos extraídos directamente de las fuentes y de una abundante bibliografía, analiza el papel de la Sociedad Rural Argentina y la importancia de la producción agraria en este país, que sin embargo va a ir disminuyendo en relación al mercado mundial. Estudia las relaciones entre la burguesía agraria y otras clases sociales, así como su resistencia a ciertas medidas del gobierno peronista y la afirmación de sus intereses después del golpe militar.

Un tercer trabajo, el de Aldo Ferrer, da en apretada síntesis una crítica de la política económica entre 1976 y 1980. Autor de *La Economía Argentina* (4) que, pese a sus catorce ediciones, no logró repetir el brillo intelectual de su fuente inspiradora (Celso Furtado, en *La Formación Económica del Brasil*), tecnócrata brillante, también ministro, ahora más radicalizado, no vacila en utilizar autores como J. Souruille para terminar con un alegato denunciatorio contra los males de la política neo-liberal y de lo que él llama "la argentinización del subdesarrollo".

En el trabajo siguiente, Francisco Delich precisa y clarifica, en pocas páginas, algunas ideas sobre el papel y las características de la clase obrera. Más adelante, Silva Sigal y Eliseo Veron dan una muestra de virtuosismo y de metodología brillante en el análisis del discurso

peronista, con el posible reparo de no haber tenido suficientemente en cuenta de que no solamente los fragmentos citados, sino la totalidad del discurso del líder populista estuvieron condicionados por la diferencia de situaciones que enfrentaba y la propia inclinación de sus secretarios y escribas diversos.

En "Anomía social y violencia", Peter Waldmann estudia el espinoso tema de la guerrilla con riguroso método de sociólogo. Podría pensarse que cuantificar y trazar curvas sobre temas tan proclives a posiciones pasionales es propio de quien no ha vivido el proceso. Ese trabajo y las ideas sobre la formación de una subcultura terrorista se volverán, sin embargo, objeto de citación obligada.

Termina el libro un inteligente artículo de Angel Rama sobre "La narrativa en el conflicto de culturas". El autor ha ido pasando de la crítica literaria a ser uno de los más valiosos exponentes de la historia social de la cultura latinoamericana. De origen uruguayo, habiendo trabajado en Puerto Rico, Venezuela y Estados Unidos, muestra gran talento en estudiar aspectos del pensamiento argentino, mexicano y de otros países de América Latina, dentro del contexto histórico y social que les produce. En este artículo, destaca los caracteres antinómicos de lo que él llama "la cultura dominada" y los escritores de "la cultura dominante". Aquí, la mención de los autores, sus influencias y su medio, escapan a las habituales enumeraciones de catálogo o al simplismo ideológico de quienes se olvidan que todo esquema interpretativo debe partir de un adecuado conocimiento de la realidad.

Seis trabajos, en síntesis, fundamentales para el estudio de un país que parece enfrentar momentos decisivos.

4. Aldo Ferrer. *La economía argentina*, las etapas de su desarrollo y problemas actuales. México, Buenos Aires, 1963.

unomásuno

periódico

unomásuno

periodismo

periódico

unomásuno

periodismo

periódico

unomásuno

periodismo

unomásuno

suscripciones
al tel. 563-99-11

periódico

unomásuno

periodismo

o en boletrónico

d. más

El valor de los testimonios

"Aborrezco vuestras ideas, pero estoy dispuesto a morir por vuestro derecho a poder expresarlas". VOLTAIRE

El inicio de la primavera climática no parece corresponderse con la primavera política en Argentina. Remarcando los límites de la "apertura" que los militares tratan de acelerar luego del desastre en el Atlántico Sur, uno de los hechos más significativos de la actualidad política de este país ha sido el restablecimiento oficial de la censura de prensa, medida tomada a pocos días de la recomposición de la Junta Militar como máximo órgano de poder del Estado, luego de su temporaria disolución el 21 de junio último, después de la capitulación de las Fuerzas Armadas en las Malvinas. En el último mes, tres revistas han sido prohibidas: "La Semana", "Línea" y "Quorum".

Para rastrear las razones de esta decisión que apunta principalmente al control informativo de temas bien precisos como los desaparecidos, la corrupción, la guerra argentino-británica y las actividades de las Madres de Plaza de Mayo, resulta oportuno rever los últimos acontecimientos que han sobresaltado la vida política del país, lastimado por la violencia y la ausencia de un régimen de derecho.

Un arreglo de cuentas...?

De un día para otro, el "staff" del ex Ministro de Economía del General Jorge Rafael Videla, el Dr. José Alfredo Martínez de Hoz (1976, 1981) responsable entre otras calamidades de que la deuda externa de Argentina haya pasado de 5,000 millones de dólares en 1976 a 40,000 millones en 1982, descargaba toda su artillería contra el Almirante (Re) Eduardo Emilio Massera, ex-miembro de la Junta originaria del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 y hoy presidente de un fastasmal partido político que intenta utilizar el ropaje de una identidad política próxima a la socialdemocracia (Partido para la Democracia Social).

Las acusaciones contra Massera han sido varias y fueron formuladas, principalmente, por el ex-Secretario de Hacienda de Martínez de Hoz, el Dr. Juan Alemann. Abarcan distintos tópicos. Arrancan desde las finanzas, pasan por el crimen, y terminan en los tenebrosos pactos del ex-Jefe Naval con "el gran capo" de la Logia Masónica P2, Licio Gelli, arrestado en Ginebra en la tarde del 13 de septiembre pasado.

Massera es acusado de una gran malversación de fondos con motivo del Mundial de Fútbol de 1978 que, "inexplicablemente" habría costado tres veces más que el realizado en España. Asimismo, grupos secretos a las órdenes de Massera —encargados de la represión clandestina— serían los ejecutores de atentados, desapariciones y asesinatos que nada tendrían que ver con la llamada "lucha antisubversiva", concepto en el que se amparan las Fuerzas Armadas para justificar las

20,000 desapariciones que engrosan su ya voluminoso pasivo de estos seis largos años de dictadura. En ese sentido, la desaparición del entonces Embajador Argentino en Venezuela, Héctor Hidalgo Sola a mediados de 1977 en Buenos Aires, sería producto de una decisión de Massera, dado que el representante argentino en Caracas habría sido una pieza clave, en tanto miembro del Partido Radical (segunda fuerza política del país) de un proyecto de "institucionalización" programado por el Ejército, en el cual, obviamente, Massera era dejado de lado.

La desaparición de la señorita Helena Holmberg, ex-agregada de prensa de la Embajada Argentina en Francia, el 20 de abril de 1979, quien fuera encontrada asesinada días más tarde, el 11 de mayo, también sería obra de los grupos especiales de Massera. Aquí el móvil obedece a otras razones. Helena Holmberg Lanusse habría entorpecido y conocería demasiado las actividades políticas, represivas y financieras de Massera y sus allegados en Europa, fundamentalmente las llevadas a cabo mediante una oficina muy particular instalada en la Avenida Henri Martín de París, bajo la cobertura de "contrarrestar la campaña terrorista de desprestigio contra la imagen del país", titulada "Centro Piloto", dependiente de la Embajada Argentina en Francia. El "affaire" parece que continúa dado que el 7 de octubre último fue encontrado el cadáver de Marcelo Dupont, empresario de alto nivel en la rama publicitaria, asesinado y torturado aparentemente para intimidar a su hermano, Gregorio Dupont, diplomático del régimen militar que está haciendo revelaciones en la justicia respecto al "ejército particular" de Eduardo Massera y otros negocios turbios ligados al asesinato de Helena Holmberg Lanusse. Días después, el flamante Comandante en Jefe de la Marina, Almirante Rubén Franco, decidía la detención de Massera por veinte días. La Armada intenta tomar distancias de su antiguo jefe...

En la misma dirección habría que buscar a los autores de una serie de atentados cometidos en perjuicio, por ejemplo, de un asesor político del Ejército, el abogado Ricardo Yofre, cuya residencia fue dinamitada en dos oportunidades, o el intento de asesinato contra el mismo Juan Alemann, en un principio adjudicado a la guerrilla. El mismo origen tendría la desaparición del periodista Rodolfo Fernández Pondal, que sirviera en un principio a las intenciones de Massera, pero que después pretendió separarse del entonces jefe de la Armada. Parecida suerte le fue reservada también a otro periodista, Rubén Valdez, vinculado al Ejército y la Policía, que fue asesinado en pleno centro de Buenos Aires, saliendo de las oficinas de Canal 13 de televisión donde trabajaba, durante 1979.

Finalmente, Massera es señalado como protector de Licio Gelli en Argentina, lugar donde éste habría

comenzado a recomponer la dirección de su logia, luego que la Justicia Italiana lo acusara, en junio de 1981, de "conspiración política" contra el Estado. No hay que olvidar que los rastros de Licio Gelli se borraron después que el 20 de mayo de 1981 se conociera una lista confidencial de los miembros de su logia, encontrada en su residencia de Arezzo, en Toscana, lista donde figuraban, entre otros, dos Oficiales Superiores de las Fuerzas Armadas argentinas; el Gral. Suárez Mason y el Almirante Massera. Tampoco hay que olvidar que Licio Gelli fue arrestado en los pasillos de la central de la Unión de Bancos Suizos (UBS) en Ginebra, portando un pasaporte argentino verdadero, pero a nombre de un tal Sr. Rizzi. Es significativo recordar, también, que la familia Alemann representa los intereses de la UBS en Argentina. Es necesario saber, igualmente, que Licio Gelli posee la ciudadanía argentina y que en condición de tal ocupó oficialmente el puesto de asesor de la Embajada Argentina en Roma durante todo el período del presente régimen militar hasta que en mayo de 1981 el entonces Embajador Rafael Martínez Raymonda se vió obligado a borrarlo de la lista del personal diplomático argentino. Por lo demás, la prensa italiana acaba de revelar que justamente las influencias de Licio Gelli en los medios gubernamentales italianos habrían impedido exigencias más concretas de ese gobierno en relación con los 321 desaparecidos de origen italiano en la Argentina, razón por la cual, finalmente, Giovanni Spadolini, antes de abandonar su cargo de Primer Ministro, pidió a las Naciones Unidas la apertura de una investigación sobre el particular.

Una Rendición de Cuentas Pendiente...

La derrota de las FFAA argentinas en su guerra contra Gran Bretaña, abrió las puertas a una intensa polémica en todos los medios sociales, políticos y militares del país. La sucesión de declaraciones, investigaciones y diferentes cambios operados por los mismos militares luego de la capitulación de Puerto Argentino, parecen sólo satisfacer al puñado de responsables del desastre. El descontento no es sólo patrimonio de la población que, vale la pena recordarlo, puso los muertos (3,000 bajas indican las cifras dignas de fiar) y las esperanzas de ver coronada una vieja reivindicación anticolonial. El descontento ha ganado largas franjas de la Marina, el Ejército y la Aeronáutica. Dimisiones, pases forzados a retiro, arrestos, sublevaciones, documentos clandestinos que circulan, protestas y hasta algunos tiros, como los de Villa Martelli en las afueras de Buenos Aires el 3 de agosto de 1982, han jalonado un después de las Malvinas, donde los protagonistas de una guerra perdida a causa de gruesos errores de concepción y ejecución, ensayan la pantomima de querer salvar la imagen institucional de las Fuerzas Armadas, ocultando las raíces de la verdad. No escapa a estas intenciones la reciente decisión de las Fuerzas Armadas de constituir un tribunal militar para juzgar a los responsables del "Operativo Azul", como ellos mismos denominaron, en código, a la malograda aventura en el Sur del Atlántico.

De todas maneras no hay mucho que esperar de estos militares degradados por el uso de la violencia, la

corrupción y la explotación. De un costado o de otro, todas las conductas se animan por el "sálvese quien pueda", orientadas tanto al disimulo del costo humano, materia, político y diplomático del conflicto bélico, como a que la responsabilidad individual sea la mínima posible. Lo que podría parecer normal después de una guerra, resulta un espectáculo denigrante luego de una catástrofe que no comenzó con las Malvinas, sino que se agravó hasta la agonía con ella.

Los "testimonios"

El lenguaje político de cada país aporta un colorido especial a múltiples conceptos y palabras que, indistintamente, se utilizan en todas las latitudes del mundo. Entonces, para apreciarlas en sus justos términos, hay que referirlas a un estricto contexto.

En la vida política de la Argentina posterior a 1976, los *testimonios* han ido haciendo referencia al funcionamiento y al horror de la represión ilegal, metodología destructiva puesta en marcha por los militares para luchar contra el "terrorismo", palabra, esta última que apunta a una amplia gama de organizaciones populares adversas.

Los *testimonios* no son otra cosa que las declaraciones de los pocos sobrevivientes del genocidio planificado que diera origen, entre otras barbaridades, a las desapariciones, la tortura y los Campos de Concentración. En principio, estos testimonios eran recogidos fuera de la Argentina, y dados a conocer por militares políticos en exilio, en diferentes foros internacionales. Luego comenzaron a circular mimeografiados dentro del país. Después fueron utilizados en ciertas presentaciones ante la Justicia, pero nada trascendió en la prensa. Hace unos pocos días los han dado a conocer, extractados, algunos medios de difusión de Buenos Aires.

Estos testimonios hablan de como llevaban a cabo "la guerra antisubversiva" los militares argentinos. Pero, luego de la otra guerra, la de las Malvinas, nuevos testigos y testimonios se agregan al pasivo. El regreso de los soldados que pelearon contra los ingleses los ha transformado en testigos de un nuevo tipo. No tanto respecto al "enemigo convencional", es decir los británicos, sino lo que es más grave, frente a sus propios "jefes", los oficiales argentinos que estuvieron muy por debajo de las exigencias de las circunstancias.

Hoy por hoy, todos los testimonios de la violencia en Argentina señalan un sólo responsable y atroz ejecutor: las Fuerzas Armadas. La publicidad de esos testimonios es lo que ha llevado al Presidente General (re) Reinaldo Bignone a reinstalar la censura de prensa. Las Fuerzas Armadas no pueden invalidar las acusaciones que se desprenden de ese conjunto de declaraciones.

Todos esos documentos que circulan clandestinamente dentro del país, contienen pruebas para que la Justicia pueda esclarecer, no solamente los 2 o 3 casos aislados denunciados por el ex-Secretario de Estado, Juan Alemann, sino también un conjunto importante de los muchos crímenes que jalonan las fojas de servicios de los que gobiernan por la fuerza en Argentina.

Alejandro ALEVI.
Ginebra, diciembre de 1982.

Desde el exilio

Gotemburgo, 28 de noviembre de 1982.

Nosotros refugiados políticos uruguayos residentes en Gotemburgo deseamos hacer públicas ciertas reflexiones ante el momento político que vive nuestro país.

En primer lugar tomamos distancia hacia todo tipo de posición vanguardista del exilio uruguayo que intente marcar pautas y formas de lucha al pueblo uruguayo.

A pesar de los duros años de represión y dictadura hemos visto que el pueblo oriental ha ido creando nuevos instrumentos, instancias de discusión y agrupamientos que se adecúan a la situación histórica que vive el país.

Nosotros pensamos que son éstas las organizaciones y agrupamientos que existen en el Uruguay las que deben ser apoyadas. Hay organizaciones que en el pasado han desempeñado un papel importante en la vida política de nuestro país, lamentablemente la sistemática represión de la que han sido objeto las ha eliminado de la vida política nacional. Estos agrupamientos sólo existen en el exilio y constatamos que aún no han hecho conciencia de esta situación.

Acompañamos al pueblo uruguayo por su inquebrantable fe en la democracia y la libertad tal cual lo ha expresado en el histórico plebiscito de 1980 y que lo reafirmará en toda oportunidad en que tenga la posibilidad de expresar su voz.

Finalmente deseamos expresar nuestro apoyo y solidaridad a los pueblos de Guatemala, El Salvador y Polonia en su lucha por la justicia, la democracia y la libertad.

Firman:

Carmelo Albistur, Silvia Ballesta, Fernando Barreiro, Juan Borteiro, Fernando Bosio, Juan José Cabezas, Cirilo Cabrera, Eduardo Catepón, Delvo da Silva, Diego Delgado, Darío Espiga, Elena Fabre, Julio Gouchunian, Ana Guaraglia, Armando Liscano, Gloria López, María Mederos, Alicia Melgar, Carlos Melgar, María Mercader, Mirta Moreira, Alberto Nagle, Carlos Ojeda, Virginia Pagardoy, María Pérez, Raúl Pérez Crosa, Eduardo Piroto, Jorge Plada, Julio Roccatagliata, Aída Rodríguez, Rubén Tansini, María Unanue, Héctor Velázquez.

NOVEDADES

Friedrich Katz

La guerra secreta en México

Roger Bartra

CAMPESINADO Y PODER POLÍTICO EN MÉXICO

Jorge G. Castañeda

LOS ÚLTIMOS CAPITALISMOS

El capital financiero: México y los
"nuevos países industrializados"

Héctor Díaz-Polanco FORMACIÓN REGIONAL Y BURGUESÍA AGRARIA EN MÉXICO

**Juan Felipe Leal
Mario Huacuja Rountree**

ECONOMÍA Y SISTEMA DE HACIENDAS EN MÉXICO

La hacienda pulquera en el cambio
Siglos XVIII, XIX y XX

era



EDICIONES ERA
AVENA 102
COL. GRANJAS ESMERALDA
DELEG. IZTAPALAPA
09810 MÉXICO, D. F.

¡ ¡ ¡ YA APARECIO !!!

HistOria de la Literatura Mexicana

DESDE NEZAHUALCOYOTL
HASTA NUESTROS DIAS

CADA SEMANA UN FASCICULO EXPLICATIVO
Y UNA ANTOLOGIA CON LOS MEJORES
TEXTOS. TODO POR

\$149



12 TOMOS
COLECCIONABLES



PIDALO A LOS TELEFONOS
658-6465 y 658-7132
O EN AV. COPILCO No. 339
COPILCO UNIVERSIDAD

DE VENTA EN PUESTOS DE PERIODICOS, SANBORN'S Y
PRINCIPALES LIBRERIAS DEL SUR DEL D. F.

Octavio Paz

Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe



Seix Barral  Biblioteca Breve



Difusión
Editorial, S.A.